

«El acontecimiento será nuestro maestro interior». Emmanuel Mounier (1905-1950)

Revista de pensamiento personalista y comunitario Órgano de expresión del Instituto E. Mounier

AÑO XXI NÚMERO 74 2005/1 www.mounier.org

EDITORIAL

Acontecimiento, nuestra revista, está en la calle al comienzo de este año 2005. Mas ¿qué está aconteciendo en la calle real? Una revolución que el ignorante intenta fusilar y no puede. Él engorda en la guerra, es decir, no tiene vergüenza,

mientras canturrea: «No quiero matar a Alí, ni que Alí me mate a mí». ¿Cuál es el resultado? Ir romera y volver romera. Uñas de gato y hábitos de beato.

En ese acontecer a nosotros se nos sigue pidiendo no imitar al herma-

no Jeromo, que predica el ayuno y como el lomo, pues no se puede ayunar después de bien cenar, aprovecharse del conflicto de algún modo, y censurarlo en toda ocasión (o sea, a las ánimas en noviembre y al cuerpo en todo el año).

Continúa en la página siguiente



SECCIONES

01 Editorial

03 Congreso 2005

05 Cartas al director

■ POLÍTICA Y ECONOMÍA

07 Desde Noruega, por Esperanza Díaz

09 Desde Argentina, por Inés Riego de Moine

11 ¿La izquierda cambiará el curso de la historia?, por Federico Manfred Peter

15 Cara a cara con la inmigración por F. Javier Díez Morrás

■ PENSAMIENTO

17 Hacia una política democrática más madura, por Agustín de la Herrán Gascón

20 Utopías y distopías técnicas, por Flavio Borghi

22 Ser y espacio en las modernas tecnologías, por Flavio Borghi

■ RELIGIÓN

23 El Partido Popular no es cristiano, por Pedro Jiménez

26 La Iglesia debe decir siempre la verdad, por J. L. Lorient

27 A propósito de la presencia de la Iglesia en las Fuerzas Armadas, por Luis Narvarte

31 Persecución o necesaria reubicación, por Guillermo Múgica

■ OFICIO DE ESCRIBIR

35 Desde el sur: el lado femenino, por Inma Sabater

36 Blanco rumor del mar, por José Luis García

■ EDUCACIÓN

38 Oficio de maestro, por Eduardo Martínez

40 Rincón bibliográfico

ANÁLISIS

Salud y sentido de la vida

46 PRESENTACIÓN

47 Sentido de la vida
y salud mental

Maribel Rodríguez Fernández

50 Mis queridas plaquetas

José Alonso Morales

52 Estética y medicina

Esperanza Díaz

54 La medicina, una profesión
de riesgo

Miguel A. Marigil

59 La muerte y la esperanza
en Pedro Laín Entralgo

Antonio Piñas Mesa

62 Multinacionales farmacéuticas
y negocio

Luis Capilla

EDITA: Instituto Emmanuel Mounier
c/ Melilla, 10 - 8º D ■ 28005 Madrid
Tel./Fax: 91 473 16 97
<http://www.mounier.org> ■
Periodicidad: trimestral.
ISSN: 1698-5486

Depósito legal: M-3.949-1986.
Diseño y producción: La Factoría de Ediciones,
SERVICIOS EDITORIALES, tel.: 91 521 32 20
Impresión: Color 2002, S.L. (Getafe)

CONSEJO DE REDACCIÓN

Juan Ramón Calo, Antonio Calvo, Luis Capilla, Carlos Díaz (director), J. Manuel Linares, Teófilo González Vila, José Luis Lorient, Eduardo Martínez, Luis Narvarte (Presidente del Instituto E. Mounier), Fernando Pérez de Blas, Manuel Sánchez Cuesta.

Nosotros hagamos caso a Saint-Exupéry: «Si quieres construir un barco, no reúnas con un pregón a la gente para que traiga madera, no prepares las herramientas, no distribuyas las tareas ni comience cada uno a ha-

cer su trabajo, sino despierta en la gente el anhelo del infinito y dilatado mar». Sabemos que una golondrina no hace verano, ni una sola virtud bienaventurado: virtudes son las que valen, que no pelo largo, pecho alto y

alegres cantares. A la hora de la verdad, quien de miedo se murió, de estiercol le hacen la sepultura.

Carlos Díaz

Director de *Acontecimiento*

Boletín de suscripción por domiciliación bancaria.

Para enviar al Instituto E. Mounier (Melilla, 10 - 8º D / 28005 Madrid)

Nombre _____

Apellidos _____

Domicilio _____

Población _____ Provincia _____ C.P. _____

Correo electrónico _____

Banco o Caja

Domicilio del Banco o Caja C.P.

Código Cuenta Cliente (CCC) (escriba todos los números)

Entidad	Agencia	D.C.	Número de cuenta
---------	---------	------	------------------

--	--	--	--

Importe: _____ €, que corresponden a (marque lo que corresponda):

- ☐ Suscripción a la revista *Acontecimiento* (4 números, 12,02 €, 2.000 pts.)
- ☐ Cuota de socio del Instituto Emmanuel Mounier (desde 25 €/año)
(la cuota incluye la suscripción a *Acontecimiento*).

FOTOCOPIE Y ENVÍE ESTE FORMULARIO**Para enviar a su Banco o Caja**

Lugar y fecha _____

Banco o Caja_____

Domicilio del Banco o Caja

C.P.

Agencia Nº _____

Nº de cuenta

Sr. Director de la Sucursal:

Le ruego que, hasta nuevo aviso, se sirva abonar los recibos presentados por el **Instituto Emmanuel Mounier** con cargo a mi C/C o Libreta de Ahorros.

Firma:

Titular _____

Domicilio _____

Población	C.P.
-----------	------

Congreso 2005: un desafío personalista

Tan solo hace unas semanas, el Instituto Emmanuel Mounier celebraba en Requijada, en su asamblea anual, el 20 aniversario de su andadura en España. Una jornada entrañable, donde nos dábamos cuenta de que después de varios años de trabajo incansable, no exento de dificultades y limitaciones, es verdad, pero sobrado de ilusión... nos habíamos hecho mayores. Casi sin ser conscientes de ello, nos ha cambiado la voz y nos hemos puesto los pantalones largos... y claro está, una vez que hemos llegado hasta aquí, nuestro desafío es seguir creciendo, porque compartir aquello en lo que creemos, es a lo que estamos llamados, es una vocación ineludible para quienes vivimos ilusionados por este proyecto de dignidad para las personas.

El personalismo comunitario, hoy más que nunca, es un reto, que implica a quienes creemos que otra forma de estar en la vida es posible; es un desafío que nos obliga a tomar la calle y la palabra para anunciar otra manera de organizar las cosas, la sociedad, la vida, otra forma de entender la democracia, diferente a la dictadura del voto que padecemos, (*«democracia es el régimen que pone la preocupación por la persona humana en la base de todas las instituciones públicas» Mounier*) que nos impide alinearnos en la inercia del progreso y el desarrollo de los privilegiados que arrasan los derechos de los empobrecidos, que nos anima a navegar contra corriente, dando con nuestras propias vidas, testimonio de lo que creemos.

Y esta misión no puede esperar más, no admite dilación ni pereza porque nuestra civilización ya ha adoptado una idea de bienestar, como modelo y prototipo del «estar bien» en la vida, del «deber ser», fuera de la cual no hay salvación. Modelo de vida que es logrado por el miedo y por la

incapacidad que tienen hoy los hombres de vivir los momentos duros, las situaciones límites, los obstáculos. Se oculta cualquier «avería» en el bienestar, pues enseguida se teme a la exclusión. Los pobres quedan eliminados de la existencia como un equipo de fútbol de un campeonato. Lo grave de esta civilización des-animada no solo es la explotación y miseria que produce, sino que hay una correlativa miseria espiritual que conduce, a quienes se dejan llevar por ella, a un escepticismo radical en el que se evita creer en toda conquista que pueda mejorar la vida. Si algo hay apocalíptico, es este vivir como si mañana no hubiera mundo y solo nos restara disimular la tragedia.

De esta forma muchos afirmarán que lo mejor es no complicarse la vida, no involucrarse, porque los ideales, finalmente son envilecidos, como esos amores platónicos que parecen ensuciarse en la encarnación concreta... probablemente algo de eso sea cierto, pero las heridas de los hombres nos reclaman, exigen arriesgarnos, pringarnos. El *alma bella* escarnecida y dolida por el sufrimiento ajeno, no puede esconder la cabeza debajo del ala, en su jaula dorada, quejándose de lo mal que funciona el mundo, y de la injusticia que sufren los empobrecidos.

Es verdad que uno no se atreve cuando está solo y aislado, pero sí puede, si se ha hundido tanto en la realidad de los otros que le cuesta más echarse atrás que unirse a esos rostros concretos y hacer algo, por poco que sea. Una persona no se hace revolucionaria por la ciencia, sino por la indignación.

«No es la fuerza la que hace las revoluciones, sino la luz... No son las masas las que hacen la historia, sino los valores que actúan sobre ellas a partir de minorías inquebrantables en su fe» nos estimula Mounier.

Tenemos que reaprender lo que es gozar. Estamos tan desorientados que creemos que gozar es ir de compras. Es necesario aprender a gozar en el esfuerzo por construir una sociedad en la que no solo sea posible, sino imprescindible ser persona. Quien no está a favor de la persona, trabaja en su contra, aunque sea por omisión, por guardar silencio, cuando es preciso gritar. Aprendamos a disfrutar en el mero hecho de andar el camino en esta dirección, porque el camino ya es un fin, el camino nos transforma «somos, al andar» que diría Freire. Aprendamos a disfrutar del *Acontecimiento* diario de nuestra propia vida transformándose, en el encuentro gozoso con otros compañeros de ruta, a los que *sin conocer de nada pueda llegar a hablarles de mis sentimientos profundos* (otra vez Mounier)... Un encuentro humano es un lujo verdadero.

Y de esta posibilidad gozosa os quiero hablar.

El IEM en su necesidad de compartir su desvelo por reivindicar una persona llena de dignidad, está organizando un encuentro internacional en el que poder unir esfuerzos y organizar proyectos con otras personas de España y del extranjero que trabajan desde sus realidades concretas persiguiendo el mismo horizonte personalista.

Dicho encuentro que tendrá lugar del 22 al 26 de julio, estará dividido en dos espacios diferentes

► I Encuentro Personalista Internacional (22 y 23 de julio 2005)

Que posibilitará el encuentro de representantes de grupos que trabajan en países europeos y latinoamericanos por la educación en valores, la promoción social y la profundización democrática, con el objeto de crear una red internacional personalista y comunitaria.

► **I Congreso Internacional
del Personalismo Comunitario**
(24, 25 y 26 de julio)

Que convocará a representantes de instituciones educativas, de movimientos sociales, políticos y religiosos de todo el mundo, y al público español en general para reflexionar, desde el papel central de la persona, sobre la profundización de los valores democráticos y de la participación social.

Esta propuesta que el Instituto Emmanuel Mounier de España lanza a la comunidad personalista internacional es uno de los proyectos que más nos ilusionan en este momento. Supone un eslabón más en nuestro proceso de crecimiento, un esfuerzo por aglutinar energías dispersas, por no caminar solos, por compartir esta ilusión personalista con todos aquellos que caminamos hermanados por el mismo ideal aunque por caminos distintos... Por qué no decirlo, es nuestra ilusión que el personalismo comunitario vaya ocupando más espacio en el mundo, como semilla que va germinando un nuevo modelo de sociedad...

Pero este encuentro ilusionante, difícilmente podrá hacerse realidad sin la sinergia de quienes hoy, formamos y sustentamos el IEM en España, es decir, sin el apoyo de todos, sin nuestra participación.

Este evento, importante en este camino decidido de madurez del Instituto Emmanuel Mounier, no puede ser un congreso como los demás, donde solo se comparta imagen, conocimientos, presencia... Lo que pretendemos compartir en él es vida, porque vida es lo que llevamos entre manos y vida es lo que ofrecemos.



Por este motivo, también los recursos necesarios para llevarlo a cabo, no pueden depender de que distintos *sponsors* lo sufraguen, atendiendo a posibles intereses de imagen, mientras que a quienes nos va la vida en ello permanecemos impasibles como meros espectadores.

El Congreso 2005 del IEM lo haremos entre todos, o si no, poco habrá que comunicar; será una fiesta de la militancia personalista o de lo contrario poco podremos compartir.

Por tanto la propuesta que os hacemos desde ahora es una invitación a arrimar el hombro en este importante momento, a compartir con lo que podamos ofrecer a la organización y desarrollo de este encuentro personalista y comunitario: para acoger a los invitados, para hablar en otros idiomas, para asumir alguna responsabilidad

de intendencia... para apoyar económicamente en los gastos que conlleve la organización.

Por este motivo, pongo en vuestro conocimiento, un n.º de cuenta, abierto especialmente para el Congreso, en el que podéis ingresar lo que vuestro corazón os permita. Gracias de antemano por todo, sea lo que sea lo que aportéis. Nos vemos.

Caja de Madrid:

2038-1893-72-3000324074

(Señalando para el congreso 2005)



Cartas al director

Estimados Director y lectores:

Nosotros defendemos la dignidad de la persona humana y, por lo tanto, militamos por un mundo en el que se respete la vida. Y vida humana hay en el anciano abandonado, en el que se muere de hambre, en el huérfano, en el trabajador explotado, en la mujer maltratada... y en el niño antes de nacer.

Tras la victoria electoral de PSOE ha vuelto a ponerse sobre el tapete legislativo la cuestión del aborto. Es cierto, que durante los años del gobierno del PP aumentó un 37% (según informa el manifiesto publicado por MCC y Autogestión), aún cuando tal partido parece mostrarse remiso a tal crimen. Por eso queda claro que ninguna fuerza política tiene voluntad de parar esto, es más, algunos reciben votos por ser abortistas, por reformar la Ley de reproducción asistida y permitir la clonación terapéutica, etc.

Otro tema puesto sobre la mesa por los «progresistas» ha sido el del matrimonio y la familia desde un punto de vista completamente positivista y en ese empeño de «la demanda social lo exige, pues hay que aprobarlo». A mi modo de ver, lo más grave es la cuestión de la adopción de niños por parte de las parejas homosexuales por las consecuencias psicológicas que pueda padecer el adoptado.

Por otra parte, la defensa al uso de la familia adolece de un cierto talante burgués y, en ocasiones, da la impresión de acercarse a ciertas propuestas de desigualdad entre los sexos.

Creo que desde *Acontecimiento* y, por extensión, desde el IEM se debe dar especial importancia a estos temas de defensa de la vida y de la familia. Del mismo modo que se hizo sinergia con otros grupos para hacer frente a la campaña electoral 2004 mediante el Partido por el voto en blanco, creo que debería explorarse la posibilidad de contactar con personas y asociaciones que puedan caminar junto a nosotros, debatir y ensayar propuestas y soluciones a estos problemas en el ámbito de este foro de opinión y reflexión que es nuestra revista.

Gracias. Un saludo,

JOSÉ LUIS LORIENTE PARDILLO

Querido Director:

He aquí un testimonio que «pone las pilas e ilusiona a todos aquellos que pertenecemos a esta comunidad que se llama «La Iglesia» y que como decía San Agustín es «casta y meretriz», dependiendo del actuar de quienes en ella habitamos.

Manuel Hernández, «joven» carmelita descalzo de 64 años, difícilmente será noticia en los medios de comunicación, quizá porque no es un cura homosexual, o pederasta, ni participa de otros morbos espectaculares que tanto gus-

tan a los devoradores de sensacionalismos.

Su vida es sencilla. Demasiado sencilla como para que nadie se ocupe de ella. Su único mérito, para que yo os la presente, es el ser la única persona española y uno de los pocos ciudadanos europeos que quedan en Irak, a pesar de los esfuerzos y presiones que el asturiano Manuel Vega, quien hace de embajador español en funciones en Irak, ha realizado sobre él: «Manuel es mi causa perdida». Y es que, cuando todos los cooperantes de distintas organizaciones humanitarias y voluntaristas, han decidido abandonar el territorio en el que fueron a trabajar, porque la situación era insostenible, Manuel ha dicho que se queda, que su suerte es la de ellos, la de la gente de Irak, y lo que les suceda a ellos lo aceptará él también: «con qué cara podría mirar a esta pobre gente si me voy». Y la verdad es que la situación no está para bromas ni falsos heroísmos. Entre 30 y 40 incidentes, repartidos entre bombardeos, atentados, explosiones, secuestros, asesinatos... suceden diariamente en Bagdad. Los ciudadanos extranjeros son objeto de interés especial para el secuestro debido a la resonancia internacional que pueda tener el hecho. El superior de la orden ya le ha advertido que no podrán pagar el rescate en caso de secuestro... no parece importarle a Manuel.

Y ¿cuál será esa importante labor que este carmelita debe desempeñar, y que le impide abandonar Irak?, ¿Serán pozos de agua potable que horadar?, ¿serán hospitales que construir o atender?... frío, frío... Manuel se dedica a ir por las calles a recoger a los enfermos, a los

huérfanos y vagabundos, habla con los niños, las mujeres y los ancianos, los más abandonados en este conflicto. Hombre sencillo y natural, poco refinado y eficiente en la acción, ha aprendido a sufrir con la sonrisa en la cara. Lo que más le duele es que no puede dejarse ver como antes por las calles de Bagdad *¡no hay que tentar a la suerte!* — «*Aquí somos un fermento de solidaridad y de cariño entre tanto caos y destrucción*». En eso consiste la imprescindible labor de Manuel, en ser presencia visible... de Dios mismo.

Su familia, lógicamente teme y sufre por él, sin embargo Manuel sufre y teme por los turcos, los saudíes que mueren por docenas, a diario y nadie se acuerda de ellos, aunque son los que más están padeciendo las decapitaciones y los secuestros.

Sufre igualmente por los propios iraquíes a los que las «bestias salvajes» de los terroristas están desacreditando como pueblo ante la opinión pública internacional: «Los iraquíes son gente preparada. Se ve que durante la dictadura de Sadam Hussein les faltó libertad, pero tuvieron buena formación universitaria. Son emprendedores y dinámicos, capaces de llevar un país cuando les dejen. Pero antes necesitaban un entorno de paz.»

Todos los días vive Manuel en ese «sin vivir» lleno de sufrimiento y terror, de gente concreta y rostro real: «Se oyen silbar las bombas cuando caen y en ocasiones me pregunto si la próxima será para mí... pero claro si no es para mí es para otros.»

Un saludo,

LUIS E. HERNÁNDEZ



Cartas al director

Estimado Director:

Escribo como terapia. Escribo para no olvidar. Escribo porque lo vivido y relatado toca la esencia de lo humano. Y puede ayudar a alguien a sentir el dolor ajeno y a saber que nuestro propio dolor puede ser acogido en abrazo fraterno. Estamos llamados a ser realmente humanos: a sentir compasión, a padecer con, a apasionarnos con el otro, a no ser islas.

Y es que nadie está preparado para perder a un hijo...

Ha muerto nuestra hija Itziar, hace diez días. Hace dos la incineraron. Nuestro corazón, el de mi compañero, Quique, y el mío, están rotos. Difícil imaginar el desgarramiento si no se ha vivido. 20 días de vida tan sólo, tras un embarazo complicado. Mucha espera y mucha incertidumbre. Al final, el nacimiento: dichoso por su llegada, pero recibido con mucho miedo por el alto riesgo al ser prematura.

Mil sentimientos me invaden en este tiempo de duelo y silencio. ¿Cómo puede un ser humano seguir viviendo cuando le han arrancado lo que más quería? ¿Qué transformación se dio en Mounier al ver sufrir y morir a su hija?

Cuanta más vida en común y más vínculos, mucho más dura es la separación. No puede ni compararse la pérdida de un hijo con días a aquél que vivió años... La relación se va haciendo y el dolor de la muerte es exponencial con el tiempo vivido juntos.

Y al menos, la muerte de Itziar ha sido «natural», no provocada pero ¿qué convulsión

ocurre en una madre chechena o palestina al haber visto torturar y matar a sus hijos? ¿Quién puede entender tanto sufrimiento? Definitivamente, lo peor que puede vivir alguien es ver sufrir o morir a un hijo. Indescribible. Siempre me han impresionado la Piedad de Miguel Ángel y el dibujo que me acompaña impreso en la Biblia que tengo desde adolescente: una madre sosteniendo a su hijo muerto en brazos... Me llegan también ahora las lágrimas de las madres de Darfur en Sudán y se hacen más. Ya no son anónimas, están cargadas, tienen peso. Estaba escribiendo todo esto cuando, inesperadamente, recibo un correo electrónico de Amnistía Internacional con el siguiente título: «¿Preparado para perder un hijo?» (<http://www.es.amnesty.org/p/enademuerte/actuam.shtm>). ¿Coincidencia? Confieso que se me heló la sangre.

Siento, en este tiempo, una tremenda rebelión no contra Dios, sino contra la imagen de Dios que algunos se empeñan en pintar y que manifiestan en sus condolencias. Me niego a pensar que «la voluntad de Dios» pasa por querer que un niño muera o que yo sienta este dolor. No creo en ese tipo de Dios que hace y deshace, desde fuera. Las entrañas del Dios cristiano son distintas. Creo en un Dios que llora conmigo esta pérdida, como lloró con la muerte de Jesús «su hijo muy amado», como Jesús mismo lloró la muerte de su amigo Lázaro. Dios vive nuestro dolor como el mejor de los amigos: en silencio, estando ahí, sosteniendo cuando las piernas me flaquean ante este vértigo. Y sé, porque he vivido experiencias intensas, que poco a poco, iré entendiendo el sentido de este acontecimiento. Es probable que me haga más humana y más cristiana.

Pero ahora, en el día de la prueba, sólo experimento el dolor, la soledad, el silencio pavoroso... y también digo: Dejadme con este dolor, no quiero negar nada de lo ocurrido. Doy gracias a Dios porque ella estuvo viva, porque pude estrecharla entre mis brazos cuando iba perdiendo el latido y el ánima. Pude acariciarla y decirle palabras llenas de ternura, mientras Quique nos abrazaba a las dos en un abrazo infinito. Terriblemente bonito. Dolorosamente cierto. Pero cierto al fin y al cabo, real, tocable.

Nunca volveremos a ser los mismos. Aunque me siga levantando cada mañana, ahora tras noches de insomnio y pesadillas... aunque aparentemente todo sigue igual: madurar, ver pasar los coches acelerados a los trabajos, hacer las tareas cotidianas... nada será igual. Esto ha pasado y su huella continuará, ella estará siempre con nosotros de alguna manera que aún no entendemos.

Desde luego, es impresionante cómo este acontecimiento nos ha unido a Quique y a mí. Qué grado de encuentro, de complicidad y de entendimiento del otro... doy gracias por ello.

Y pido al «Dios con nosotros», al Dios de la Misericordia, que nos sostenga como lo ha hecho hasta ahora, seguimos colgados de él.

Un saludo fraternal.

MARISA



Desde Noruega

Aduana Houston

Esperanza Díaz

Médica

edi@broadpark.no

Sucede que en el primer mundo no es uno consciente de las vicisitudes a las que están sujetos tantos habitantes de la Tierra.

Con el fin de re-cordar y vivir un poco de la realidad de los pobres, me puse en junio de este año en camino a Guatemala, aprovechando la oportunidad que una investigación me proporcionaba. Un viaje que me acercó por unos días a la realidad de los indios de la montaña guatemalteca con sus luces y también sus sombras.

Lo que no esperaba yo es que la vivencia de la parte umbrosa, de sentir la humillación, la herida y el ataque, la viviría en propia carne durante el viaje y antes aún de llegar a destino.

Viajaba con una colega noruega. A nuestra llegada al aeropuerto de Houston (EEUU) tuvimos que esperar una larga cola para pasar por la aduana. Esto a pesar de que estaríamos en el país aproximadamente unas 6 horas dentro de la terminal internacional. Tras ver cómo mi compañera se alejaba después de enseñar su documentación, me acerqué al oficial de turno, a quien presenté mi pasaporte. Me fueron dedicadas las preguntas de rigor. El hombre puso en seguida cara de que algo no iba bien y me mandó retroceder hasta la cola. Minutos después, cuando él hubo consultado con otro oficial, fui invitada a seguirle, aún sin saber si el problema sería el salmón ahumado que había declarado. Al sentir que tras de mí se cerraba el cerrojo de una puerta, oír a una colombiana llorar por no entender lo que el oficial le decía en inglés y ver a otros latinos y orientales esperando en aquella habitación, comprendí que no se trataba del salmón, pero... ¿qué? Vi pasar mi pasaporte de mano en

mano hasta que fue a parar a un escritorio, pero nadie se dignaba a explicarme qué pasaba. Los oficiales, todos armados con pistolas, parecían inmunes al estrés de los viajeros que allí nos acumulábamos. Risas entre ellos, teléfonos móviles y de vez en cuando un nombre pronunciado bien con escasos conocimientos lingüísticos, bien con cierta sorna...

Mientras tanto, desde uno de los anexos en los que interrogaban a una latina en español, se oían continuas amenazas sobre cárcel o deportación inmediata si no se decía la verdad.

La razón me decía que no había nada que temer, que esto no era más que una prueba más de la paranoia americana. El corazón me explotaba de rabia e impotencia: ¿por qué nadie me explicaba nada?, ¿por qué cerraduras en todas las puertas excepto en las habitaciones en las que se interrogaba a personas con absoluta falta de privacidad? Pero en el fondo, lo que más tenía era miedo. Un miedo irracional que, a mi pesar, no me dejaba ayudar a la colombiana que no entendía inglés y que salió de allí llorando antes que yo y miedo a pedir explicaciones sobre mi misma. Así que esperaré como me pedía la sensatez (¿o era la cobardía?). Minutos después, que a mí me parecieron siglos, vi cómo otro oficial cogía mi pasaporte, pasó por mi lado y me preguntó si era española. Contesté afirmativamente y me levanté, pero aún debía esperar más sentada en mi sitio. Cuando este oficial de aspecto latino me llamó, su primera frase en inglés, sin mediar otro tipo de saludo fue: «Así que te quedaste en EEUU más tiempo del permitido en 1994». Apenas saliendo de mi asombro le expliqué lo que entonces pasó (En 1994 estudié 3 meses en Boston, viajé a Canadá y regresé definitivamente a España 1 mes después. Jamás trabajé y el motivo de la



prolongación de aquella estancia no fue otro que el de haber conocido a mi actual esposo, quien residía en Boston). Ante mi estupefacción, tras reconocer el «crimen», otro oficial con aires de jefe dijo que todo estaba bien, que el viaje a Canadá sería la causa de que no constase mi salida de EEUU. El oficial latino que no hablaba español debía escribir lo necesario para que yo me pudiese largar de allí, pensé yo. Pero no. No sé si porque no sabía manejar el ordenador (parecía que tenía su propia guerra contra el aparato) o porque necesitaba más datos, pero el caballero comenzó una interrogación mucho más profunda sobre mis estancias en EEUU (curiosamente mis otras dos estancias en el país eran desconocidas para los oficiales). Preguntó acerca de mi familia, mi profesión y varios otros asuntos, mientras hacía gala de aburrimiento con sus continuos bostezos, de falta de atención con sus repeticiones y de su ignorancia tanto geográfica como general: en su mundo todos los médicos tienen que trabajar en hospital, todos los niños empiezan la escuela a la misma edad que en su barrio, etc.

Desde Noruega



Por fin, me preguntó que cuánto tiempo pensaba estar en su país y le contesté, sumisamente, llena de incredulidad ante tanta estupidez y de temor ante tanta prepotencia, que unas tres horas más si es que me daban permiso para coger el avión a Guatemala. Muy sorprendido, a pesar de que estaba claramente escrito en la tarjeta que yo había rellenado y él sujetaba en la mano, me informó de que entonces estaba en tránsito. Le confirmé su acertada deducción y creí, de nuevo, que aquella parodia-pesadilla había acabado. Pero no, entonces quiso mi billete de avión y con él junto al pasaporte volvió a desaparecer. Quizá la continua sospecha se me había contagiado, pero me pregunté qué sería de mí si aquel hombre no volvía con mis documentos. Llevaba 20 horas sin dormir y eso no me ayudaba a pensar claramente. Afortunadamente volvió y comenzó, nuevamente sin explicarme nada, una nueva batalla contra el ordenador, que esa vez, afortunada-

mente, pareció ganar. Me dijo que me podía ir. Le pregunté si podría volver a entrar en EEUU o si no era bienvenida a su país, ya que tenía un curso planeado para el mes de octubre. Según dijo todo estaba en orden... cosa que no se confirmó en el viaje de vuelta cuando me volvieron a parar en el mismo aeropuerto. Entonces la excusa para hacerme perder al avión a Europa fue que mi nombre se parece a el de alguien a quien buscan y que los oficiales eran novatos...

Pues todo esto y mucho más (cualquier preso de Guantánamo se sonreiría con esta diminuta experiencia mía) para salvaguardar la seguridad de los Estados. Quizá sea Estados Unidos el ejemplo más evidente, pero todo el primer mundo está de acuerdo, o cuando menos pasa por la rueda de la «lucha contra el terrorismo». Caiga quien caiga, y siempre caen los mismos. Por poner un ejemplo más del absurdo, han estado a punto de cerrar el turismo de cruceros en nume-

rosos fiordos de Noruega debido a la falta de seguridad de los puertos según las normas americanas asumidas ahora por Europa. Se pueden imaginar lo que supone hacer de un puerto de mar un lugar inaccesible para los supuestos terroristas... pues eso se está haciendo para no perder el turismo. Y así seguiremos, blindando hasta las nubes, poniendo cerrojos y policías armados en cada esquina de los países ricos.

Lo que nadie quiere recordar es que sólo «la justicia hará brotar la paz». Donde haya una ley habrá una trampa siempre que no se tenga nada que perder y se crea que hay mucho por ganar. En el fondo, de nada va a servir tanto control. Porque algunas gentes que yo vi a mi lado y que sí eran «ilegales» en EEUU no tenían otra posibilidad de comer y alimentar a sus hijos. Y al hambre y a la falta de derechos humanos no le paran los controles de pasaporte de nuestro primer mundo.

Desde Argentina

Tiempo de violencia, tiempo de huída de sí

Inés Riego de Moine

Presidente del Instituto E. Mounier
Argentina

Cuando el escenario de la violencia sin límites es la escuela ya no hay parámetros ni palabras que valgan. Aunque para los argentinos hace ya tiempo que la violencia se ha instalado en el paisaje de nuestra cotidianidad, nunca como en esta oportunidad fuimos mudos testigos del peor de los horrores: el de un adolescente asesinando a otros adolescentes compañeros de su mismo colegio en Carmen de Patagones, pequeño pueblo del sur argentino. Como una réplica perversa de similares sucesos acontecidos en los EEUU en los últimos años, ahora no es la realidad de los otros, aquella que miramos desde la pantalla de lo lejano, sino la nuestra, bien cercana, aquella de la que podríamos haber sido víctimas nuestros propios hijos. Y la pregunta obligada, ¿qué hemos hecho los adultos *con ellos?*, o mejor, ¿qué hemos hecho *por ellos* como personas, como familia, como sociedad?

Estamos tentados a responder con mil respuestas, todas ellas verosímiles, esto es creíbles, con formato de verdad, pero ninguna con el estatuto suficiente como para limpiar nuestra responsabilidad ante ese abismo de inhumanidad que se hunde en el rostro de un niño, de un adolescente, poseído satánicamente por un acto de violencia demencial. Las causas, argumentos o justificaciones están siempre a la mano de la consensuada opinión pública: ambiente social

de tensión (hacinamiento, pobreza, promiscuidad, abandono), bombardeo indiscriminado de imágenes violentas generadas como «medios masivos de diversión, de dispersión y de perversión» (películas, videojuegos, internet), consumo abusivo de sustancias anestésicas o excitantes (alcohol, drogas), y la lista continúa... Todos ellos ofertados sin límites por el insaciable mercado del adulto, ese mundo en que el más crudo principio de realidad parece ahogarse en el fango de los principios del éxito y del placer, supremos valores de la hora que regulan desde las constantes económicas de nuestra 'privilegiada' sociedad de consumo hasta las más íntimas y privadas constantes morales y existenciales.

¿Habremos de contentarnos con el análisis prolijo y rigurosamente científico de las múltiples causales de la violencia social, trasunto indiscutible de la violencia ejercida o padecida por la persona? ¿Nos olvidamos acaso que el rostro de ese niño violento, violentado y violado en su más temprana piel, es la imagen desnuda, la más fiel, que nos devuelve el espejo narcisista de nuestro propio ego desfigurado y desvirtuado por no haber sabido o querido responder a su clamor? Pero la historia de la violencia humana es tan antigua como la historia del hombre. ¿Acaso escuchó Caín el clamor de su hermano Abel? ¿Acaso no parecen dirigidas a nosotros aquellas palabras salidas de la boca de Yahveh Dios a Caín? «¿Qué has hecho? —preguntó Dios— Se oye la sangre de tu hermano clamar a mí desde el suelo» (*Gen 4, 10*). Cuando Caín contestó a Dios diciendo «¿Soy yo acaso el guarda de mi hermano?» (*Gen 4, 9*), allí dio comienzo el tiempo de la huida humana. Tras la huida, la violencia, o, da igual, tras la violencia, la huida. Ambos tiempos son concomitantes y co-

rrespondientes de la peor cobardía humana. Todas las formas de violencia, desde la sutil pero no menos agresiva violencia psicológica hasta los crímenes más aberrantes y los genocidios en que batalla el odio del mundo, se hacen carne cuando huimos de nosotros mismos, ese tiempo en que falta a su cita la virtud del señorío de sí, aquella virtud por la cual respondemos por nosotros y por los otros haciendo del rostro del otro nuestro propio rostro. Ambas fuerzas, virtud y violencia, ángel y demonio, expresan la paradoja viviente en que consistimos e insistimos. ¡Por algo violencia y virtud hacen honor a la misma raíz latina *vis*, fuerza, poder, energía!

Pero decir virtud es decir amor, virtud de virtudes, que se abre en su abanico de mil colores: *eros*, *filía*, *ága-*





pe, caritas... ¿No habremos de colegir entonces que el tiempo de la violencia es el tiempo en que huimos de la virtud, tanto como el tiempo en que huimos del amor? Sigmund Freud había expresado esta singular tensión que nos habita mostrando a *Eros* y *Thánatos*, amor y muerte, como aquellos impulsos elementales en que se bifurcan nuestras fuerzas más profundas, fuerzas oscuras y ciegas según su interpretación, pero modeladoras y determinantes de nuestros avatares personales e históricos. Si la violencia es muerte, el amor es vida, si el impulso tanático ha abrasado con la violencia del fuego la historia del mundo es porque no hemos permitido al amor abrazar y desplegar sus alas de vida sobre el vuelo del hombre. Mas no ha sido el hado fatal de los griegos ni el materialista determinismo freudiano

quienes han impedido anidar al amor, pues el amor no se reduce al impulso enamorado de *Eros*. Al amor llegamos y del amor huimos por el más terco y deliberado libre albedrío humano, esto es, el querer que quiere, o el no querer que quiere, o el querer que no quiere. Ni ciego ni vacío, aunque muchas veces herido de muerte por la ausencia del saberse amado.

Al tiempo de violencia hemos hermanado el tiempo de la huida de sí con toda la responsabilidad que tal huida implica. Pero entonces sí caeríamos en la ceguera torpe si ignorásemos ese horizonte epocal que nos ampara, o más bien nos desampara, que es el horizonte de la huida de Dios, fuente de toda verdad y de todo sentido. Sin Dios y sin sentido, ¿dónde instalarnos ante ese niño o ese adolescente que al mirarnos con ojos de sú-

plica tampoco encuentra en nuestra mirada ese horizonte donante de amor y de sentido? Como ha señalado Viktor Frankl hasta el cansancio, el vacío existencial adviene al hombre por la pérdida del sentido o, en el adolescente, quizás por no haberlo encontrado todavía. Sus consecuencias las conocemos todos: el hedonismo compulsivo, el conformismo, el totalitarismo y la llamada «tríada neurótica» (adicciones, depresiones y agresividad) que constituyen los síntomas palpables de ese tiempo de ausencias y vacíos que debe ser llenado por el sustituto a la mano, el que parece compensado por ese instante de vértigo sutilmente revestido bajo el velo del éxtasis.

Nunca como hoy hemos sentido el tiempo de la violencia y de la huida tan pegado a nuestra piel, pero, por esas ironías de lo humano, nunca como hoy hemos estado en mejores condiciones, en todo sentido, para enfrentar esta lepra que nos va carcomiendo y pudriendo como humanidad. Hoy más que nunca, desde las valiosísimas herramientas que aporta el personalismo y todos aquellos que se sienten convocados a la cruzada en favor de la persona, debemos aguzar la imaginación, la conciencia y la oración para que lo que proclamamos no quede en el discurso bonito y reconfortante de suyo, sino que revierta en gestos y gestas de vida para esos hijos, esos nietos, en donde ya se saborea el futuro de la humanidad.

¿La izquierda cambiará el curso de la historia?

Federico Manfred Peter

Escritor

Partiendo de la famosa sentencia de C. Marx, «los filósofos sólo habían interpretado la historia cuando era necesario cambiar su curso», numerosos grupos políticos y sociales se han dedicado a eso, a cambiar la historia. Marx y Engels supieron a quién dedicar la tarea de ese cambio definitivo y final: al proletariado. Sin embargo, el deseo de cambiar la historia tiene numerosos padres ilustres:

- el romper la servidumbre librando el hombre de las cadenas que le impone la injusticia social (Rousseau).
- la Ilustración (Aufklärung) como proceso de salida del hombre de la dependencia para encontrar la autonomía de su ser y actuar (Kant).
- tantas profecías y utopías (dos o tres en cada época de la historia) inspiradas en el mensaje bíblico que los pobres de la tierra serán elegidos para el reino de Dios.

Si bien es cierto que la historia cambió desde que fueron proclamados tales nobles proyectos, también ocurrió que a pesar de los cambios, técnicos, materiales e institucionales, las cadenas que imponen la sociedad, la pasión por poder y riqueza y la comodidad e ignorancia de los hombres no se han roto. Al contrario, parecen más firmes y sólidas que nunca. Es más, el noble proyecto de cambiar la historia para bien de los hombres ha sido responsable de nueva y vergonzante esclavitud:

La proclama de «libertad, igualdad y fraternidad» hecha por Robespierre hizo correr ríos de sangre por toda Europa. También en los inviernos/infiernos de los Gulag estalinistas se congelaba la sangre de los que no eran considerados útiles para tal profético

cambio histórico. La Revolución igual que Saturno comió a sus propios hijos, a millones de ellos.

—Toda ideología —dicen unos— acaba en alguna forma de estalinismo. Continuará el progreso y algún día se realizará lo que tantas veces sólo era un sueño;

—No —contestan otros— es ese mismo sueño de la razón el que produce los monstruos (Goya). ¡Qué cambios! ¡qué historia! ¡cuántas lágrimas y dolor!

¿Pero, cómo se nos presenta ese proyecto milenario en la actualidad? ¿Se sigue proclamando cambiar la historia? ¿Cómo se manifiesta y quién lo pronuncia y quiénes lo creen?

Para intentar contestar estas preguntas con la mayor objetividad posible, limitemonos a observar el mundo que nos rodea y cómo se adjetiva en los medios de información que nos invaden diariamente ese cambio positivo de la historia:

- «Progresista» en ese adjetivo se resume todo un abanico de proyectos sociales, políticos e ideológicos. El sustantivo que le corresponde no es progreso sino «progresismo». El progresista no sólo mira hacia adelante fijándose metas hacia el futuro, como es propio de toda actitud responsable. Al progresista no le acompañan la duda y el análisis prudente en los proyectos que propone; él de antemano ya sabe que son correctos y fiables y, como el misionero, predica la vía que todos deberían tomar hacia ese cambio histórico que su ideología hecha de retazos históricos le sugiere. Para alcanzar la atención general utiliza una retórica emocional apasionada. Sus asuntos, si bien son racionalistas, no se apoyan en la razón crítica y los conocimientos amplios. Son tecnocráticos: «¿Se puede hacer? —Sí— ¡Entonces, que se haga!» El

progresista lucha, insistente y pacíficamente, para ocupar la opinión general; por eso busca el apoyo de la calle que es su escenario preferido. Necesariamente tiene que definir a un adversario, necesita al enemigo para poder pronunciarse. Contra el retrógrada, contra el poder de la tradición, contra los fantasmas del ayer dirige su discurso.

En tiempos pasados el izquierdista era antitotalitario, el progresista moderno excluye a sus enemistades del respeto y de la tolerancia que merecen sus opiniones contrarias. Su discurso es de principios, es total de tendencia totalitaria. Por eso suele dudar de la integridad moral del adversario: «Son la ceguera, la mala voluntad o los intereses perversos lo que motivan al retrógrada» y por eso no comparte la visión progresista.

Para muchos progresistas el mundo suele dividirse en un campamento de los buenos, el suyo, y el contrario, el de los malos. Ese maniqueísmo ha creado un fundamentalismo moderno que está a mil leguas de la tradición creada por la ilustración o por el mismo marxismo histórico, esa fuente lejana y casi olvidada.

Observamos cómo ese tipo de progresismo está invadiendo todas las áreas de la sociedad, desde la educación a la legislación que regula cuestiones como la familia, medidas como el aborto y la eutanasia, la investigación, finalmente la constitución de la vida política misma. Contrario a los conceptos revolucionarios del pasado generalmente encuentra un eco positivo en las diferentes capas de la sociedad y ese hecho a sus opositores frecuentemente les hace callarse resignadamente.

El triunfo de la tecnocracia en casi todas las áreas de la sociedad

parece imparable, porque la tecnología suele presentarse con la pretensión de ser ciencia exacta. ¿Quién se atreverá a oponerse al especialista genético o al pedagogo progresistas?

«Acércate con la mente crítica muy despierta a todo lo que te presentan como una verdad, aunque sea la sentencia dos y dos son cuatro» había dicho Lichtenberg, ilustrado contemporáneo de Kant, un izquierdista por cierto, pero ¿serviría como progresista?

El progresista es crítico contra el adversario, definido así de antemano. Lo suyo se encuentra más allá del razonamiento crítico. Se ha asociado al «homo oeconomicus», al técnico de pensamiento unidimensional descrito por Horkheimer y Adorno. No tiene noción del antagonismo del progreso mismo. Ambos pensadores lo revelaron ya en 1947 con *Dialéctica de la Ilustración*: todo progreso es contradictorio consigo mismo, cada avance desata poderes que amenazan la libertad y la autonomía del hombre. Pero el progresismo no se ha enterado de ello, «es cuestión de intelectuales, que se queden con sus manías sofisticadas». Ya lo habían demostrado esas progres jovencitas que interrumpieron a Adorno dictando clase con un show exhibicionista. «¡Cállate viejo carca!». Así es, hoy de todas las capas sociales se reclutan los adeptos de la nueva fe que pretende hacerse la ley general y ya casi lo ha logrado.

- «**Antirracista**» es el adjetivo que se enfrenta al sustantivo racismo que se usa como sinónimo de nazismo. En la antigua República Democrática Alemana estaba prohibido descifrar ese código abreviado: nazi = nacionalsocialismo. El nazismo de ningún modo debía oscurecer la

diáfana metáfora del socialismo, pura y solemne.

El antirracista moderno mantiene ese tabú. Nazismo es todo lo que contradice las esperanzas de un cambio a un mundo mejor: el racismo de los enemigos, el carácter fascistoide de su hablar y pensar revelan el nazismo escondido que llevan dentro. Ese término subraya su peligrosidad y justifica la lucha contra ellos, de adversarios se transforman en enemigos de la civilización misma. Una vez más se verifica la visión maniquea del mundo: los buenos antirracistas contra el eterno enemigo de la humanidad, el nazismo. El término ya no está anclado en la historia real, es simplemente el superlativo del mal en política y sociedad. Bajo ese término se encuentran reunidos p. ej., el presidente de EEUU y el estado de Israel, además todos los que de alguna forma los apoyan.

Sin embargo, los terroristas modernos, tanto nacionales como internacionales, no están ubicados allí. Al terrorista se le considera un personaje trágico, perdido entre una motivación aceptada por un lado y métodos erróneos de lucha por el otro. Así p. ej., buenos son los fines de la guerrilla en Colombia —son anticapitalistas, antiglobalizadores, antiamericanos, progresistas— pero malos son sus métodos porque asesinan y secuestran a inocentes.

El gobierno colombiano y la sociedad, agredidos despiadadamente, siguen bajo sospecha de practicar el fascismo, proteger a los violentos de la derecha y ser de tendencia nazi.

Así, no es de extrañar que bajo la sombra del antirracismo izquierdista se ha revivido el antisemitismo. Se considera culpables sólo a los ju-

díos que persiguen a los indefensos árabes y estos a la vez son disculpados de los horrores que cometen. El supuesto carácter nazi del estado de Israel ocupa el lugar del judío errante de antes, supuestamente culpable de los desastres históricos. La crítica, una vez más, es fundamental y no política porque se dirige contra un ser considerado maligno.

El análisis es simple y no reconoce el carácter trágico de aquel conflicto en el Oriente Medio.

¿Quién es culpable, Creonte o Antígona, en el drama de Sófocles? El público griego hace más de dos mil quinientos años entendió mejor lo que significa un conflicto entre visiones opuestas e intenciones contrariadas. Ambas pueden reclamar justificación.

Para el antirracista convencido siempre está claro quién tiene la culpa. Por eso no encuentra contradicción en apoyar la causa del fundamentalismo islámico y a la vez combatir la influencia del elemento católico en la educación. Lo primero es considerado manifestación de una conciencia históricamente oprimida y por eso merece apoyo, mientras los principios laicos exigen revisar la tradición católica del pasado, porque hay que cambiar la historia. Aplauso.

- «**Pacifista**» no corresponde al sustantivo paz, porque si fuera así tendría que ser pacífico. Pero el pacifista no es pacífico sino antibélico o antibelicista. No le gustan las guerras para nada en absoluto, lo cual de por sí es banal porque fuera de unos pocos perturbados mentales las guerras nunca han gustado a nadie. Por eso siempre ha sido necesario justificarlas de alguna manera. Así, el viejo Catón en el senado romano repetía en cada sesión su fa-

moso «*ceterum censeo Cartaginem esse delendam*». «Hay que destruir Cartago, aunque yo y ustedes no queramos porque no nos gusta hacerlo». Al más belicista no le gustaba la guerra.

Era Lenin, quien diferenciaba entre guerras buenas y malas. Las malas eran las guerras imperialistas, buenas eran las guerras liberadoras, aquellas donde con banderas desplegadas se anuncia el principio de una nueva era. Los caídos serán los mártires de la causa más justa posible, el final de todas las guerras y el comienzo del paraíso definitivo sobre la tierra. El viejo Catón era más realista y práctico, Roma no debería repartir el poder con Cartago en el Mediterráneo, y punto.

Tal vez, Lenin también era igual de práctico, sin embargo no manifestaba que el triunfo militar sobre los Blancos significaría la instalación del gobierno revolucionario presidido por él y sin contar nunca más con ninguna oposición. ¿Lenin, el nuevo zar, todo solito sin temor a posibles rivales? ¡Error! El principal de ellos, muy sumiso, escondiéndose debajo de su misma sombra: Stalin.

No, al pacifista moderno no le preocupan los detalles ni la experiencia histórica. Está convencido que su «No a la guerra» pronunciado por millones de voces creará un ambiente donde no podrá prosperar la guerra. Lo malo es que el agresor en potencia no suele enterarse de ello, o lo interpreta como señal de debilidad y de apoyo indirecto. La historia no conoce ningún ejemplo donde un agresor armado se haya desarmado debido a presiones pacíficas.

El complejo origen de los conflictos siempre se escapa a la intervención tan sencilla y simple de gente

de buen corazón. Hay manifestaciones que rozan el kitsch estético:

Durante la primera Guerra del Golfo he visto desfilar en Alemania jóvenes maestras de educación preescolar con los peques que exhibieron pañuelos blancos y letreros que decían: «¡Sangre vale más que petróleo!» Una frase contundente realmente digna de la didáctica para pequeños.

Sin embargo, al pacifista no le perturba el resultado negativo de su intervención, se siente portador de un mensaje que le enorgullece por sentirse bueno contra los malos. Por todas estas razones el pacifista hace una selección de los conflictos que provocan su indignación. El efecto de la publicidad de su enfado es importante: las sangrientas matanzas de cientos de miles de vidas en el oscuro continente africano no le interesan mucho.

- «Solidario» se supone que proviene de solidaridad, y sólido era el frente común de la clase obrera en defensa del derecho del trabajador a ser tratado como persona. Las primeras organizaciones de los obreros se dedicaron al aprendizaje y a la enseñanza.

La jornada de diez o doce horas no dejaba tiempo para estudiar e informarse mejor. «Lo que necesitamos es tiempo», así dice una vieja canción de sindicalistas, tiempo para recrearse y prepararse mejor. Solidaridad vivida y practicada diariamente. Sólo después llegaba la hora de la organización política y en algunos casos, ahí está p. ej. el caso del Partido Laborista inglés, hasta la época moderna los sindicatos seguían siendo básicos, el partido no era más que su brazo político. La solidaridad sindical se mantenía vigorosa y firme a través de una autonomía financiera mantenida por los

pagos de los mismos afiliados, orgullosa de su independencia de la política estatal.

Este sistema tradicional está en crisis en toda Europa y la causa fundamental es la desaparición de la clase obrera. Se cambió la camisa azul por la del cuello blanco y con ella se disolvió la conciencia de clase. Se puede decir también que el obrero moderno se emancipó de la tutela de su clase social y se ha hecho ciudadano en la democracia moderna. Es un ser instruido e imprescindible, la verdadera riqueza de una nación. Todo un éxito histórico y nada que lamentar.

¿Cómo se presenta la solidaridad en el ambiente en el que vivimos? ¿Qué significa «solidario» en boca de los que tan frecuentemente así lo proclaman? Es el término que abunda en el lenguaje de los que piden subvenciones, subsidios, ayudas financieras, intervención por parte de entidades públicas nacionales o europeas. Nada de autonomías, se apea a la responsabilidad del colectivo para remediar los males reales o contruídos del propio gremio. Algodoneros, aceituneros, astilleros, jornaleros, etc, etc, mantienen sus líneas de contacto con Sevilla, Madrid o Bruselas y la palabra que más pasará por estas líneas será la de «solidaridad». Pero a todo sindicalista le debería molestar el abuso que se hace del término clave del pasado sindical que así se transforma en el poco honroso clamor por ayudas de dinero público, que es dinero que otras áreas prósperas de la economía nacional o europea han producido y donde los que piden subvenciones no han intervenido y debido a las subvenciones en un tiempo previsible tampoco lo harán. Nada de autonomías en este sentido, apoyados en la «solidaridad colectiva» seguirán, pidiendo.

Aquí encontramos el cuadro psicológico del resentimiento portador de la falsa lucha de clases cuyo objetivo principal es hacerse dueño del poder público para disponer libremente del caudal de subvenciones. La nueva clase dirigente ya no es la que se opone al modo de producir capitalista, sino aquella que dispone de los recursos del estado. La sociología habla de esos nuevos privilegiados (leisure class) como poseedores del poder político, social y cultural, poder que se apoya sobre el dominio de la opinión pública. Para asegurar ese poder es necesario tapar la realidad socio-política que lo sostiene levantando frentes de lucha progresista en pro de reformas dirigidas contra la tradición. Así se levanta un velo que tapa problemas y conflictos reales. La política publicitaria busca un escenario patético teatral y parece que lo ha encontrado.

- «Antiglobalizadores»... mucha tinta se ha derramado para describir y para denunciar la nueva e irrevocable realidad de un mundo con cada vez menos fronteras económicas. Lo que a primera vista parece un bien, en realidad causa un sin fin de problemas que otros más competentes han analizado y han encontrado una dinámica que realmente se parece a la dinamita que sacude los estamentos más firmes de los sistemas económicos tradicionales.

Analistas serios están de acuerdo en que luchar contra ese terremoto es tiempo perdido.

Sin embargo, el antiglobalizador pretende hacer precisamente eso; apoyado en el bonito lema «un mundo mejor es posible», exige que la economía acepte las reglas que la voluntad del ideólogo trata de imponerle. Los mismos analistas críticos indican vías de corrección de un proceso que siendo creado por

hombres y mantenido por la labor humana siempre será corregible.

Son vías de acción que al movimiento antiglobalizador no le interesan mucho. Su aversión contra la evolución del «sistema capitalista» es fundamental, su crítica fulminante, brillante a veces de agudos sofismas, y su preocupación por la permanencia en la pobreza del desfavorecido Sur del planeta es creíble.

Lo que ha conseguido hacer en realidad hasta ahora sólo es crear una subcultura de la protesta errante, que se mueve por toda la geografía del planeta como cola que acompaña a un meteoro, siempre detrás de las cumbres que celebran los representantes de las potencias económicas.

El escenario se parece hasta en detalles a las protestas de los papás y abuelos de los actuales antiglobalizadores en aquel —ya casi olvidado— movimiento de rebelión que se originó en mayo de 1968. La diferencia es que entonces, los que protestaron iban en bus o bicicleta al escenario previsto para manifestarse. Sus hijos y nietos antiglobalizadores suelen usar el avión o el coche propio. Los tiempos cambiaron.

Sería interesante, observar lo que será dentro de 30 años de los que hoy protestan, porque algunos de los que protestaron en el 68 hoy son ministros y hasta jefes de gobierno, socialistas o verdes. Supongo que algo similar pasará: antiglobalizadores de hoy, globalizadores de mañana.

No sabré nunca si mi pronóstico será cierto.

- «Coqueteo con el nacionalismo regionalista» llamo a la actitud aberrante de socialistas de rendir homenaje a conceptos desfasados y cargados de experiencias negativas del pasado. Existe el real peligro de

una balcanización de España, con consecuencias que a todo observador deberían preocupar. El socialismo se acerca con nuevo «talante» a ello proponiendo diálogo a la vez que callar la propia posición—si la tiene. Pero esta reflexión la continúe mejor el lector español, que a él le incumbe.

Conclusión:

El cuadro fragmentado subsumido bajo el término de la Izquierda se presenta de un modo desconcertante y confuso. El inmenso y rico caudal que la tradición del socialismo europeo ofrece parece reducido a clichés que, sin embargo, a mucha gente satisfacen; hasta tal medida que estos clichés lograron ocupar el escenario de la opinión pública y se volvieron el pensamiento correcto actual.

¿Quién se atrevería poner en duda p. ej. la justificación de la escuela laica del Estado, la investigación moderna en el campo de la medicina, la legislación nueva familiar o el subvencionismo enraizado y justificado de modo general?

Sería tomado por antimoderno y retrógrado incorregible como sucederá al autor de este escrito. Sin embargo, pienso que dentro del panorama de la democracia plural debería renacer el espíritu auténtico de la Ilustración, que es una de las fuentes de la modernidad, y espero que el socialismo se acuerde de ello:

«Las frases que más nos convencen deben ser interrogadas y criticadas intensamente, para ver si no nos equivocamos». Eso dijo el ilustrado Georg Christoph Lichtenberg, filósofo y físico alemán del siglo XVIII. Era jorobado y de bajísima estatura, un enano corporal con un espíritu de gigante. Yo le doy la razón y trato de seguirle, ¿y usted estimado lector?

Cara a cara con la inmigración

F. Javier Díez Morrás

Abogado
Voluntario de Cáritas de
Sto. Domingo de la Calzada (La Rioja)

...en todas las naciones se considera inhumano el tratar y recibir mal a los transeúntes y sin justa causa para ello y, por el contrario, humano y cortés tratar bien a los extranjeros...

Francisco de Vitoria,
Relectio de Indis

La inmigración, fenómeno universal y atemporal, ha irrumpido de forma clara en la sociedad española desde los años 90 del pasado siglo xx como no lo había hecho desde hace siglos. Un simple análisis de las estadísticas publicadas por la Delegación del Gobierno para la Extranjería, nos muestra que mientras en 1995 eran 499.773 los extranjeros con documentación, en 2003 el número había ascendido a 1.647.011. Muy lejos nos quedaban a los españoles anteriores épocas históricas en las que esta tierra fue lugar de asentamiento de gentes que configuraron parte de lo que hoy consideramos rasgos definitorios de lo español. No tenemos sin embargo tan lejos los tiempos en que los españoles se extendían por Europa y América en busca de un progreso y un sustento difícil de conseguir en España...

Natalia viene de «avanzadilla». Ingeniera allí, camarera aquí. Con lo que gana en España mantiene a toda una familia de doce miembros en su país. Meses después llega su marido. Ella regresa para cuidar a los suyos. Su marido trabaja y en un golpe de suerte logra los ansiados «papeles» y se compra un pequeño piso. Natalia vuelve a España de nuevo con dos hijos. Él fallece. Ella engrosa de repente la lista de «sin papeles». Son viuda y huérfa-

nos en un país extranjero. Tienen piso y pensión en España sin embargo la ley no les protege. Casi tres años después, tras viajes a su país, desesperación en las oficinas públicas, entrevistas, dos leyes y un reglamento, aún esperan una notificación que termine con su calvario y regularice su situación.

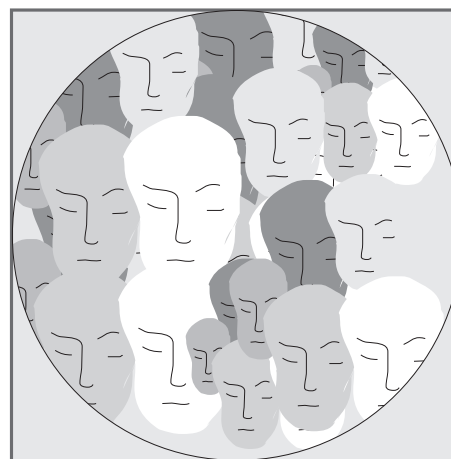
Y en parecidas circunstancias Ibrahim, Lupe, Kadiya, Aser, Carlos, Vladimir,...

¡Ay, dulce y cara España,
madrastra de tus hijos verdaderos,
y con piedad extraña
piadosa madre y huésped de

[extranjeros!
Lope de Vega,
La Arcadia

La llamamos «Ley de extranjería» pero en realidad la ley que regula la situación administrativa de los extranjeros en España, aprobada el 20 de noviembre de 2003, es una segunda reforma de la ley de 11 de enero de 2000. Realmente tiene un título mucho más amplio, sin duda en principio esperanzador, en apariencia integrador, positivo y garantista: «Ley Orgánica sobre derechos y libertades de los extranjeros en España y su integración social». Sin embargo, ni desde una perspectiva jurídica, ni desde una visión militante el contenido de la norma se corresponde con un título que se queda en una mera denominación, en un deseo.

Las leyes, instrumentos que los hombres nos damos con el fin de regular u ordenar la convivencia social, nacen de la soberanía popular que, por delegación, ejerce un poder legislativo que la ciudadanía elige. A veces esas leyes devienen total o parcialmente ilegales, en otras, aún siendo perfectamente admitidas por el orde-



namiento jurídico, resultan inmorales. En el caso de las últimas normas sobre extranjería aprobadas, se pueden dar las dos circunstancias. La ilegalidad o inconstitucionalidad, aunque algunos la estimamos clara, aún se encuentra pendiente de determinar, sin embargo la inmoralidad es patente y las consecuencias las estamos observando día a día las personas que nos relacionamos en el ámbito del derecho de extranjería.

Estas son una serie de premisas o conclusiones que debemos tener presentes para llevar a cabo un análisis claro de la normativa vigente.

1. El «Ius Migrandi» o derecho a emigrar, es un derecho de toda persona largamente reconocido a lo largo de la Historia.
2. Existen una serie de derechos fundamentales universalmente reconocidos por las legislaciones internas de los países y por los tratados internacionales independientemente de raza, nación, religión o sexo.
3. De forma paradójica, es en la actualidad, tras la consolidación de la sociedad de consumo y el libre comercio internacional, cuando el libre

movimiento y asentamiento de personas se encuentra más restringido.

4. El contexto político en el que se encuentra España, la Unión Europea, se ha convertido en un ámbito geográfico en el que la movilidad, permeabilidad e intercambio poblacional es absoluto. Sin embargo la inexistencia de una normativa comunitaria común en materia de extranjería, y la convivencia en ese espacio europeo de personas con «status» jurídicos diferentes (ciudadanos de otros países europeos, extranjeros de terceros países en situación regular, ciudadanos de terceros países en situación irregular), provoca problemas de convivencia y de garantía y protección de los derechos fundamentales de la persona. La existencia de esas tres situaciones conlleva la convivencia de tres niveles de derechos: Totalmente amplios para los primeros, disminuidos para los segundos, muy restringidos o casi inexistentes para los terceros.

1. Toda persona tiene derecho a circular libremente y a elegir su residencia en el territorio de un Estado.

2. Toda persona tiene derecho a salir de cualquier país, incluso del propio, y (derecho) a regresar a su país.

(Artículo 13 de la Declaración Universal de los Derechos Humanos)

Un somero análisis jurídico de la actual legislación sobre extranjería vigente en nuestro país, nos lleva a calificarla como insuficiente, incompleta,

en modo alguno ajustada a la situación real, inconstitucional e injusta. Pero lo más grave es que la situación viene dándose desde hace unos años. La existencia de tres leyes y un reglamento en cuatro años, las dos últimas en realidad reformas de la primera ley; y una sentencia del Tribunal Supremo en 2003 declarando la ilegalidad de once artículos del reglamento, es clara muestra de que la situación de la inmigración en España no ha sido afrontada con la reflexión y análisis que merece. Y la cuestión no es banal, pues la situación administrativa del extranjero en España se erige en circunstancia vital. Nada más y nada menos que de ella dependerá el nivel de reconocimiento de derechos y obligaciones sociales.

A medida que se han ido aprobando las sucesivas reformas, desde el mundo profesional hemos podido comprobar cómo derechos fundamentales de los extranjeros, sobre todo de los «sin papeles», se han visto restringidos de una manera inquietante. El control que la compañía aérea, desarrollando funciones semi-policiales, ejerce sobre el extranjero desde que embarca en avión en su país de origen; la práctica inexistencia de posibilidades para regularizar la situación del extranjero que se encuentra en España sin documentación; la desprotección del extranjero que, aún sin permiso de trabajo, desempeña un trabajo sin los mínimos derechos laborales y sociales; la restricción a los inmigrantes de derechos procedimentales básicos de todo ciudadano que se relaciona con la Administración; la especial «aceleración» y «penalización»

de los procedimientos administrativos de devolución y expulsión; la obstaculización de la reagrupación familiar... son ejemplos de una nueva restricción de derechos a que se ve sometido el inmigrante con esta reciente reforma legislativa desde que toma la decisión, generalmente traumática, de abandonar su familia, su tierra de origen, para adentrarse en una sociedad totalmente nueva.

El derecho a circular libremente y al establecimiento pacífico, es un patrimonio universal de todas las personas.

Francisco de Vitoria,
Relectio de Indis

A modo de conclusión: Las sucesivas leyes reguladoras de la situación del extranjero en España, no han dado una solución a la injusticia que hoy se aparece a la inmigración, sobre todo a la que no tiene «papeles». Condicionar el disfrute de derechos fundamentales del ser humano a la obtención de un permiso de carácter administrativo, está muy lejos de lo que debemos considerar como justo. Mientras el legislador no analice la inmigración desde un punto de vista más global, dando prioridad al respeto a los derechos básicos del hombre y observando lo que las economías liberales y ultradesarrolladas del primer mundo han provocado en los países del tercer mundo, no se podrá afrontar la cuestión con justicia. Quizás mirándoles, no explotando sus recursos inmoralmente y cooperando al desarrollo, podríamos evitar lo que algunos erróneamente denominan «el problema de la inmigración».

Hacia una política democrática más madura

.....
Agustín de la Herrán Gascón

Prof. Titular Universidad Autónoma de Madrid.
.....

Educar, no sólo para saber lo que votamos, ni siquiera para saber a quién votamos. Hay que vigilar, evaluar los partidos en relación con sus promesas. Por regla general existe un discurso en la fase electoral abierto y progresista, y luego hay una contradicción tremenda. Ésta es una forma de lucha, una forma de pelea que es preciso hacer.

P. Freire

Entre el prurito de proyectar una imagen convincente y el cumplimiento de las promesas electorales, entre la eficacia miope y la sensibilidad social, entre la obsesión por erosionar la imagen del contrario y la posibilidad de cooperar para la mejora social, etc. media la madurez política, una variable que tan sólo precisa de ausencia de egocentrismo y presencia de conciencia. En esta parte nos ocuparemos del análisis de la segunda y de algunas consecuencias para un futuro siempre más humano.

I. La conciencia humana: principal referente para la posible evolución humana. Hemos conceptualizado conciencia como una capacidad de la que depende la posible evolución humana (A. de la Herrán, 1998, 2002, 2003). Asocia una elevación del nivel ético y de la coherencia, del conocimiento y del autoconocimiento, de la capacidad de repliegue del ser sobre sí mismo, del sentimiento de unidad, universalidad o de no-fragmentación, de amor y generosidad, de creatividad, de capacidad de relación y de abstracción, de práctica de la cooperación no-dual, de *recepti-*

vidad (con el entorno y con la totalidad de lo que evoluciona), de empatía, comprensión y compasión, de penetración intelectual, de práctica de la *duda*, de disminución de angustia, pérdida de miedos y disolución de miedo a la muerte, etc. El incremento de conciencia conduce a la madurez personal y social, siempre que se suelte el lastre del *egocentrismo*¹ *individual y colectivo*. Deducimos de esto que el camino del *ego* a la *conciencia* es el sentido de la posible evolución humana, y por ende el centro de gravedad de la *innovación permanente* más importante: el cambio interior evolutivo. Si el egocentrismo es la característica propia de la inmadurez personal y social, la conciencia es un rasgo propio de la madurez y el conocimiento, siempre y cuando esté exenta de egocentrismo. ¿Cómo favorecer que la actual *democracia* evolucione y no sólo se desarrolle? Respondremos, en síntesis, que *mediante una (auto)formación orientada a soltar lastres egocéntricos y a adquirir más y más complejidad de conciencia*.

1. Modos de acceso a la conciencia: ¿Cómo acceder al incremento de conciencia? Destaquemos algunos modos de acceso (A. de la Herrán, e I. González, 2002): Autoobservación, autocritica-rectificación, humildad, sintonización interior-exterior, orientación superior de la motivación, búsqueda de la complejidad-conciencia, reflexión transformadora de sí y el entorno, meditación, búsqueda de la coherencia, etc. Imaginemos las consecuencias de aplicar tales procesos a la vivencia democrática cotidiana, tanto de líderes como de liderados: parecen entreabrirse otras formas de experimentar la democracia.

2. Efectos de la complejidad de conciencia en el conocimiento: ¿Qué consecuencias tendría una educación de



la razón centrada en la conciencia? Subrayemos algunas (A. de la Herrán, e I. González, 2002): Incremento de la percepción, ensanchamiento de la comprensión, reconocimiento o visión, más afinada capacidad de análisis y discriminación reflexiva, mejor evaluación y diagnóstico de los fenómenos y de las personas, mejor práctica de la educación y orientación, mejor práctica de la creatividad y descubrimiento productivo, autonomía y pensamiento propio, lucha personal por la interiorización y liberación de vieja piel, presencia de conciencia constante, superior capacidad de empatía, ética y compasión, capacidad de síntesis, conocimiento integrador y posibilidad de convergencia, anhelo de autoconciencia, etc.

II. Estadios de evolución de la democracia. Cuando la democracia se analiza tomando la presencia de egocentrismo y la complejidad de conciencia como *criterio dialéctico*², *puede clasificarse evolutivamente:*

1. Nivel 1: Democracia cuantitativa, estadística, geográfica, de la persuasión

y la elección, del producto y del egocentrismo: En ella el ciudadano interviene con *votos* desde la barrera, otorgando en momentos concretos (períodos de elecciones) una *confianza* a ofertas predefinidas de políticos que se atribuyen su representación. En esta clase de democracia, que J.L. Borges retrataba como «abuso de la estadística»³, «la burocracia vive de sí misma» (E. Miret Magdalena, 2003). Este nivel incluye costumbres enraizadas en *egocentrismo individual y colectivo* y *narcisismo insensible*. Dentro de ella se pueden diferenciar dos subniveles:

a) Subnivel 1: Democracia monista, de la influencia y el aprovechamiento: La democracia se utiliza como justificación para la puesta en práctica de las intenciones de una única opción o una opción predominante. Domina una *programación mental compartida*. Las alternativas están inhibidas o vetadas.

b) Subnivel 2: Democracia dual, de representantes, de la cantidad, la pluralidad y el predominio competitivo. Se diferencia de la anterior en las posibilidades, que son varias: el espectro es más amplio.

2. Nivel 2: Democracia cualitativa, compleja, *molecular*, de la sensibilidad, del conocimiento, de la participación permanente en el proceso: En esta clase de democracia *la razón de la fuerza del voto aplicado* cede paso a la capacidad de conceder la razón a las cuestiones mejor pensadas. Ello incluye la presencia y la práctica como hábito de procesos inéditos en el nivel anterior:

a) Subnivel 3: Democracia dialéctica, de participantes, de la sensibilidad por las minorías y por las mayorías —muchas veces *desoidas*—, la justicia social, la empatía, el conocimiento y el respeto profundo al participante.

b) Subnivel 4: Democracia complejo-evolucionista, desde y para la conciencia, la reducción de egocentrismo y la posible evolución humana.

Se deduce de esto que, si bien las democracias vigentes vienen dadas, el camino de su evolución posible no es otro que el de la educación para la madurez de todos, en la medida en que todos somos *eslabones perdidos de nosotros mismos*.

III. Rasgos de una democracia más madura. Aplicando lo anterior a la democracia vigente, podríamos definir un nivel más consciente, del que lo importante no es tanto el *rasgo o comportamiento (sustantivo)* que expresamos, sino la capacidad (*verbal*) que motiva (activa y orienta) la acción:

1. *Cambio del significado de participación democrática: Democracia ciudadana* no es sólo votar cada cierto tiempo, y *democracia gobernante* no es sólo convencer y gestionar. Una democracia más madura incorpora una valoración creciente de:

a) *Procesos de cambio (auto)formativo, como escuchar, comprender, interiorizar, aprender, desaprender, reaprender, innovar*, etc. orientados desde los intereses particulares, pero no sólo encaminados a ellos.

b) *Importancia de la evaluación continua*, entendida como pulsación y análisis permanente de la sensibilidad y la opinión de los ciudadanos, para la regulación y la orientación de las acciones administrativas. Se trata de abrir el canal ciudadanos-gobernantes de modo que los segundos conozcan mejor las necesidades, los procesos y los efectos en los primeros, y de que la información obtenida pueda reciclarse formativamente a los planteamientos actuales, con el apoyo de las NTIC

aplicadas a los procesos democráticos. Este movimiento dialéctico-empático hace que el gobernante sea más ciudadano y el ciudadano más gobernante, con lo que la conciencia de ambos se incrementa.

c) *Posible cambio de concepción de voto*: Se deduce de lo anterior la posibilidad de que el voto, tal y como se entiende hoy, cambie sustancialmente. Un voto menos egocéntrico y más consciente pudiera:

I. No localizarse en un periodo bien definido de elecciones,

II. Otorgar un mayor significado político, social y evaluativo a las motivaciones del voto nulo, en blanco⁴ y la abstención.

III. Recoger voluntades de participación no-binarias, más amplias y no-duales, que en una gradación evolutiva podrían ser (A. de la Herrán, 2003): No querer participar; no preferir opción política alguna; preferir una opción no censada o no admitida; preferir una opción parcial por su *rentabilismo o eficacia*; preferir una opción parcial por su *humanidad o conciencia*; preferir varias opciones parciales en función de los ámbitos considerados o «voto repartido» o «diferencial»; preferir más de una opción para cada apartado o «voto complejo», y preferir aquellas opciones parciales más claramente orientadas a la posible evolución humana, lo que invitaría a su futura convergencia, y con ello a un salto cualitativo más (*complejo-evolucionista*) en la concepción de la democracia. El desarrollo de estas posibilidades, incrementaría la participación, pero a la vez haría más necesaria que el ciudadano fuera más conocedor, más reflexivo y más y mejor

educado en democracia. Al mismo tiempo, esta estrategia podría ser útil para la *educación de la propia democracia.*

- d) *Posible evolución de los talentos administradores políticos:* Es indispensable que los cambios de *modalidades de participación* vayan favorecidos de cambios en las actitudes de la administración política, entre las que pueden entrecruzarse estadios evolutivos (menor egocentrismo, mayor conciencia), según su finalidad real: Destruir el sistema social; dominarlo; convencer al electorado; vencer a otras opciones contrarias o concursantes; asociarse o cooperar con otras para el propio beneficio; gestionar eficazmente; gestionar con sensibilidad social, más allá de la rentabilidad; y gestionar cooperando con otras opciones desde y para la madurez personal y social, el conocimiento, la universalidad y el mejoramiento profundo de la vida humana. En este último nivel, la propia opción deja de ser parcial, y en la medida en que pueda ser calificada de este modo, se diluye como tal sistema.
- e) *Valor de la autoevaluación comparada* de todas las fuerzas políticas. Cuando la madurez hace acto de presencia y el egocentrismo se retira, cobra sentido saludable la autoevaluación, entendida como toma de conciencia para la mejora desde la autorregulación, sea incorporando, manteniendo, cambiando o ex-

tinguiendo comportamientos. Supongamos, por ejemplo, que junto a las *sesiones de control al Gobierno*, tienen lugar *sesiones de autoevaluación*, a la vista y a la razón del ciudadano. Esta *autoevaluación* podría estructurarse de un modo sencillo (puntos fuertes, puntos débiles y propuestas de *desempeoramiento* y de mejora). Este proceder podría hacer que sean los cambios (auto)propuestos y la propia madurez institucional de los partidos lo que los ciudadanos crecientemente preparados valoren y deseen.

2. Importancia de los intereses no rentables para las opciones parciales: La *democracia madura* incorpora en cada perspectiva partidista *procesos básicos de conciencia* como:

- a) *La humildad como antesala del conocimiento, la autocrítica y autoevaluación ecuaníme, la duda, la rectificación, la renuncia, la capacidad de percibirse distanciadamente, el desprendimiento o incluso la autoanulación funcional* en función del beneficio general (A. de la Herrán, 1999).
- b) *La búsqueda del conocimiento propio, y por tanto la fortaleza de pensamiento* que conduce a traspasar la barrera del prejuicio.
- c) *El reconocimiento y apoyo de los procesos y acciones de otras opciones*, adoptándolos como posibles motivos de aprendizaje, cooperación y desarrollo de proyectos conjuntos,

respetando la autoría, y practicando la saludable y ética *sensibilidad por las ideas* más allá del ego.

- d) *La posibilidad de cooperar, converger más allá de la rentabilidad particular*, de modo que tales procesos puedan no favorecer a priori a los sistemas parciales, precisamente porque la conciencia más compleja y humanizada les lleve a considerar el interés de la posible evolución humana por delante de los propios.

Notas bibliográficas

- Herrán Gascón, A. de la (1998). *La conciencia humana. Hacia una educación transpersonal*. Madrid: San Pablo.
- Herrán Gascón, A. de la (1999). Teoría de los Sistemas Evolucionados. *Actas del IV Jornada Andaluzas sobre Organización y Dirección de Instituciones Educativas en Contextos Interculturales* (Vol. II) (pp. 535-540). Granada: Universidad de Granada.
- Herrán, A. de la, y Muñoz, J. (2002). Educación para la universalidad. Más allá de la globalización. Madrid: Dilex.
- Herrán, A. de la, y González, I. (2002). *El ego docente, punto ciego de la enseñanza, el desarrollo profesional y la formación del profesorado*. Madrid: Editorial Universitat.
- Herrán, A. de la (2003). *El siglo de la educación. Formación evolucionista para el cambio social*. Huelva: Hergué.
- Miret Magdalena, E. (2003). Nuevos Horizontes en la Sociabilidad Humana. Claves para la Esperanza. En A. Canteras Murillo (Coord.), *Los jóvenes en un mundo en Transformación: Nuevos Horizontes en la Sociabilidad Humana*. Curso de Verano de la Universidad Complutense de Madrid. El Escorial (Madrid), 3 de julio.
- Saramago, J. (2003). Manifestación contra la Invasión de Iraq. Madrid, Puerta del Sol, 15 de marzo.

Notas

1. Son posibles casos de alto egocentrismo y alta conciencia.
2. Obsérvese que, a medida que los niveles y subniveles ascienden, la presencia de egocentrismo se reduce y la complejidad de conciencia se incrementa.
3. Entendida en dos sentidos: como arte de mentir científicamente (M. Fernández Pérez), y como medio de reflejar parcialmente la realidad.
4. Por ejemplo, en «Ensayo sobre la lucidez», J. Saramago considera el caso de unas elecciones municipales de una capital, en las que el 83% de los votantes optan por votar en blanco.
5. «Saber que no se sabe lo que no se sabe: eso es saber» (Confucio).

Utopías y distopías técnicas en la figura del autómeta

.....
Flavio Borghi

Periodista
 Instituto E. Mounier Argentina

En 1835, Edgar Allan Poe escribió la narración titulada «El jugador de Ajedrez de Maezel» sobre un autómeta tamaño natural que en presentaciones públicas jugaba al ajedrez con alguno de los asistentes. En su relato, Poe desvela el truco: en realidad, había alguien dentro del muñeco que ejecutaba sus movimientos, aunque en el espectáculo se procurara dejar esto fuera de toda duda al mostrar los engranajes internos, que en verdad, disimulaban su doble fondo.

Pero lo que interesa considerar es que el texto comienza señalando la idea que se tiene de lo que es un autómeta: «una pura máquina cuyos movimientos no tienen relación alguna con la acción humana».¹ Es decir, una creación tecnológica que actúa sin la manipulación directa del hombre, emulando cierta independencia conductual de su fuente creadora.

Poe menciona la existencia de otros autómetas anteriores al jugador de ajedrez: distintas máquinas que actúan solas de acuerdo a ciertos patrones establecidos. Empero, si el jugador de ajedrez de Maezel fuera un autómeta, sería aún incomparable a todos los demás por la naturaleza del juego que practicaba. Las máquinas citadas por Poe respondían todas a un patrón de acción pre-determinado por su hacedor, fuera del cual no les era posible salirse. Cualquier autómeta solo puede responder al patrón de acción que le ha sido prefijado de antemano (sea cual sea su grado de complejidad) y cuyos límites no puede quebrantar. No así lo que implica un juego de ajedrez, en el que «no hay marcha determinada. Ninguna jugada... es resultado necesario de otra jugada cualquie-

ra. (...) en el juego de ajedrez, la incertidumbre de la jugada siguiente está en proporción a la marcha de la partida»². Lo fascinante del jugador de ajedrez de Maezel era entonces la posibilidad de que un autómeta, una máquina, pudiera interactuar con la incertidumbre que le presentaba un ser vivo en una partida de ajedrez, de similar manera a la que los seres vivos interactúan con la incertidumbre todo el tiempo. La incertidumbre de la acción parece ser algo propio del ser humano en virtud de su libre albedrío, y la incertidumbre escapa a toda pre-determinación.

En el relato bíblico de la creación encontramos que, después de traer Dios todas las cosas a la existencia por su Palabra, «formó al hombre del polvo de la tierra, y sopló en su nariz el aliento de vida, y fue el hombre un ser viviente».³ También dice allí que fue hecho a imagen y semejanza a Su Hacedor.⁴ E implícitamente aparece el don de la libertad de elegir: luego de la instrucción divina de no comer del árbol de la ciencia del bien y del mal,⁵ vino la desobediencia.⁶ Siglos más tarde, continúa el consejo divino: «A los cielos y a la tierra llamo por testigos hoy contra vosotros, que os he puesto delante la vida y la muerte, la bendición y la maldición; escoge, pues la vida, para que vivas tú y tu descendencia».⁷

Es decir que de acuerdo al relato bíblico, el ser humano como criatura de Dios, conlleva cierta imagen y semejanza con su Creador, y también, la facultad de elegir, decidir, fuera de una predeterminación a obrar de un modo específico. Por contrapartida, en la creación que el hombre hace por medio de la técnica (la tecnología en general, y los autómetas en particular) estas dos características (semejanza y libertad) parecen manifestarse por cariles distintos. Mientras que podría-

mos conjeturar un camino hacia la reproducción artificial de una mayor semejanza y aproximación cualitativa y estética al hombre en su imagen, la libertad queda excluida en el fruto de la técnica como algo deseado. La posibilidad de un objeto tecnológico de actuar independientemente fuera de un orden o programa predeterminado por su creador evoca oscuros temores de mal en la conciencia del hombre. La cualidad del libre albedrío en un autómeta implicaría una verdadera semejanza a la cualidad esencialmente humana de elegir sin una determinación previa de la acción, la capacidad de interactuar con la incertidumbre. Esto sería en verdad la consumación de la creación tecnológica al lograr una «inteligencia artificial» similar a la natural que le dio origen. Pero, no obstante, esta cualidad de actuar fuera de un patrón fijo predeterminado implicaría también la posibilidad de rebelión contra su creador.

La literatura, en particular la Ciencia Ficción, ofrece innumerables ejemplos de este planteo, pero baste considerar dos. En estrecha relación con el relato bíblico de la creación del hombre tenemos la novela de Gustav Meyrink, *El Golem*. Refiriéndose a esta leyenda judía, Jakob Grimm dice del golem: «Los judíos polacos modelan... la figura de un hombre de arcilla y cola, y una vez pronunciado el nombre divino maravilloso sobre él, éste ha de cobrar vida». Este muñeco, llamado golem, no puede hablar pero entiende las órdenes y es usado como doméstico. «Sin embargo, no debe salir nunca de casa».⁸ El golem, creado a semejanza de cómo fue creado el hombre según el Génesis, no puede abandonar la casa de su señor y debe servir en ella. En el caso del relato del golem no es que éste se rebele, sino que la creación humana se sale de los cauces previstos, lo que podríamos re-



lacionar con las consecuencias no deseadas de la tecnología moderna.

El otro ejemplo nos remite a Mary Shelley y su clásica obra de 1818 *Frankenstein o el Prometeo Moderno*. Aquí la creación humana de un antroipoide hecho a imagen y semejanza de su creador adquiere la tonalidad de la pesadilla si bien se sale del control, es decir, si bien adquiere la vida y la independencia de la acción. Y como se sabe, la vida del antroipoide es creada, producida, artificialmente con la intervención de la tecnología moderna (científica) y no por medio de ningún arte mágico o esotérico. La creación del semejante parte de materias primas semejantes. Si en el relato del Génesis el hombre fue creado del polvo de la tierra, y en el relato de Meyrink el golem es hecho de arcilla, la creación del golem reproduce la semejanza del hebreo tal y como este concibe su origen. En tanto que la criatura de

Frankenstein es constituida usando como materia prima las partes de cadáveres, es decir, partes de lo que fueron órganos humanos. Y la combinación de la materia prima orgánica y la tecnología científica moderna, bien puede leerse como un antecedente literario de lo que hoy entendemos como biotecnología junto con todo el debate ético relacionado con ella. De hecho, el hilo argumental de la novela de Shelley se halla atravesado por el pesar del científico ante su obra, lo cual la impregna de una ominosa actualidad frente a los dilemas éticos que se presentan en la manipulación genética.

El poder de la ciencia manifiesto en la creación y/o recreación de la vida, siendo instrumento en las manos del hombre que quiere imitar al de Dios, aparece como coronación de la superación humana a la vez que como la profanación de un misterio

sagrado cuyo curso le es muy difícil predecir y contener. Por cierto que unos de los postulados fuertes, una de las utopías, del conocimiento científico fue la liberación del hombre del yugo de la superstición y de la predeterminación inalterable de su destino. Empero, hoy asistimos a la paradoja de que mediante la biotecnología se ha conseguido la penetración del gran misterio de la receta de la vida del hombre al empezar a descifrar y leer el mapa del genoma humano en un contexto sociocultural donde los derechos de éste alumbramiento y su uso son adquiridos por el capital del mejor postor según las leyes del mercado. Hecho que nuevamente nos sitúa entre las cumbres del gran logro iluminador, creador, y la más oscura y profunda de las esclavitudes a las que se puede sumir la vida humana, o lo que finalmente quede de ella.

Notas

1. Poe, Edgar Allan, «El Jugador de ajedrez de Maelzel» en *Los crímenes de la calle Morgue y otras narraciones extraordinarias*. Ediciones Orbis, Argentina 1983.
2. *Ibíd.*
3. Génesis 2,7.
4. Génesis 1,26.
5. Génesis 2,17.
6. Génesis 3,6.
7. Deuteronomio 30,19.
8. Citado en Scholem, Gershom, *La Cábala y su simbolismo*, Siglo XXI, Argentina, 174.

Ser y espacio en las modernas tecnologías de comunicación

Flavio Borghi

Periodista. Instituto E. Mounier Argentina

Según la tesis de M. Heidegger¹ el espacio es una condición estructural de la existencia humana, en la cual actúan las categorías de distancia y cercanía. Desde una perspectiva del *Dasein*, la distancia es una separación de los seres en el espacio, en tanto que la cercanía es la no-distancia, o sea, una proximidad existencial. Según plantea Heidegger, «en la existencia humana hay una tendencia hacia la cercanía», lo cual, acota H. Gumbrecht, converge con las nuevas tecnologías de transporte y comunicación que permiten eliminar la distancia.

Habría, entonces, en la estructura espacial de la existencia humana, una prioridad de la proximidad y cercanía por sobre la separación y la distancia. Y las nuevas tecnologías de transporte y comunicación se desarrollarían en concordancia con esta prioridad existencial, al permitir, posibilitar, acercar el mundo lejano, reducir la distancia, fortalecer existencialmente la no distancia entre los hombres. Pero ¿es realmente así? ¿Es posible que mediante la tecnología se pueda reducir la distancia que separa dos existencias?

Aunque parezca que el desarrollo tecnológico del transporte y la comunicación tendiese a la consecución de esta prioridad existencial humana de la no-distancia, quizá hay desde la perspectiva del ser en el tiempo y en el espacio, una diferencia notable entre la posibilidad de moverse más veloz y confortablemente en el espacio y la posibilidad de conjurar la distancia mediante los llamados medios de comunicación. Tomemos por caso a los teléfonos.

Tal como lo menciona Gumbrecht sobre una publicidad, los teléfonos son presentados como los medios por los cuales «el viajar se hace casi superfluo» y como «cumplimiento del sueño humano de la omnipresencia».² La comunicación telefónica se equipara a la presencia. Presencia existencial en

el tiempo y el espacio compartido. Hoy mismo, una compañía telefónica (Telecom) sigue publicitando sus servicios como «un mundo próximo».

Pero la proximidad propuesta por la tecnología telefónica, la reducción de la distancia, no deja de ser más que un conjuro de la separación, una ilusión de la realidad del *Dasein* en el espacio.

Los teléfonos, mediante la audición de la voz de quien está del otro lado, parecen traernos a nuestro presente existencial en el espacio a quien no está presente, a quien está ausente, lejano. De una vida, tan solo es la voz la que transmite el aparato telefónico. Se produce, como señala Gumbrecht, una disociación entre la voz y el cuerpo que la emite: el teléfono permite estar presente y ausente al mismo tiempo, haciendo «el cuerpo invisible» y «las voces infinitamente transportables».³ Mediante el uso de este logro tecnológico, el hombre puede ocupar dos espacios al mismo tiempo, aunque de forma disociada. De algún modo es como si se seccionara, fragmentara, la existencia en su situación en el espacio. Biológicamente, sólo podemos ser donde estamos y no más allá de los límites de donde existimos. El teléfono, fruto tecnológico, permite la ilusión de cercanía, proximidad, mediante la voz de quien en realidad no está cercano. Del interlocutor no vemos ni su mirada, ni olemos su perfume, ni tampoco podemos siquiera rozar su cuerpo. Tan solo la voz, que como un delgado lazo pretende hacernos creer una no-distancia. Y en nuestros días la instauración generalizada de esta pretendida no-distancia a través de diversos medios de comunicación, estos delgados lazos, no hacen sino que esa no-distancia se constituya de fragmentos, escisiones de las existencias reales, seccionadas tecnológicamente en una ilusión de proximidad. En tal perspectiva, nunca en la historia hemos estado más lejos unos de otros, aunque parezca todo lo contrario.

Empero, otro aditamento del uso del teléfono es que aquello que permite la

ilusión de proximidad es el acceso a un código numérico. Ciertamente el interlocutor telefónico es previamente identificado y configurado, no por su estatura, apariencia, cualidad, pensamiento, etc., sino con un número, en este caso telefónico, un código sin el cual es imposible la «comunicación». Es decir, que es la posesión de un número lo que predetermina el acercamiento entre dos seres. Toda la riqueza que implica compartir la vida por un periodo de tiempo es vía tecnológica mediatizada y determinada por un código identificatorio que permitirá la ilusión de cercanía que promete. Así, los medios tecnológicos de comunicación, en el estadio de desarrollo que se los piense, más bien se erigen como verdaderas barreras que parcelan el *Dasein*, en la ilusión de una proximidad inexistente.

Tal vez sea mucho más lo que podría pensarse en este sentido, pero basta mencionar que diversos medios tecnológicos operan como artífices conjuradores de la separación, pero no sólo en su dimensión del espacio, sino también en su dimensión de la existencia.

Explícitamente en el texto de Gumbrecht aparecen citados los gramófonos, cuya capacidad tecnológica de registro permite traer al presente lo que se encuentra ausente, no sólo por una separación en el espacio, sino incluso por la más radical de las distancias en la existencia humana como lo es la muerte⁴.

De tal suerte, los medios de registro y reproducción tecnológicamente desarrollados imperantes en nuestra sociedad contemporánea no parecen sino erigirse como grotescos conjuros del espacio, el tiempo y la muerte, en un caótico monolito de eterna presencia de quienes ya no están.

Notas

1. Citado en Gumbrecht, Hans Ulrich, *In 1926, Living at the edge of time*, Harvard University Press, England 1997, 364.
2. *Ibid.* 225.
3. *Ibid.* 226.
4. *Ibid.* 109.

El Partido Popular no es cristiano

Pedro Jiménez

Profesor de Filosofía,
Miembro del Foro Social de Sevilla

Como personalista que me siento (y como cristiano bautizado que soy), me veo en la obligación moral de denunciar lo que, en conciencia, me parece que está mal, fundamentalmente la injusticia y la mentira.

No hace mucho, Televisión Española entrevistó a Mariano Rajoy, el candidato a la presidencia del gobierno por el Partido Popular y, a la sazón, el líder actual de la oposición.

Pues bien, en el curso de la entrevista, el Sr Rajoy dijo que «tanto él como la inmensa mayoría de políticos del PP, *son cristianos* y que, aunque hay algunos miembros del partido que no lo son, *se puede decir que el PP es un partido cristiano*».

No puedo evitar que el PP sea el partido indiscutible de la derecha, el que acoge a lo que queda (o a buena parte de lo que queda) de lo más rancio del franquismo y de la España «Una, Grande y Libre», de la España del «por Dios, la Patria y el Rey» (de hecho, es el único partido que no ha votado a favor del proyecto de ley de eliminar los restos de símbolos franquistas que quedan en algunos edificios públicos); no puedo evitar que el PP represente al sector más ultraconservador del país (en buena lid, «conservador» es el que quiere conservar lo que hay, es decir, el que quiere mantener el *establishment*, y no entiendo que se pueda querer conservar un sistema que condena a tantos millones de personas a la miseria y a la violencia); de hecho, no puedo evitar nada de eso, pero lo que sí me enerva, lo que sí me solivianta, me indigna y me enfurece, lo que hace que no pueda permanecer callado, es que esas cosas y otras que referiré a continuación, *se hagan en nombre de Cristo*.

Para poder afirmar que una persona o un partido político son cristia-

nos, lo primero que hay que hacer es explicar o definir «qué se está entendiendo por ser cristiano».

Creo, a este respecto, que lo más adecuado sería acudir al Evangelio y leer en él qué se dice sobre esto. Yo ofreceré mi interpretación personal: *ser cristiano* significa ser seguidor de Cristo y sentirse hijo de María, la madre de Cristo a la que Éste «nos dejó en herencia en la cruz».

Si atendemos a las palabras, obras y vida de Cristo, nos encontramos con multitud de referencias a la esencia del seguimiento de Jesús: «Quien quiera ser mi seguidor, que venda todos sus bienes, dé el dinero a los pobres y me siga». Es indudable, en el Evangelio, la opción preferencial de Cristo por los más pobres, necesitados y oprimidos, hasta tal punto que dicha opción preferencial le lleva a enfrentarse a los poderes religiosos de la época («no seáis como los fariseos que, por fuera están blancos como la nieve, pero por dentro están llenos de huesos de muerto») y a los poderes políticos (recuérdese cómo llama al rey Herodes «esa zorra» y cómo le niega la palabra al procurador Poncio Pilatos, que es el único que puede salvarle de la muerte y el martirio); y no hace falta que recuerde qué le cuesta a Cristo ese enfrentamiento radical a los poderes, y esa opción radical por el pueblo.

Es más, la opción preferencial por los pobres y oprimidos no es sólo evidenciable en el Nuevo Testamento, sino también en el Antiguo Testamento, es decir, a lo largo de toda la Biblia. Jesucristo, cuando abre el pergamino de Isaías, en el Templo (tal como nos narra el evangelista Lucas) y lo lee («El Espíritu del Señor está sobre Mí, porque me ha ungido; me ha enviado a llevarle la Buena Noticia a los po-



bres, a darle la vista a los ciegos, a devolverle la libertad a los cautivos y a proclamar el año de Gracia del Señor») está manifestando la esencia de la Misión, y cuáles son las señas de identidad del cristiano: llevar la Buena Noticia a los pobres, liberar a los oprimidos, llevar la libertad a los cautivos...; en una palabra, consagrar la vida al pueblo y, dentro de éste, especialmente a los últimos, los más míseros y necesitados, «la viuda, el huérfano y el extranjero», en palabras del Antiguo Testamento.

Da la impresión, cuando uno observa (sin necesidad de ser demasiado inteligente ni perspicaz) la política del PP (especialmente, su política económica) que *no es precisamente a los pobres a quienes el Partido Popular lleva ninguna buena noticia, sino más bien a los ricos, tanto más cuanto más ricos*. (Y en este contexto no me valen comparaciones demagógicas con el PSOE —al que no tengo ningún interés absoluto en defender, dicho sea de paso—, pues el PSOE «no va de partido cristiano», que es lo que yo estoy criticando).

Cuando uno observa el ataque descarado del PP a la enseñanza y sani-

dad públicas (en claro favor y privilegio de las privadas), cuando uno ve la política impúdica de privatizaciones a mansalva, cuando uno ve el empujón tan inconmensurable que el PP ha dado a la especulación del suelo (¡por favor!, ¿cuánto ha subido el precio de la vivienda durante los ocho años de la era Aznar?) en claro beneficio de las constructoras, los grandes inversores y financieros y la banca, y en brutal detrimento y perjuicio del pueblo; cuando uno ve la desatención brutal y descarada del PP hacia los colectivos más desfavorecidos y marginados de la sociedad; cuando uno comprueba horrorizado el apoyo del PP a las animaladas del emperador Bush (empezando por la cruel y criminal guerra de Irak, contra la inmensa mayoría del pueblo español, contra la ONU, contra el más indispensable sentido común, contra el más mínimo sentido de la caridad cristiana)... En una palabra, cuando uno contempla la total aquiescencia del PP con la globalización neoliberal, que tanto ha abierto y sigue abriendo la brecha entre enriquecidos y empobrecidos, entre verdugos de la guerra y sus víctimas, uno no acierta a vislumbrar ni el más mínimo parecido entre el PP y el Evangelio de Jesús de Nazaret. A mí se me parecen tanto como Hitler a San Francisco de Asís.

Si nos vamos al capítulo 25 del Evangelio de San Mateo, leemos estas palabras del Señor: «porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, estuve desnudo y me vestisteis, enfermo y me visitasteis, en la cárcel y fuisteis a verme, fui extranjero y me acogisteis».

Cuando recordamos la ley de extranjería de Aznar, su inacción total en el drama del pueblo saharauí (eso sí, para exclamar «Peregril español», si hace falta, nos armamos hasta los dientes), su inacción frente al maltra-



to de la mujer y la violencia de género, su insensibilidad ecológica, su mantenimiento de las relaciones económicas con el despiadado asesino Ariel Sharón (dando la espalda al maltratado pueblo palestino), su insultante silencio cuando estuvo Pinochet en Europa, etc, etc, etc (la lista sería interminable); cuando uno comprueba la afición del PP y su electorado por lo militar, por las banderas y «la patria» (en lugar de «la humanidad»), por «el nacionalismo español» (que, al fin y al cabo, no deja de ser otro nacionalismo)... Cuando uno constata el desprecio del PP por el pueblo y su capacidad de decidir (en todos los ayuntamientos en los que se ha iniciado el proceso de los Presupuestos Participativos —esto es, que una parte de la gestión de los presupuestos la decida directamente el pueblo—, el proceso se ha tenido que realizar contra la frontal oposición del PP). Cuando uno ve estas cosas, la verdad es que el PP se le parece muy, pero que muy poquito al Evangelio de Jesús. (Por cierto, ¿por qué se llamará «Popular»

un partido que está descaradamente volcado en las clases pudientes y en las élites dominantes, frente al pueblo?).

El PP es el partido que aglutina a los más ricos, a los grandes empresarios y banqueros, a los militares, a los conservadores y a los franquistas. ¿Son éstos los principales rasgos del espíritu cristiano? Desde luego, el PP y yo no hemos entendido lo mismo en el Evangelio; necesariamente, uno de los dos lo ha debido interpretar mal.

El PP se autodenomina cristiano porque está en contra del matrimonio de los homosexuales y a favor de que se evalúe la asignatura de religión «en la escuela pública», pero no estuvo contra la guerra de Irak (cuyas víctimas mortales ya se cifran en más de cien mil personas), no está contra «la guerra del hambre» (antes al contrario, la apoya con su política capitalista neoliberal) y, por no estar, no ha estado ni siquiera contra el aborto (pues en la legislatura de mayoría absoluta de Aznar, no eliminó ninguno de los cuatro supuestos de aborto que contemplaba la ley). Pero, eso sí, los políticos del PP (en su mayoría, según Rajoy) son de «Misa y Comunión». ¿Por eso son cristianos?

Al comienzo de esta reflexión, dije que ser cristiano es sentirse hijo de María, la madre de Cristo. Pues bien, en el primer capítulo del Evangelio de San Lucas, la Virgen María (que algo sabrá Ella de lo que significa ser cristiano, supongo) afirma en su canto del Magnificat que «el Señor confunde a los engreídos, derriba del trono a los poderosos y enaltece a los humildes, a los hambrientos colma de bienes y a los ricos despide vacíos». Sinceramente, amigo lector: ¿te suena esto a la ideología y a la política del Partido Popular? ¿Se parecen en algo, aunque sea remotamente?

Ahora saldrían los que (cuando les conviene, eso sí) dicen que la Palabra

de Dios «no hay que interpretarla literalmente». Pero por mucho que queramos interpretar y reinterpretar lo citado anteriormente, *ahí pone lo que pone y significa lo que significa*.

Y no estamos diciendo con todo esto que el PP no tenga derecho a profesar una ideología capitalista neoliberal (como tampoco estamos diciendo que el PSOE no lo sea también); lo único que afirmamos es que la política de la desigualdad, del capital al servicio de los ricos y no del pueblo, y de la guerra *no se puede hacer en nombre de Cristo*.

Y si ahora alguien me preguntase que cómo es, entonces, posible que la jerarquía eclesiástica (con la Conferencia Episcopal Española a la cabeza, junto a su medio de comunicación, la cadena COPE) esté, tan descaradamente, a favor del PP, yo le respondería sencillamente: Muy buena pregunta.

¿Os suena la parábola del buen samaritano? (¿Les dará tiempo a algunos a leer, de vez en cuando, el Evangelio, entre tanto ABC, tanta La Razón, tanta COPE y tanta Libertad Digital?) Pues, si os suena, os voy a contar una actualización de la misma:

«Érase una vez el Partido Popular, que iba a rezar al Templo, donde le esperaban los altos mandos del Ejército, la Corona, los dueños de la Banca y la Conferencia Episcopal. Por el camino se encontró a un hermano desarrapado (que tenía el rostro de las 100.000 víctimas mortales de la guerra de Irak, muchísimas de ellas, ancianos, mujeres y niños), tirado en el suelo, implorándole su ayuda.

El Partido Popular pasó de largo, pues tenía que ir al Templo a rezar, y después tenía que ir a luchar contra los matrimonios de homosexuales y por la asignatura de Religión católica evaluable, en la escuela pública (es de-

cir, estaba demasiado ocupado). También tenía que encargarse de privatizar algunas empresas públicas para entregárselas a los amigos.

Así que el pobre y harapiento mendigo (víctima de la guerra y del hambre) siguió abandonado, esperando angustiosamente el fin de la guerra.

Hasta que pasó un samaritano, con el rostro de los movimientos sociales y del movimiento antiglobalización (ya sabéis, esa gente hippy y sucia, que son todos rojeras, feministas y verdes y que, según Federico Jiménez Losantos —director del programa diario «La mañana» de la cadena COPE— estamos financiados por Bin Laden, Sadam Hussein, Gadafi y Fidel Castro). Ese samaritano sucio, de pelos largos y ropas hippies, se encargó —con su tiempo y su dinero— de esa víctima pobre. Pero, claro, el samaritano no iba a Misa. Era muy malo. El buen samaritano era muy malo».

La Iglesia debe decir siempre la verdad

.....
José Luis Lorienté Pardillo

Licenciado en Filosofía
 Secretario de *Acontecimiento*

Decía Monseñor Romero que si la Iglesia no va a decir la verdad era mejor que callase. Pero decir la verdad no es sólo hablar algo verídico, pues si hacemos caso a la sabiduría popular una verdad a medias es también una mentira. Por lo tanto, si la Iglesia va a decir una verdad a medias, casi es mejor que se calle.

Los acontecimientos políticos del pasado año en España dieron la victoria electoral al PSOE y algunos clérigos y laicos han afilado su colmillo frente a esto. El 11M consternó a muchos cristianos, como es lógico, pero también a muchos los soliviantó el 14M. Para muchos las elecciones de 2003 fueron un golpe tremendo, lo que desvela cierta inmadurez en los cristianos. No hay un partido que encarne los valores del Evangelio. El PP no es un partido cristiano ni por asomo, porque no está dispuesto a realizar las esperanzas que en él ponen torpemente la mayoría de los cristianos. Así lo dejó bien claro el gobierno «democristiano» de Aznar con su comportamiento ante la oposición de Juan Pablo II a la guerra de Iraq. O, en un caso de demagogia más claro, con la cuestión del aborto.

Pero no debe llevarnos a escándalo este comportamiento de los políticos, más grave es el de los hijos de la Iglesia. Desde algunos medios de comunicación católicos por entonces se degolló la paloma del Santo Padre en el ara de la derecha española (véanse las intervenciones del Sr. Jiménez los Santos en la COPE). El episcopado español fue parco en su denuncia de la guerra de Iraq, bastó sólo una breve nota de unos cuatro párrafos. Más aún, en las cartas de los obispos espa-

ñoles sobre las elecciones de Madrid de 2002 y las nacionales de 2003 muchos echamos de menos que no se mencionara la palabra «guerra». ¿Había miedo en que eso beneficiase a la izquierda?

Comprendo, por otra parte, el justo temor a la tendencia laicista y liberal del PSOE (reducción al ámbito de lo privado de la religión, aborto, matrimonios homosexuales, etc.). Comprendo también que se preveía la actual campaña desinformativa desatada desde los ideólogos «progresistas» que llega a poner palabras insidiosas en boca de los obispos. Pero por el anterior comportamiento de la comunidad cristiana frente al PP, por su silencio o su actitud en exceso comedida, ésta puede que haya perdido la credibilidad que hoy necesita. Es decir, es posible que se nos pase receta por la parcialidad anterior. Es más, las fuerzas «progresistas» nos pueden reprochar fácilmente a los cristianos: «Cuando Aznar gobernaba estabais callados. Ahora protestáis por todo». ¿Qué contestaremos?

Ojo, no estoy diciendo que no haya que protestar y, más aún, militar frente a lo que ahora está haciendo el PSOE. Sólo afirmo que *la Iglesia debe ser profética siempre*, debe decir siempre la verdad. Nuestra acción debe ser moral, no estratégica. La Iglesia no



debe depositar su confianza pública o privadamente en fuerza política alguna, debe admitir todas las parcialidades y oscuridades, así como todas las luces de cada tendencia política.

Estimados cristianos: la actitud del Sr. Bono no es ejemplar, pero tampoco lo fue la del Sr. Trillo, y ambos se confiesan públicamente católicos. Ante la actuación ladina de los distintos partidos españoles se nos impone apostar sólo por la cruz de Cristo, por la estrategia del anuncio del Reino y desechar toda parcialidad y toda alianza. Y a los seglares les corresponde la hermosa tarea de abrir alternativas políticas, sociales, culturales y económicas inspiradas en el Evangelio que superen la dicotomía izquierda/derecha, la insolidaridad reinante y el individualismo, la cultura de la muerte y el capitalismo geno-ecocida.

A propósito de la presencia de la Iglesia en las Fuerzas Armadas

Luis Narvarte

Presidente del Instituto E. Mounier

Con frecuencia me he preguntado los principales motivos que llevan a algunos sacerdotes a prestar sus servicios en las Fuerzas Armadas como capellanes castrenses. La reflexión que expongo a continuación me la ha suscitado el nombramiento, hace unos meses, del nuevo arzobispo castrense, Monseñor Francisco Pérez González. Al escuchar esta noticia recordé algo que leí en un boletín informativo de la Universidad Centroamericana José Simeón Cañas en 1997; el título del artículo era «¿No saben leer las señales del cielo?» (A propósito del ascenso a General del Señor Arzobispo). Se referían al arzobispo de San Salvador. Archivé este artículo, así como los comentarios de teólogos y comunidades ante tal acontecimiento. En alguna nota de prensa española creo haber leído que el nombramiento del nuevo arzobispo castrense le «asimilaba» a general de brigada. Este hecho me ha llevado, como católico convencido y comprometido, a reflexionar sobre el fundamento y configuración de la Asistencia Religiosa a las Fuerzas Armadas según la Constitución y la Ley Orgánica de Libertad Religiosa. El problema que veo no está en la fundamentación de la atención religiosa a las Fuerzas Armadas por parte de la Iglesia Católica, sino al modo como se ha ido configurando en el pasado y en el presente. Un segundo motivo para pensar en este tema reside en algunos artículos aparecidos en los últimos meses en que se aborda de manera crítica y cuestionadora las ayudas que el Estado, de uno u otro modo, da a la Iglesia Católica para desarrollar los cometidos que le son propios, las acusaciones de laicismo al gobierno socialista y la movili-

zación eclesial para defender algunas cuestiones.

1. Algunos datos y algunas preguntas

El 3 de enero de 1979 se ratificó el acuerdo entre el Estado Español y la Santa Sede sobre la asistencia religiosa a las Fuerzas Armadas y el servicio militar de religiosos y clérigos (BOE 15 de diciembre). El obispo castrense es el único obispo que se nombra mediante propuesta de una terna de nombres, formada de común acuerdo entre la Nunciatura y el Ministerio de Asuntos Exteriores, y sometida a la aprobación de la Santa Sede. El Rey es quien presenta uno de ellos para su nombramiento por el Romano Pontífice, según el acuerdo entre la Santa Sede y el Estado Español del 28 de julio de 1976. ¿No debería ser esta una cuestión superada si la configuración del servicio religioso a las Fuerzas Armadas se hiciera de otra manera más propia de un Estado no confesional, de una sociedad moderna y de una Iglesia más despegada del poder?

El gobierno de la República restringió primero y suprimió después por ley el Servicio Religioso Castrense (30 de junio de 1932). La jurisdicción eclesiástica castrense cesó durante varios años; de 1936-1939 en la zona regida por el General Franco se restablece el servicio religioso en los cuarteles recuperando a los que habían sido capellanes castrenses e incorporando otros nuevos. En julio de 1940 se restablece por ley el Cuerpo Eclesiástico del Ejército. Los capellanes, desde el momento del ingreso, tenían grado y empleo de oficial, e iban ascendiendo según la normativa propia del ejército; es decir, ingresaban como teniente capellán y se podían jubilar como coronel capellán. Las percepciones económicas, trienios, complementos, etc.

correspondían a los diferentes grados y empleos que iban teniendo. El Vicario General Castrense, después Arzobispo Castrense, ostentaba el grado de general de brigada. Curiosa mezcla de oficios y beneficios. Los capellanes castrenses eran, al tiempo, sacerdotes, militares y funcionarios del Ministerio del Ejército correspondiente. ¿Cómo se podía servir a tantas cosas al tiempo en respeto y libertad a los diferentes ámbitos? No creo que hayan podido expresar libre, crítica y evangélicamente sus opiniones en cuestiones como, por ejemplo, el envío de tropas a Irak o el caso del Yak-42. ¿Qué tipo de ministerio sacerdotal es ese que mantiene la «boca cerrada»? ¿No sería conveniente buscar una configuración que diera más autonomía y libertad a los capellanes castrenses en el ejercicio de su ministerio?

En 1986 el Papa Juan Pablo II por la Constitución Apostólica «*Spirituali Militum Curae*» transforma los Vicariatos Castrenses en circunscripciones eclesiásticas particulares, asimiladas jurídicamente a las diócesis; son los «*Ordinariatos Castrenses*». El obispo castrense tiene los mismos derechos y obligaciones que los obispos diocesanos; en consecuencia, puede erigir seminario propio, promover alumnos a las sagradas órdenes e incardinar a sacerdotes a su diócesis. ¿Qué peculiaridades positivas tiene la atención religiosa a las Fuerzas Armadas para que la Iglesia Católica la conciba de esta manera? ¿Cómo justificar un seminario propio donde se formen sacerdotes castrenses?

En 1989 los Cuerpos Eclesiásticos se declaran a extinguir por Ley del Estado. Sin duda alguna esto fue una muy buena noticia. Sería interesante saber de quién partió la iniciativa de esta reforma y cómo se situó la Iglesia. Como es lógico, cuando un cuerpo oficial se extingue, sus componentes

conservan los derechos adquiridos en grados, ascensos, retribuciones, trienios, complementos, escalafón y jubilación (en este caso a los 61 años). ¡Qué oportunidad perdieron los componentes de los Cuerpos Eclesiásticos a extinguir de renunciar evangélicamente a todos sus “derechos», y “asimilarse» a la nueva situación aunque fuera menos ventajosa en privilegios y percepciones económicas!

Al tiempo que se suprimen los Cuerpos Eclesiásticos se crea un nuevo Servicio de Asistencia Religiosa a las Fuerzas Armadas. Los sacerdotes que los componen ya no son militares; con todo, están adscritos a la Subsecretaría de Defensa (Ley 17/1999, de 18 de mayo), la asignación de puestos, movilidad y régimen retributivo se establece de “forma similar» al del personal de las Fuerzas Armadas, y la situaciones administrativas se regulan de “forma similar» a las de los funcionarios de la Administración del Estado. ¿Significa que los capellanes castrenses se “asimilan» a uno de los grados propios de los oficiales del ejército según la antigüedad y otros requisitos? Parece que sí: según la Ley 30/1984 modificada en el Real Decreto 662/2001 y el Real Decreto 1745/2003, las retribuciones básicas brutas mensuales que cobran los militares con grado de oficial son las que figuran en la siguiente tabla:

Como retribuciones complementarias se pueden mencionar las siguientes: a) trienios (carácter mensual): 40, 29 euros por cada trienio; b) pagas extraordinarias (dos al año): cada una se compone de la suma de los siguientes conceptos: sueldo, trienios, y el 40% del complemento de empleo correspondiente a cada empleo; c) componente singular del complemento específico (carácter mensual): lo cobran prácticamente todos los militares (de soldado a general). Las cuantías varían mucho (de 86,15 a 425,19€), dependiendo del puesto que se ocupe y del empleo; d) complemento de dedicación Especial (carácter mensual): aproximadamente un 80% del personal de los empleos propios de oficiales lo cobran. Las cuantías pueden ser de un 35% ó un 70% del complemento de empleo, dependiendo del puesto ocupado; normalmente el 70% está asignado a puesto altos del escalafón. Como se puede ver, sólo la suma de los complementos (de empleo y específico) de cualquier oficial supera con mucho el sueldo de un sacerdote en parroquia. No basta con decir que con los elevados sueldos percibidos por los capellanes y obispo castrense estos hacen obras de caridad o apostolado, cosa que no dudo. Es necesario ir al fondo de la cuestión y cuestionar la legitimidad ética y cristiana de esta configura-

ción de los servicios religiosos en las Fuerzas Armadas, por más que, en la letra jurídica, sean constitucionales y legales. Algo habrá que cambiar. ¿No sería mejor que se adelantara la Iglesia a los cambios que, pronto o tarde se impondrán?

Según datos oficiales del Arzobispado Castrense (30 de octubre de 2003) los sacerdotes que ejercen su ministerio pastoral son: 112 capellanes castrenses en activo; de ellos 46 pertenecen a los extinguidos Cuerpos Eclesiásticos y 66 al SARFAS (Servicio de Atención Religiosa a las Fuerzas Armadas), 17 son capellanes castrenses activados (administrativamente en situación de reserva o jubilados) que ejercen su ministerio con “misión canónica» del obispo, y 26 sacerdotes colaboradores. En total son 155 capellanes. Los 46 capellanes castrenses pertenecientes a los Cuerpos Eclesiásticos extinguidos tendrán actualmente el grado de comandante, teniente coronel y coronel. Pasan los años, pero ninguna conversión se ha dado, pues siguen manteniendo los derechos hasta el final, cosa que protege la ley si ellos no renuncian. ¿Qué justificación evangélica pueden dar a su posición?

	Sueldo	Complemento de empleo	Componente general del Complemento específico	Ayuda de vestuario
General de Brigada(*)	1084, 64	920, 80	760, 51	22, 65
Coronel	1084, 64	825, 94	622, 14	22, 65
Teniente Coronel	1084, 64	791, 20	426, 45	22, 65
Comandante	1084, 64	756,46	265, 18	22, 65
Capitán	1084, 64	663, 65	225, 54	22, 65

2. Criterios para analizar la situación

El Estado laico. Entre el Estado no confesional y las confesiones religiosas debe existir la más estricta neutralidad. Los artículos 16 y 27 de la Constitución son una garantía de la libertad de las confesiones religiosas. José M. Martín Patino dice: «Por otra parte, corremos el riesgo de identificar al anticlericalismo con el laicismo. Nos sentimos como trasladados a las primeras décadas del siglo pasado. Sería bueno releer los documentos que reproduce el profesor Manuel Revuelta en su estudio «El anticlericalismo español en sus documentos». No es lo mismo quejarse del peso social de la Iglesia en la vida pública y protestar contra el intervencionismo de sus representantes que pretenden borrar la experiencia religiosa de nuestras vidas.... La nueva laicidad es la convicción de que no existe cultura alguna que no pueda contribuir a la elaboración de este nuevo código ético ideal» (El País, 5-XI-2004).

Cristianos en nuestro tiempo. Como católicos no podemos creer ni pretender que la verdad moral únicamente la tenemos nosotros y, desde ahí, reclamar una posición privilegiada de tutela y orientación de la vida social. El reinado de Dios no se identifica con la Iglesia, pues es universal, y en toda cultura aparecen signos y concreciones del mismo; en consecuencia, la Iglesia para ser fiel a lo que es y a la misión que tiene encomendada, también ha de examinarse y convertirse constantemente. La Iglesia tiene que valorar la «adulthood» de las sociedades modernas en lo que tienen de igualdad, democracia y búsqueda del bien común para poder dialogar con ellas sin complejos, prevenciones e imposiciones. Es la mejor manera para que la Iglesia pueda aportar al mundo la riqueza de experiencia, sabiduría y valores éticos; la afirmación del Dios

cristiano es inseparable de la afirmación de todos y cada uno de los hombres, sobre todo de los más necesitados. Gracias a Dios y a la labor del magisterio de la Iglesia, los católicos disponemos de unos documentos extraordinarios sobre la presencia y acción del cristiano en la vida pública; sería muy conveniente que las comunidades cristianas los recataran del olvido y los releyeran en la situación actual.

Estado laico e Iglesia. El grupo socialista ha puesto en marcha una iniciativa para elaborar el «Estatuto de Laicidad» con el que poder revisar el ordenamiento jurídico, ver si está de acuerdo con el artículo 16 de la Constitución que se refiere a la aconfesionalidad del Estado y promover los cambios correspondientes. Es una buena oportunidad para que la Iglesia Católica se sume a la iniciativa y revise a fondo los aspectos en que se pueda ver afectada, y que no son otros que los que están actualmente en los medios de comunicación y en el debate político y social. Es también de inteligentes el adelantarse a aquello que va a terminar imponiéndose; y no sólo por una cuestión pragmática, sino por algo profundamente evangélico como nos recordó el Concilio Vaticano II a los católicos: la Iglesia católica «no ponga su esperanza en privilegios concedidos por el poder civil, renunciando incluso al ejercicio de ciertos derechos legítimamente adquiridos tan pronto como conste que su uso puede empañar la pureza de su testimonio o las nuevas condiciones de vida exijan otra disposición» (GS 76). En la presente situación, la Iglesia debe luchar por todo lo que considere justo y legítimo, pero también debe



hacer un esfuerzo de revisión y conversión, situando la solución de los problemas donde debe estar, en la comunidad cristiana, no tanto en conciertos y arreglos.

3. Algunas reflexiones

Para avanzar en un nuevo modelo de asistencia religiosa a las Fuerzas Armadas, preguntamos a los sacerdotes que integran el actual servicio de Asistencia Religiosa a las Fuerzas Armadas si la configuración en que ejercen su ministerio les parece la más idónea para ejercer su ministerio. ¿Es necesario que se les asimile a los diferentes grados de oficiales? ¿Qué justifica el ascenso, con o sin estrellas, para la realización del mismo ministerio pastoral? El ejército profesional tiene una configuración distinta del servicio militar obligatorio en lo referente a internamiento en los cuarteles, edad de los soldados, percepción económica, estabilidad, etc. Estas características piden una atención religiosa distinta en un marco vital distinto. ¿La mejor manera de atender al ejército profesional es el servido religioso que mantiene la Iglesia Católica? ¿No deberían ser Vds, los capellanes castrenses, más imaginativos, desprendidos y comprometidos para proponer algo distinto, mejor y con más aceptación por la sociedad? A todos los comprometidos en la pastoral de la Iglesia nos

gustaría conocer sus reflexiones valorativas sobre los proyectos pastorales que realizan, los retos que encuentran y las propuestas que hacen. En todo esto la defensa de su estatuto legal no el lo primero ni más importante; no tengan miedo en perderlo.

El fondo del problema, repetimos una vez más, no es de orden jurídico o canónico, sino ético. Quien pretenda justificar el status actual de los capellanes castrenses aludiendo únicamente a los acuerdos entre la Santa Sede y el Estado Español no va al núcleo del problema. El anticlericalismo que padecemos viene, en buena medida, de la no correcta comprensión de los poderes públicos que tienen bastantes católicos, de la imagen de Iglesia que estamos dando y de la poca significatividad de la misión de la Iglesia en los diferentes ámbitos. Una vez más, es necesario comprender la sensibilidad del mundo actual, los signos de los tiempos y las características de una sociedad democrática para dar respuestas al hombre de hoy.

¿Por qué los militares que sean católicos no pueden acudir a sus respectivas parroquias para compartir y celebrar la fe como hacen los que no están impedidos (enfermos) o privados de libertad (presos). La situación actual supone un privilegio innecesario, tanto para los que prestan los servicios religiosos como para los que de ellos se benefician. Si hay situaciones en que las Fuerzas Armadas necesitan una atención religiosa, atiéndase por parte de los poderes públicos y de la Iglesia, sin que suponga personas con integración y dedicación total a las

Fuerzas Armadas. Con realismo habría que ver qué tiempo real es el que los capellanes castrenses dedican a la prestación de servicios religiosos, no a cumplir un horario estando en el puesto de trabajo. La situación actual



de los capellanes castrenses es difícilmente comprensible y justificable por la mayoría de los ciudadanos de este país y de no pocos católicos comprometidos. Además, no olviden los capellanes castrenses que sus salarios, complementos y otras gratificaciones salen de los presupuestos del Estado recaudados con los impuestos que pagamos todos los ciudadanos en un país donde el 90% se declara católico y sólo el 35% pone la cruz para destinar el 0,5239% en la Declaración de la Renta a la Iglesia Católica ¿No sería más acorde con la situación actual que los capellanes y el obispo castren-

se renunciaran a semejantes prestaciones? La situación y percepciones económicas de los sacerdotes en las parroquias son una referencia para configurar la asistencia religiosa a las Fuerzas Armadas con las adaptaciones necesarias. «La condición eclesial del capellán es la del párroco personal de las unidades, centro o ámbitos de las Fuerzas Armadas que el Arzobispo propone» (Actualidad Informativa, Arzobispado Castrense, 30 de octubre de 2003). Ya sabemos que el párroco tiene que estar con el pueblo de Dios a él confiado; en el caso de los capellanes castrenses todos los militares, pero muy especialmente los soldados profesionales, que son mayoría. Cuanto más se iguale a ellos, en cercanía, grados y percepciones económicas, tanto más significativa será su misión. El pegarse a las ubres del Estado y mantener la «mamandurria» es lo más fácil, pero no lo más justo y evangélico; por este camino, los capellanes castrenses recibirán muchos interrogantes y no pocos desprecios. Estamos en buen momento para revisar los acuerdos firmados entre la Santa Sede y el Estado Español; un paso importante es que la Iglesia asuma como propia el hecho de su propia autofinanciación y de pasos en una nueva configuración del Servicio Religioso a las Fuerzas Armadas. Estamos en tiempos de escucha y de discernimiento para repensar lo que tenemos y hacer nuevas propuestas de cara al futuro próximo; en ello la Iglesia Católica se juega buena parte de su credibilidad en la sociedad española.

Persecución o necesaria reubicación

Guillermo Múgica

Hay quienes piensan que, en este país, habríamos llegado a un punto en el que el mero hecho de que uno se manifieste como católico constituye, casi, una verdadera heroicidad. No es ésa mi experiencia. Tengo muchos amigos agnósticos. Lo que en mí buscan y de mí esperan, ordinariamente, es el testimonio de mi fe. Estoy seguro, además, de que, de ser preciso, no tendrían ninguna dificultad en confirmarlo. ¿Qué hay, entonces, en el mundo católico, detrás de tanto nerviosismo, de tanta vestidura rasgada y tanta llamada a la movilización? Expondré mi modesta opinión. Salgo a la palestra porque considero que la situación va tomando un cariz que requiere el concurso de todos. Así sea sólo para contrarrestar o sanear un poco una atmósfera demasiado cargada y asfixiante.

Entre el dolor y la preocupación

Estoy preocupado. Creo no ser un ingenuo. No se me escapan la importancia y trascendencia de las medidas de reforma legislativa anunciadas por el Gobierno en materia de divorcio, de acceso al matrimonio civil de personas del mismo sexo, de adopción, de enseñanza religiosa en la escuela pública, de financiación de la Iglesia...

Tampoco me sorprende dicho anuncio. Responde, a la postre, a contenidos programáticos electorales de un partido ganador. Sin embargo, me disgusta esa especie de culto ritual a un progresismo que, en ocasiones, al menos en el lenguaje, se cifra sin más en medidas como las arriba apuntadas. Como si, de por sí y sobre todo ellas además, otorgaran vitola y grado de «progresía». Me gustaría, por ello,

que la pose aperturista y de cambio —hoy tan centrada en cuestiones particularmente sensibles para el mundo católico, su moral y sus intereses— no sirviera para encubrir las carencias de verdadero aliento transformador y avanzado en otros asuntos humanos, sociales y políticos de tanta y aun mayor envergadura que los ya anunciados. Estoy, pues, preocupado: por lo dicho y por cierto prurito de laxismo liberal que se intuye y que pareciera querer identificarse, sin más, con posiciones de izquierda.

Pero, por otra parte, estoy triste, muy triste. Y también dolido, muy dolido. ¿Por qué razón? La reacción insistente y pública de bastantes obispos, algunos sectores del clero y un buen número de cristianos y cristianas. Debo confesar que la mencionada reacción, aun reconociendo que brota sin duda de la convicción y el sentido del deber, me ha parecido, por lo general, muy poco evangélica y cargada de desmesuras. Se ha acusado al Gobierno de la nación de laicista fundamentalista, de agnosticista totalitario, de intentar imponer y actuar desde un confesionalismo laicista, de haber diseñado un plan para laminar, arrinconar y despedazar a la Iglesia católica. Agitando fantasmas del pasado, se le han hecho imputaciones de ruptura del pacto constitucional que posibilitó la transición pacífica a la democracia, de retrotraernos al peligro de las dos Españas, de reintroducir el clima de discordia de 1936. Invirtiendo las tornas, se le ha tildado, en suma, de golpista y de constituir un peligro para la sociedad.

Como cualquiera puede apreciar, las acusaciones son gravísimas, de grueso calibre. Y en cuanto al tono, dista mucho de ser el que uno —al menos yo— esperaría de seguidores de Jesús, de anunciadores y promotores de su evangelio. Hablan de perse-

cución los mencionados sectores del catolicismo mientras se embarcan, abiertamente y sin freno, en una ofensiva contra el Gobierno que, en otra coyuntura distinta, bien podría haber sido tomada como llamada e impulso a su acoso y derribo.

¿Para cuándo un poco de autocritica?

Considero, por cierto, que un poco más de humildad, ponderación, moderación y talante autocrítico no nos vendría nada mal a los católicos y a la Iglesia. Ciniéndome a lo de la autocritica, pienso sobre todo en dos cuestiones.

La primera tiene que ver con el intento de cargar sobre otros los magros resultados de una gestión que a mí me parece desacertada e ineficaz, pastoralmente inadecuada. En efecto, en nuestro país hemos vivido una situación, largamente prolongada en el tiempo, en la que el catolicismo, prácticamente, lo ha tenido todo en sus manos para la prosecución y consecución de sus propios fines. ¿Es justo que descarguemos ahora sobre los hombros de



otros los efectos de nuestras propias debilidades? ¿Podemos endosarles como de tapadillo la responsabilidad de unos procesos secularizados y descristianizadores que vienen de muy atrás y que nosotros, con casi todos los medios privilegiadamente a favor, no hemos sabido afrontar? Salvo un período frustrado de corta primavera, la nueva realidad envolvente nos asustó, desertamos de ella, la menospreciamos. Tratamos de ofrecer al presente respuestas conocidas, pero ineficaces, de un pasado ido. Ante un nuevo contexto y una nueva situación cultural, ni siquiera nos tomamos debidamente en serio, salvo algunas meritorias excepciones, preguntas del tenor y calado de: ¿qué sentido tienen Dios y Jesucristo, cómo comprenderlos, vivirlos y anunciarlos en una sociedad secular y secularizada?, ¿qué sentido tiene y cómo vivir y anunciar a un Dios crucificado en una sociedad orgullosa de sí misma, autosuficiente, henchida de poder y hedonista?, ¿cómo vivir y anunciar al Dios de los pobres en una sociedad de ricos y satisfechos?, ¿cómo llamar a la fe en el Dios de la vida a una sociedad que flirtea con la muerte, la exporta a otras partes o asiste impasible a la muerte temprana de millones de seres?; o finalmente —y como ya adelantaba Bonhoeffer—, en un mundo adulto y consciente de su mayoría de edad, ante Dios y con Dios ¿cómo vivir sin Dios?

Definitivamente, nos han sobrado plataformas. Pero nos han faltado contenidos, convicciones, capacidad de repensar y anunciar lo cristiano a partir de un mundo que se iba secularizando a marchas forzadas. No veníamos a acusar ahora a otros de un arrinconamiento cristiano y eclesial que, en buena medida, hemos propiciado nosotros mismos o del que no hemos sabido salir. Es conocido que



cualquier mensaje sólo se torna inteligible, significativo y susceptible de ser acogido y atendido, cuando es capaz de repensarse, reelaborarse y troquelarse a sí mismo desde el mundo al cual se dirige. Pero ésta sigue siendo hoy entre nosotros, en gran medida, una tarea pendiente.

El segundo punto de autocrítica es el relativo a la democracia. En el conflicto que nos ocupa, al proclamar sus principios y reivindicar sus intereses, la jerarquía católica viene apelando una y otra vez a la democracia, a su genuino sentido y alcance. No seré yo quien niegue la contribución histórica del cristianismo a los valores que sustentan la democracia, ni las raíces cristianas de la misma, ni, en nuestro caso, la aportación de la Iglesia en el establecimiento de la democracia. Pero aquélla debe reconocer que, al reivindicar democracia y pretender dar lecciones sobre la misma, está apelando a unos valores y pautas que, en muchos casos, internamente, ella misma no respeta ni practica en absoluto. Al punto que más de uno se preguntará escandalizado si, en el fondo, no los menosprecia.

Un largo viaje de muy corto recorrido

El concilio Vaticano II fue una verdadera bendición para la Iglesia española y, en concreto, para la nuestra diocesa-

na. Respaldó en unos casos e impulsó en otros una espléndida y prometedora renovación, de la que nuestras Iglesias estaban especialmente necesitadas buscando salidas a un dualismo desertor y esterilizante, y atrapadas, sin embargo, en un nacionalcatolicismo insostenible.

Con honestidad, con lucidez en unos casos y tanteos indecisos en otros, con errores y excesos también, lo cierto es que se hizo un camino que logró despertar en muchos y muchas la alegría y el sano orgullo de la fe. Pero se conjugaron diversos factores para que, con el fin de los años setenta, esta primavera comenzara a truncarse. Desde entonces, los paulatinos cambios de dirección y talante en la jerarquía católica han sido tan llamativos y la involución o marcha atrás tan acelerada que, en muchos aspectos, bien cabría interrogarse dónde quedó el Concilio. Más aún, podríamos preguntarnos si la estación a la que a día de hoy el tren eclesial anuncia su llegada, y en la que nos invita a apearnos, no es una estación que corresponde a tiempos pasados. Y lo que digo no es mera fabulación interesada e ideologizada.

Por esas cosas del azar, acaba de llegar a mis manos el Num. 1 del Semanario Diocesano *La Verdad*. Vió la luz —así está fechado— el 6 de Septiembre de 1931. Pues bien, abre portada con este titular: «Crear escuelas sin enseñanza religiosa es organizar la peor de las barbaries». El subtítulo me parece todo un monumento a la confusión de planos y de ámbitos, y al despropósito: «Los principios religiosos son más necesarios que los códigos civiles». A continuación, título y subtítulo se pretenderán avalar con unas cuantas citas de anticlericales ilustres.

En una Salutación —a modo de editorial— se habla de «días de lucha,

de persecución, de combate», de «nubes de confusión, anunciadoras de recias tormentas religiosas», de «torbellinos de ideas ateas», de «sectarismos rabiosos», de «odios desencadenados a todo lo que significa religión y catolicismo». Y un poco más adelante, tras presentarnos el cuadro de una sociedad enferma, a la que se compara con un enfermo de tisis que respira fatigosamente y «sufre agonías de muerte», La Verdad se pregunta por la causa de esta situación. El diagnóstico lo tiene claro: «la falta de religión», responde.

Han pasado 73 años. En ellos han acontecido muchas cosas tanto en la sociedad como en la Iglesia. Sin embargo, ¿en qué poco se diferencian las citadas palabras de 1931 de algunas de las soflamas de hoy! La misma mirada sobre la sociedad, el mismo tono de superioridad, el mismo aire de suficiencia, la misma ausencia de sentido autocrítico, el mismo ímpetu apolo-gético contrario a la laicidad, la misma llamada al combate militante. En suma, la misma voluntad de imposición.

Un neoconfesionalismo en marcha

Al inicio de este escrito me mostraba crítico, tanto respecto al paquete de medidas anunciadas por el Gobierno, como ante la reacción de significativos sectores eclesiales. Centrándome en esta última, como cristiano y católico considero —lo he indicado con anterioridad— que la mirada y los esfuerzos de la Iglesia debieran centrarse en otros asuntos, que sus preocupaciones más nucleares debieran ser otras. Porque pienso que, más allá de formales y teóricas declaraciones en sentido contrario, lo que nuestras Iglesias no acaban de aceptar ni asumir, de hecho, es la secularización, la adultez de un mundo que reclama su autonomía y se emancipa del tute-

laje de la religión. Me parece, en consecuencia, que nuestro catolicismo no acaba de plantearse con todo rigor el modo de situarse en una sociedad democrática, plural y no confesional, ni de hacer suyo el nuevo papel que en ella le corresponde. Y creo también que la Iglesia se sigue empeñando y embarcando en un confesionalismo de nuevo cuño.

Hablo de un neoconfesionalismo que, a mi modo de ver, consta de un prejuicio previo, una característica fundamental que define su nuevo carácter y tres puntos de apoyo principales. El prejuicio previo consiste en el falso y tramposo reduccionismo de secularidad a secularismo, de laicidad a laicismo, como si ambas cosas fueran lo mismo. La característica que define su naturaleza es la pretensión de hacer de la moral católica el principio configurador no ya sólo de la moralidad individual y privada, sino de la pública y política. En cuanto a los tres puntos de apoyo, nos detendremos, para concluir, un poco más pormenorizadamente en ellos, sobre todo en el tercero.

En primer lugar, no se acepta de verdad —en el fondo se rechaza más bien— la posibilidad de existencia de una ética puramente racional y autónoma al margen de la religión. Como si, con independencia de ella, del catolicismo más concretamente, de su vertiente o expresión moral, de su referencia última y transcendental a Dios, de su apelación a una ley natural (entendida, además, metafísica, abstracta,



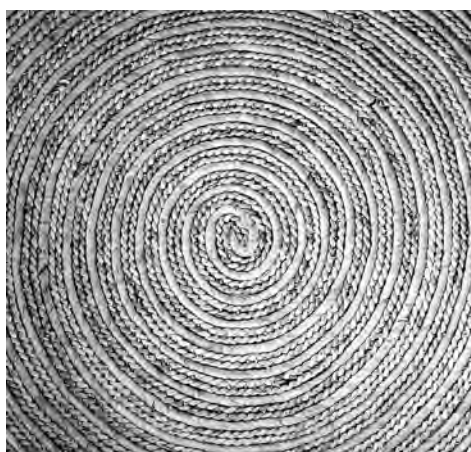
ahistórica, jurídica y legalistamente, al modo neoescolástico), no existiera posibilidad alguna de alcanzar verdadera normatividad moral y, menos aún, de poder contar con un orden moral sólidamente fundado. Por eso se dice que el Estado, velando por el bien social que la moral representa y del que él mismo necesita, no puede volverse de espaldas a la religión. Al contrario, tendría el deber de promoverla.

En segundo lugar, se opera una transferencia del confesionalismo: del Estado a la sociedad. Argumentando sofistamente y confundiendo indebidamente lo cristiano en la sociedad con sociedad cristiana y cristianismo en la escuela con escuela cristiana, se afirma que el Estado no debe ser confesional, pero que la sociedad sí puede serlo. De este modo, se da un no al Estado católico, pero un sí a la sociedad católica. Esta dependería de lo que demandara la mayoría de la sociedad. Y como, en nuestro caso, la sociedad es mayoritariamente católica y el Estado, si de verdad se reconoce democrático, debe servir a la sociedad, sería su deber apoyar y promover la religión católica. Llegaríamos así, vía indirecta, a

una nueva especie de confesionalismo estatal.

El tercer punto de apoyo del neo-confesionalismo reside en ignorar olímpicamente, cuando no en rechazar abiertamente, la función mediadora, la legitimidad, la necesidad y la vigencia de la ética civil y la ética política. La ética civil o moral común o ética mínima no se contraponen a ninguna otra, sino que es la resultante de la búsqueda y el esfuerzo convergente de todos. Toma nota de los puntos de encuentro, de los criterios éticos comunes, que permanecen siempre abiertos y nunca constituyen punto de llegada definitivo, porque la búsqueda moral continúa. Por cierto, se equivocan quienes objetan que la ética civil carece de cimientos sólidos, o que su normatividad es endeble, o que convertiría el consenso en fuente de moralidad. Por el contrario, ella apela al valor y la dignidad de lo humano, a la conciencia humana en su desarrollo, a la recta razón, a las preferencias axiológicas universales, a los derechos humanos, a las grandes instituciones éticas de la humanidad

(entre las que están, en primerísima instancia, las grandes instituciones religiosas)... Es claro que, en nuestra vida personal y en la búsqueda común



de un proyecto humano, cada cual debe atenerse a sus propias convicciones y hacerlas valer también públicamente. Sin embargo, en una sociedad democrática, plural y no confesional, a la hora de regular y determinar normativamente asuntos públicos que

atañen al bien común, en función de una sana y respetuosa convivencia, los poderes públicos y la ciudadanía en cuanto tal deben atenerse a una ética civil. Una ética ésta que, en muchos casos de claro desacuerdo, deberá ser complementada por lo que Max Weber denominaba «ética de la responsabilidad»: en referencia a aquella prudencia política que pondera, valora y sopesa todos los posibles y previsibles efectos de las decisiones a adoptar.

Hace casi veinte años, en 1985, el catedrático de Ética de la Universidad de Santiago de Compostela, Fernando Quesada, abogaba por la necesidad de encarar de una vez la viabilidad de una ética civil. Desde entonces, ilustres y reconocidos moralistas católicos —Marciano Vidal, Eduardo López Azpitarte—, así como especialistas de indudable prestigio y fidelidad católica —como una Adela Cortina— han abordado el tema con amplitud. El problema es hasta qué punto le interesa entrar en él a un catolicismo español que ha mantenido, hasta hace bien poco tiempo, todo el monopolio en el terreno de la moral.



Oficio de escribir

DESDE EL SUR: EL LADO FEMENINO

Imma Sabater Llorens

NARVONA,
ONG para la cooperación Internacional con América Latina
Narvonaelx@hotmail.com

Le comento a mi amigo que iba a escribir con el lema «Desde el Sur» y él calla. Me sorprende su silencio. Insisto, ¿no te gusta? Sí, pero está muy manido.

Su opinión es como el famoso jarro de agua fría. Tiene razón, no es nada original.

Ahora soy yo la que no habla. Miro lo que va pasando por mi lado mientras voy cómodamente sentada en el coche.

Y pienso. No soy nada original, pero lo que veo es El Sur.

No es una canción, ni un poema, ni un documental. Tampoco es un libro.

Es la gente, los árboles, es El Sur.

Es algo más que uno de los puntos cardinales. Es una forma de vivir, de ser, de estar.

Me gustaría contarle a mi amigo que vivo en El Sur como si éste fuese mujer. Yo le cambiaría el artículo, *La Sur*. Es el lado femenino del planeta.

Si es cierto que los seres humanos tenemos una parte masculina y otra femenina, aplicándolo a la Tierra, las cuentas me dicen que más del cincuenta por ciento es mujer, como las mujeres que la habitan.

El Norte es duro, implacable, avasallador y poderoso.

El Este y el Oeste han ido desapareciendo, confundidos en la maraña de la globalización económica.

La alternativa del Este cayó con El Muro de Berlín, hoy es terreno abonado para producir y reproducir lo mismo de lo mismo.

El Oeste no pasó de ser una película de vaqueros en la que mataban indios, como así fue.

El Sur es la mujer, la débil, humillada, explotada y vendida.

Pero no por siempre.

Mi Sur tiene fuerza y esperanza. Respuesta ante el que abusa y roba la riqueza de la tierra —otra mujer, la madre—, en nombre y beneficio del aumento de poder económico y dominador.

La Sur es cada vez menos callada, más reivindicativa, más batalladora en la defensa de la vida de los suyos.

Quiere que le condonen —¿quién perdona a quien?— la deuda injusta y primeramente cobrada por el usurero del Norte.

Quiere que su trabajo sea valorado por encima de un plato de arroz.

Quiere que sus niños y niñas vayan a la escuela y que ésta les ayude a aprender a vivir, que no les cambien la infancia por la esclavitud de ningún tipo.

Quiere que sean respetadas sus tierras comunales y su modo de vida.

Quiere que...

Quiere eso que decimos tener los del Norte, lo que llamamos democracia, libertad, eso de lo que alardeamos pero muchas veces no sabemos ejercer.

Y todos estamos en el norte y en el sur al mismo tiempo. No hablo de los mares, hablo de personas, de sistemas económico-políticos. Todos conocemos —a no ser que no se quiera—, nuestras realidades próximas y no ajenas.

El Sur está ahí, no hace falta que vayas muy lejos, solo fíjate un poco.

Si lo que ves no te gusta, intenta cambiarlo. Hay gente que lo está haciendo, pero nadie puede cubrir tu sitio.

Participo con los que piensan y creen que otro mundo es posible, la idea completa mucho más que un eslogan —por cierto, nada nuevo— muy gráfico. Es ese tipo de verdad que se puede tornar peligrosa por su autenticidad.

Es la verdad que clama el ser humano desde los principios de *La Historia* —de su historia—, en la búsqueda y defensa de la dignidad.

Y la dignidad humana no sabe de cuentas corrientes ni de posiciones encumbradas; con la dignidad se nace y otros viene a robarla.

Ahora, o están en-con el Norte o en-con *La Sur*. Yo lo vivo así.



Oficio de escribir

BLANCO RUMOR DEL MAR

José Luis García y García Sánchez Blanco

Escritor

Al entrar en la peluquería se tentó el bolsillo de la gabardina. Notaba el sobre. Un sobre blanco, alargado, deslizante al tocarlo.

El oncólogo, informe del laboratorio en la mano, se lo había puesto oscuro. «Un tumor maligno, de máxima malignidad. ¿Fumas? Lo digo porque en los carcinomas de vejiga fumar agrava el diagnóstico». Él contestó que no fumaba, que nunca lo hizo. «Menos mal, Rogelio». Tras varias visitas se trataban de tú, de médico a economista, él se lo había pedido, le daba seguridad.

«El análisis no está claro», y el médico le miraba. «Es importante que sepamos si el tumor ha traspasado la pared de la vejiga, si lo ha hecho es preocupante, te lo digo con franqueza». Y repasó el informe, «a ver, material, descripción macroscópica y diagnóstico». Volvió a mirarle. «El tumor ha invadido la vejiga... el análisis no indica si perforó o no la pared, deben aclararlo». Rogelio le agradeció la información, que él mismo se lo pediría al laboratorio, que ya les conocía, y salió con el papel.

Esta misma mañana, antes de las veinticuatro horas, fue al laboratorio y recogió el nuevo informe. Un sobre blanco, suave al tacto como un rostro de bebé. Le daba corte abrirlo, quizá lo hiciese en la peluquería, en la salita de espera, solía haber cola. No, mejor abrirlo antes de la cita con el médico hoy a las doce.

— Viene en un día malo, don Rogelio. Le doy el número 8.

Un día malo. El peluquero escribió el número en un trozo de papel y se lo dio. Que tenía para media hora larga, podía quedarse en la salita hojeando los

periódicos o hacer una gestión cerca, media hora como mínimo, repitió.

Mejor pasear, decidió Rogelio. Todo menos quedarse y abrir el sobre. Porque si lo abría allí mismo, entre los que aguardaban, terminaría por ponerse rojo, o temblar, o darle una tos rebelde, o hipo, cualquier cosa, que un tumor maligno extendido por tu cuerpo no es algo de todos los días, que de repente te juegas la vida.

Qué ciudad ésta, inhóspita casi siempre y más en invierno. El humo del tráfico y las calefacciones difundía peatones y objetos, un hongo firme y gris al entrar por las autopistas, se veía al pararse en las retenciones o salir a paso lento de los túneles. Gris y sucio el aire, que la esposa siempre le recogía la ropa al volver, da a lavar esta camisa, tienes tiznados el cuello y las mangas, hozados, pero mujer, si sólo hozan los cerdos, es igual, vas del garaje de casa al de la oficina y traes las camisas derechas a la lavadora, y Elsa sacudía la gabardina del marido y la daba a limpiar en la cocina. «Te gusta pasear pero ya lo sabes, en Madrid no se puede, Roge», repetía. Su Roge no decía nada, perdida la sonrisa que exhibía en las reuniones de la mesa redonda ante ejecutivos de la empresa al estudiar proyectos que tumbaban en su mayoría.

«Vejiga: carcinoma de células transicionales. El tumor invade la lámina propia (pT1; Jewett A)». Se sabía el análisis de memoria, hasta la jerga y las cifras recordaba.

Debemos conocer si traspasa la pared de la vejiga, insistió el doctor, operarían en noviembre, máximo en dos semanas, «no le daremos más tiempo, vea el informe, los fragmentos irregulares miden, agrupados, 10 centímetros, y crecen deprisa».



Oficio de escribir

Elsa tenía razón. Una ciudad inviable, pero allí él tenía su empresa, de la que era director, y un trabajo duro pero interesante, mucha reunión, mucho viaje al extranjero, sábados y domingos con informes en casa, un poco paliza. Y la horita en llegar por la mañana y otra en volver por la noche a casa, urbanización de lujo al norte de Madrid, 500 metros cuadrados en dos plantas, precioso jardín, piscina climatizada.

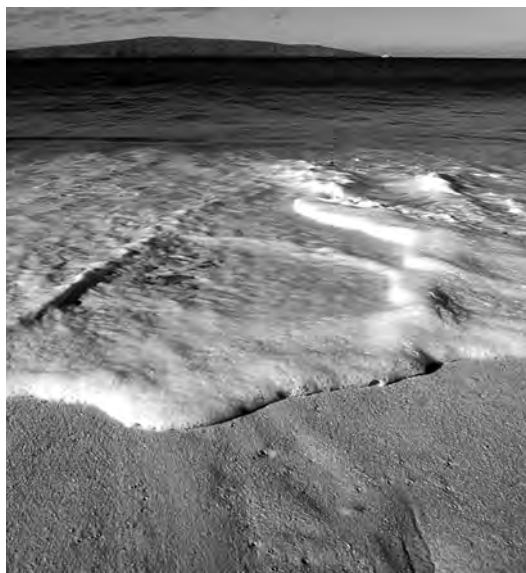
No preguntó al doctor (amigo) si podía morirse de eso, quizá el doctor no se lo hubiera dicho, al menos no todavía. Sólo que el tumor era de la máxima malignidad, «un grado histológico III / III G3-4» precisó, y que menos mal que no fumaba.

Seguía oscuro. Un paso de peatones en verde y mientras él cruzaba un coche casi se lo lleva. Casi. Quizá por la niebla o el piso resbaladizo, o porque iban a toda mecha apenas frenaron, dieron el volantazo y eso le salvó. Y también que él se tirase de lado, al lado bueno.

Cayó al suelo pero más por pérdida del equilibrio que del golpe. No había nadie, ningún testigo, una niebla meona, hacía un frío que pelaba. Cuando se levantó y recogió la cartera, del coche no quedaba ni rastro.

Habló con Elsa, del tumor, claro. Ella había sacado a colación lo de Ramonchu, buen amigo, también a él le detectaron un tumor, la próstata, tiene mal aspecto, ya veremos. Después de operarle se fueron una temporada al Cabo de Gata, les invitaron a su casita en la playa de Monsul, donde las dunas, un mar añil o verde o rojo, colores densos cambiando según la

humedad y los aires y la sombra de los acantilados y la hora del día. Pero a Elsa le gustaba el norte, el último verano alquilaron un chalet en El Rostro, playa enorme y salvaje. Y peligrosa. Claro que al atardecer, cuando el noroeste se calmaba, aquel mar tan cercano invitaba al reposo y las olas olían suaves al romper, blancas como sábanas en noche de bodas, un rumor sosegado que se repetía.



Cojeando volvió a la peluquería. «Le toca, don Rogelio», y el encargado detectó la gabardina sucia y rota. «Pero ¿qué le ha pasado?». «Nada, gracias, un coche que se saltó el semáforo, esto está imposible».

Mientras le lavaban el pelo recordó la playa del norte, ahora podrían ir. Respirar el mar color nata, escuchar el rumor de su respiración en la noche, ser consciente de que desde hoy iban a paladear con pasión la vida, una vida con riesgo de menguar y quedarse en nada, quería vivir, quería a

Elsa y Elsa le quería, no podía pedir más.

Fue salir y tomar la decisión de abrirlo. El mismo texto, la misma fecha y un añadido: «la resección incluye capa muscular. Los fragmentos del músculo estudiados no están infiltrados por el tumor». Increíble lo que hace una línea, pensó el hombre, feliz. Respiraba a pleno pulmón, aunque el aire fuese el que era. Lo hablaría con Elsa, una vez operado partirían hacia el mar donde las olas vestían de blanco.

Dobló el informe y lo metió en su sobre, y el sobre lo guardó donde siempre.

Oficio de maestro

Eduardo Martínez

Profesor de Filosofía y miembro de Instituto E. Mounier



Vocación de maestro

Debo decirles que en ningún caso pretendo ponerme como ejemplo de nada. Tan sólo os habla un profesor que ama su trabajo y que lo realiza con menos brillos de la que el asunto requiere. Lo que sí pretendo es comunicar una experiencia personal y articular desde ella una propuesta para perseverar en esta noble tarea de la educación.

Permitidme una cita que no es teórica por razón de quien se trata, Mounier, y porque él ha tenido un efecto potente en mi modo de entender la filosofía y su enseñanza. En la vida de Mounier observamos una combinación aceptable de teoría y práctica. Hay quien dice que Mounier carece de rigor filosófico, otros pensamos que el suyo fue un pensamiento peregrino, militante, que afrontó los temas que eran urgentes para la acción que estaba protagonizando. Mounier tenía el rigor suficiente para afrontar los problemas que se le enfrentaban, trataba al pensamiento como una herramienta sin sacralizarlo. Él teorizaba pero desde la experiencia que llamaba «el acontecimiento». Nos pide que «el acontecimiento sea nuestro maestro interior» y yo siempre he interpretado esta exhortación como una llamada a escuchar el significado profundo y personal de lo que ocurre en el mundo y en cada una de nuestras vidas.

Sobre la vocación Mounier dejó escritas muchas cosas verdaderas que ahora repasaremos, pero, lo que es más importante, es que vivió en la senda de una vocación personal cuyos rasgos principales eran el cristianismo, la militancia obrera y la enseñanza.

Hoy en día consideramos que existen profesiones vocacionales, la del sacerdote, la del médico; ya no se considera tanto que la del maestro lo es, pues se nos suele ver como unos privilegiados que tienen muchas vacaciones y trabajan poco. Pero, ¿qué es la vocación y cómo podemos saber cuál es la nuestra?

Para empezar debemos decir que la misma palabra vocación nos remite etimológicamente al significado «llama-

da». La vocación es pues una llamada que todo ser personal lleva impresa en lo más íntimo de su ser (*intimius intimo meo* decía San Agustín que sentía la llamada de Dios). Además podemos distinguir dos niveles en la vocación:

1. todos estamos llamados a ser personas en plenitud (lo cual supone un reconocimiento agradecido de las múltiples donaciones que nos constituyen; y una primaria aceptación de la realidad demandante del otro hombre y/o del Otro Dios).
2. concretamos esa llamada fundamental mediante la atención a vocaciones como el ejercicio de una profesión, el compromiso social con las causas que más nos preocupan, la elección de una comunidad de amigos con los que llevar a cabo la vida...

Aquí trataremos de la vocación de maestro, y yo, que la amo mucho, siento que es una vocación privilegiada, pues de ser respondida como requiere, aporta mucho a la tarea fundamental de ser una persona íntegra. He realizado distintos tipos de trabajo, desde vigilante de seguridad hasta comercial vendiendo impresoras. Unos sólo servían para sobrevivir, otros daban más tanto en dinero como en motivación y posibilidades de proyección personal. Pero la proyección del prestigio de uno o el incremento del saldo bancario no son elementos importantes para corresponder a lo mucho que nos ha sido dado, ni aportan nada a la plenitud y la excelencia moral de la vida.

Pero antes es necesario explicar por qué tantas personas no perciben en sí mismas vocación personal ni profesional alguna. Esto se debe a las condiciones de la vida moderna. La velocidad de la vida y el ruido provocan que jamás nos encontremos en las condiciones necesarias para poder escuchar las interpelaciones que nos dirigen los acontecimientos de nuestra vida. Las condiciones necesarias para la escucha de la vocación son la soledad y el silencio. Sólo contando con



ellos podremos afrontar la interioridad de nuestra vida y fundar nuestra acción en algo más que en ocurrencias o en apetencias del momento. Pensemos en cuántas veces al día, a la semana, al mes, estamos solos y en silencio, evaluemos la calidad de ambos, cómo los aprovechamos, si huimos de ellos por miedo (radio en el coche, TV en casa, compañía de amigos, activismo...) etc. La calidad de una vida personal se mide por el grado de interioridad que la enraíza. Cristo, Buda, Mahoma, recurrieron al desierto, a la montaña, al bosque, lugares de soledad y de silencio, para hallar la senda que luego recorrerían sin perder el norte, precisamente, por el recurso al diálogo interior, a la oración o la meditación (Cristo se retiraba frecuentemente del bullicio público, e incluso del de sus amigos).

Empecemos por el principio ¿Qué me llevó a escuchar la llamada de la docencia?

Como siempre ocurre no hay rastro a seguir sin alguien que lo haya dejado previamente. Mi vocación de maestro nace de mi convivencia con un gran maestro de vida y experiencia, y también de literatura. Se trata de Alfredo el sacerdote de mi parroquia en el barrio de mi infancia en Vallecas (Madrid). De la institución que él creó, el grupo Nuevos Amigos, recibí un impulso fundamental para mi vida en su conjunto, pero específicamente de ella y del carisma de Alfredo recibí la vocación del magisterio. Como todas las cosas de la vida realmente importantes, aquello de Nuevos Amigos era pequeño, los empeños que nos ocupaban modestos, pero de ellos surgieron inquietudes y provocaciones que enervaron y orientaron las vidas de muchos de los que por allí pasamos. Se trataba de asumir la responsabilidad de reunirse entre chicos y chicas (muy pocas al principio) los

sábados por la tarde para charlar estructuradamente de los temas que más nos preocuparan. Los clásicos fueron, ¡cómo no!, las drogas, la sexualidad, pero también temas políticos como la libertad o los medios de comunicación, y religiosos como la perspectiva que teníamos sobre la fe y la religión católica (el grupo no era confesional; esa era su manera de fecundar en un entorno hostil como era un barrio obrero, mayoritariamente comunista, beligerante hasta el extremo en toda la transición a la democracia).

En aquellas tardes de sábado alternativas (los demás del barrio se iban a las discotecas o a los bares, al fútbol, etc.) se fueron forjando lazos de amistad profunda pues se asentaban en la comunicación acerca de los temas más cruciales de la existencia, y en el compromiso comunitario en llevar adelante cada grupo, y llegado el momento, en la monitorización de grupos de gente menuda que empezaba la ruta que antes nosotros habíamos recorrido.

Estábamos adquiriendo unas capacidades que suponen el cimiento indispensable para una vida humana plena, y por ende, capacitan a una persona a afrontar la noble tarea de la enseñanza. Algunos amigos de entonces, habiéndose dedicado a otras actividades profesionales, recayeron luego en el ámbito educativo y apreciaron la valía de estas competencias que adquirieron en los grupos de jóvenes. Para empezar se nos regaló la oportunidad de avizorar una trascendencia respecto de la inmanencia de los usos y costumbres juveniles y familiares de la época (ocio y consumo en la mayor parte de los casos). Recuerdo que Alfredo nos exhortaba constantemente a huir de la vulgaridad, nos empujaba hacia la excelencia de una vida humana creativa y esperanzada, nos trasfundía una conciencia agradecida de la dignidad que albergábamos.

Entre las capacidades más instrumentales estaba la de hablar en público, la de afrontar el ridículo, la de exponer, a pesar del pudor, los puntos de vista personales, etc. ¡Cómo me ha servido esto a lo largo de mi vida en la universidad, en los empleos, en el ejercicio de la ciudadanía ante poderes públicos y privados! Pero sobre todo ¡cómo me ha ayudado a afrontar el trabajo en el aula con los diferentes grupos humanos! Sin esoterismos debo decir que existen los «ángeles», los «anunciadores» de la verdad, el bien y el amor en nuestra vida. Tal fue mi mentor Alfredo. Él me inició en la profundidad de la aventura moral que es la vida. ¿Habéis tenido vosotros maestros de magisterio y de vida? Os invito a que compartáis vuestra experiencia con todos los lectores de *Acontecimiento* mandando vuestras comunicaciones a tedmartin@terra.es.



La apasionante aventura de la educación

J. L. Rozalén

PPC, Madrid, 2004, 207 pp.

Libro para disfrutar leyendo y conocer las tesis de una pedagogía humanista y crítica con el mundo en el que nos toca aprender a todos. Muy expresivo en el tono y la retórica, no es un texto de propuestas concretas o alternativas a la LOCE, como hay otros. Su reflexión va más a la hondura ética y filosófica desde la que construir el proyecto educativo. Ad-ventura, acercamiento hacia la ventura. Esa es la esencia de una pedagogía que forme personas y no solo profesionales. Porque entender la tarea de un educador, y todos lo somos en el sentido abierto que aquí se trata (familia, medios, intelectuales...) es el fin primordial de este ensayo rico en matices:

- La labor educativa versa sobre la forja de personas:

Forjar personas bien pertrechadas intelectual y moralmente para que sepan y puedan vivir con dignidad (p. 102).

En este sentido tendrán cabida los conocimientos que consigan una persona madura y adaptada a la cultura de su tiempo, y también valores que sean su pertrecho moral para enfrentarse al mundo y transformarlo. La axiología será una ayuda importante si queremos conocer una jerarquía de valores apropiada para dotar con ella al educando. Aquí la dificultad es innegable, puesto que los valores imperantes son negativos para arribar a la utopía fraternal que el autor plantea y descubrir unos

valores universales encontrará muchas trabas en un ambiente de relativismo como el que vivimos. De nuevo la enseñanza es ad-ventura.

- Personas libres:

Educar es transmitir libertad, ayudar a forjar personas desde la libertad y para la libertad (p. 26).

Como repetía nuestro querido Abad de Santillán, «a la libertad por la libertad». Sin olvidar que cualquier libertad tiene como premisa el testimonio de una autoridad que poco a poco impulse a la persona para ser ella misma sin imposiciones. Nadie nace totalmente libre, sino que recibe la libertad de las gentes e instituciones que lo educan. Por ello la responsabilidad pedagógica es mayor, ya que no se reduce a transmitir instrucción, sino dar alas para ser libre entre libres.

Abrir la enseñanza a la interdisciplinariedad, porque con un elenco de grandes especialistas llegaremos al desmembramiento social, al individualismo más antisocial, al desinterés por las cuestiones no propiamente relacionadas con mi profesión. En este sentido el humanismo renacentista es un referente, como también la educación integral que muchos socialistas y anarquistas exigían y definían. Las personas devienen a su plenitud a través de la realización de una llamada vocacional, pero al mismo tiempo necesitan la apertura a otros saberes, la formación continua y mantener viva la curiosidad, de lo contrario se reducirán a ser trabajadores que fuera de su profesión no hacen sino seguir los dictados del ocio construido y fomentado por el sistema.

El humanismo remite a una utopía universal y no reducida en el espacio:

Llegar a ser personas nosotros exige que lo sean todos los habitantes de la Tierra [...] Nos salvaremos todos juntos o no habrá salvación para nadie (pp. 183-184).

Y este hermanamiento nace de personas formadas en la paz y para la paz:

Los pueblos no deben ser murallas, ni espadas, ni escudos, ni látigos, ni misiles, ni minas destructivas, sino manos tendidas, alimentos compartidos, campos sembrados, pozos de agua perforados, hambre saciada, lágrimas enjugadas, pesares surrados, heridas curadas, alegría abrazadas. Ahí tenemos que llegar en el siglo XXI (p. 67).

Estas son algunas ideas que destacamos de la lectura de este rico arsenal de ellas, sin ser sino las que centran el tema. Desde luego el libro urge a concretar propuestas reales para la escuela, porque el fundamento ético lo deja bien sentado. Deja el alma plena de buenas intenciones, ¿dejaremos una vez más de practicarlas, en la familia, en el trabajo, en los medios, en la escuela, en la calle, en las asociaciones? ¿Postergaremos la utopía sine die o comenzaremos hoy con el gesto testimonial y revolucionario que rompe la dureza extrema del muro de injusticias que nos rodea?

FERNANDO PÉREZ DE BLAS

Presencias de lo sagrado

Daniel López Salort,

Konvergencias, Córdoba (Argentina), 113 pp.

El lenguaje verbal, por su propia naturaleza, alude y elude (p. 111).

Esa es la tesis que esta colección de artículos quiere resumir. Desde la filosofía india hasta Wittgenstein pasando por P. Feyerabend, la poesía y la filosofía del lenguaje; desde Cortázar hasta Eckart pasando por Buda y la medicina. En las breves e intensas páginas de este compendio el autor repasa algunos modos de aparecer el misterio, lo sagrado, Dios, o como precisemos llamarlo, en la reflexión y la creación humana. La relación con lo sagrado está plena de misterio, se dice sin ser nunca intercambiable. Es algo que se vive de manera mística, en esa duermevela intrigante y metafórica, donde el sueño roza con la mirada óptica y lógica. Así:

El estado místico se puede en última instancia y en forma mínima comunicar, pero de ninguna manera transferir [...]

Uno de los sentidos con que los antiguos griegos usaban el término misterio (y de ahí su importancia para la mística) es que con dicho término se designaba el abrir y cerrar de ojos, ese instante en que los ojos no están ni en la vigilia diurna ni en la ensoñación nocturna, miran sin ver, ven y no miran, ¿a dónde miran y ven?, ¿qué miran y ven?, ése es el misterio, eso es lo Otro con que se encuentra el místico (pp. 44-45).

La zona del conocimiento donde muchos filósofos se han callado, ante la que han enmudecido, remite a un marco de la palabra que va más allá de la estricta lógica positivista, o quizá más acá, por su carácter más estrictamente humano, carnal, corporal, porque la poesía se siente en la sangre y en el cuerpo como la misma sanación que los místicos aprecian con sus afecciones divinas. El lenguaje limita consigo mismo a la hora de expresar cierto tipo de encuentros, experiencias, estímulos, que no son semánticamente claros, que no tienen referencia directa. El arte, en sus distintas modalidades expresivas, es una creación de decires sobre ese ámbito místico, es una apertura del lenguaje donde reina la metáfora y la anchura hermenéutica. Citando a H. Eco:

La palabra no es signo. Es abrirse al mismo ser. Si existe una ontología del lenguaje, desaparece toda semiótica. En lugar de la semiótica sólo hay una ciencia del lenguaje: la poesía, la écriture creadora (cit. en p. 69).

Por este nuevo medio de comunicación podemos acceder a un decir de lo sagrado. Y todo «deicidio» deja al hombre cojo de esa perspectiva metafórica, que profundiza en aspectos misteriosos de la realidad. Sin el mundo de lo sagrado, en sus múltiples y en principio ilimitadas formas de aparición, el hombre queda minus-válido, falto de algo, cercano a la animalidad. Y aunque el lenguaje sea frágil en ese cometido, no somos capaces de dejar de intentarlo, aunque los errores sean más o menos frecuentes.

FERNANDO PÉREZ DE BLAS

Historia de la cultura

T. Znacovski, J. Abel Sánchez y Estudiantes de la U.C.I..

Universidad Católica, Encarnación (Paraguay), 186 pp.

Lo que aquí nos encontramos es todo un recorrido a través de las manifestaciones humanas, ya sean políticas, económicas, artísticas o religiosas, desde la prehistoria hasta la actualidad, pasando por Grecia, Roma, la Civilización Cristiana, la Reforma, la Revolución Francesa y las dos Guerras Mundiales. En este sentido, este libro es un pequeño viaje por momentos clave y resoluciones decisivas para lo que hoy es nuestro mundo. De forma escueta y directa nos permite conocer las causas y las consecuencias, pero lo más importante quizá no sea lo que nos cuenta, sino las puertas que abre a la reflexión y a la exploración individual según lo que llame la atención a cada lector.

No nos situamos ante un manual, sino ante un portal introductorio a todo un conjunto de hechos, nombres e innovaciones que claman por ser profundizados. Son presentadas causas y consecuencias, nombres y acontecimientos que, por ellos mismos y su magnitud, arrastran al lector a querer saber más o simplemente le hacen recordar lo que ya sabía de ellos.

Digamos que, esta *Historia de la cultura* es un título a tener en cuenta, no sólo por principiantes, aquellos que realizan sus primeras aproximaciones a la historia de la civilización, sino también por aquellos que quieran recordar y tener presentes sus hitos.

No puedo dejar de hablar de este libro sin destacar su factoría. La *Historia de la cultura* es

el resultado del esfuerzo común de personas que abordan la historia desde distintas disciplinas (encontramos colaborando juntos a estudiantes de Ciencias Económicas, Ciencias Jurídicas, Ciencias de la Educación y Odontología), con lo que esto significa para el enriquecimiento de una obra. Lo que ésta tiene de breve y escueta, es así suplido por la multiplicidad de perspectivas y ámbitos que deja traslucir. Podríamos decir que cuatro ojos ven mejor que dos, y más cuando estos ojos ven las cosas desde espacios distintos pero, puesto que no podemos entender, por ejemplo, el arte sin la religión o la política sin la economía, relacionados y complementarios.

Finalmente, he de destacar que esta iniciativa que nace vinculada al personalismo, al menos en sus autores, es una muestra de una esperanza: en medio del pauperismo cultural y material de América Latina, sumando esfuerzos, se puede remontar la cascada de la crisis.

LUCÍA SANDRA PALACIOS PARÍS

Diario del P. Manjón 1895-1923.

José Manuel Prellezo García, BAC, Madrid, 2003, 608 pp.

Hemos de saborear este libro como un *bello escrito* en el que cada persona puede entrar en contacto y diálogo con él, ciertamente, es una auténtica gozada. ¡Qué pena sería que en una Escuela del siglo XXI por llamarse «laica» no se pudieran leer y saborear estos escritos! Manjón insistió muchas veces que sus escritos no eran magistrales sino «producciones literarias» de las que cada uno podía coger lo que quisiera si le valía. Su

Diario sería una pena que quedara reservado para maestros y especialistas en Humanidades. Cualquier persona puede encontrar en él infinidad de datos-hechos-observaciones reales y sinceras que cualquier verdadero hombre de ciencia-hombre de bien puede constatar y verificar. Leerlo despacio, olvidando nuestros oportunistas y sesgados compartimentos estancos, puede ayudar a ello. Esto, creemos que vale para los hombres de Ciencia con sus hallazgos como para los hombres de las Bellas Artes y de la Bellas Letras, más allá de división parcial de Letras-Ciencias.

Probad a leerlo bajo el prisma de la *paternidad-maternidad*, viendo a Manjón como el padre-madre»enseña a su hijo, por ejemplos y cosas» (22 agosto 1895), auténtico educador, según él mismo nos definió en sus Hojas paternales o el libro de los padres contrastados (por cierto, lo acaba de reeditar don José Montero Vives. La lectura del Diario será para vosotros emocionante. Probemos... «Mis niños» (12 enero 1897: «El diluvio de agua ha caído hoy sobre mis niños al volver a sus casas; los he visto calados enteramente y con los pies en el barro. ¡Quién tuviera para ellos un coche!»). «Calor. Le hace tan grande desde el 18 acá, que temo por la salud de los niños, y he mandado no trabajen de 12 a 3 de la tarde y tengan algún descanso entre clase y clase. Si así continúa, el verano será temible» (22 junio 1896). «En las Escuelas del Ave-María hay deserciones de niños por viruelas, ceguera y diarrea» (13 sept. 1896). «Nuestra colonia escolar, pequeño ejército de seres muy

pequeños destinado a cosas grandes, *Deo volente*» (22 mayo 1895). En el Diario aparece el padre de *fuertes convicciones vitales*, incluidas las religiosas: «Dios proveerá a todo y a todos» (3 agosto 1895). «1.º de abril. No llueve y la vida (de las plantas y de las personas) se extingue. ¡Con qué poco puede Dios acabar con los vivos, con negar el agua! ¡Dios de los pobres y de todo, ten piedad de nosotros ¡Av. M.! ¡Av. M.! ¡Av. M.! «Llueve. ¡Qué dicha! Llueve. ¡Qué gracia de Dios! Y llueve bien llovido y de temporal. ¡De qué angustias nos libran esta agua! Sea Dios bendito una y mil veces. (11 abril 1905). «Dios mío, apiádate de nosotros, que perecemos de sed, hombres y plantas» (22 mayo 1907), «Hoy hace un año que subió al cielo mi madre (25 febr. 1899)». Su *espíritu maternal mariano* prevalece como constante en su *Diario*: «*Visitación*. Día de la Visitación de la Virgen a su prima Santa Isabel. En honor de este visita y para que Dios nos haga benévolos y caritativos con el prójimo; se cantó el santísimo rosario por los colegios, reunidos alrededor del pilar de la Virgen de los cármes y las flores, la bella Jardinera de cielos y tierra» (2 julio 1895). Y Manjón es tajante en esto: «todo cuanto en ellas (las Escuelas) de bueno se ha hecho lo ha bendecido una avemaría» (1.º mayo 1895).

Leído el *Diario* desde esta óptica polivalente, a la vez que unitaria e integradora se puede convertir en el punto de unión que ensambla al tribuno-padre de la plebe-siendo él plebeyo, «palurdo» auxilia a los pobres: «llevamos entre manos unas humildes escuelas de pequeños y pobres» (*El pensamiento del Ave-María*, 1.ª parte, 1900 p. 11): «Nuestra especia-

lidad es carecer de especialidad y nuestra misión es ir donde no va la congregación, o la escuela oficial, o la individualidad, etc. etc.» (6-14 marzo 1921) —con el tribuno— famoso jurista que interviene mediante la intercessio del derecho romano por sus hijos: El derecho de veto que ejerció en su vida contra «los monopolios del Estado solidocente» (4 sept. 1914). Le tocó parar muchas tropelías de derechas y de izquierdas a favor de sus queridos niños, escuelas y maestros. Y más. Rastrearlo en el *Diario* es un auténtico descubrimiento. Empezad por siglo xx. Día 1.º (1901) y llegad hasta donde queráis... pues el repaso a la historia de España y Universal está garantizado... Así lo constata en su libro póstumo: «Hacer ver los hondos males y torpezas y desaciertos que se cometen en el terreno social y pedagógico, por falta de las condiciones debidas en los Maestros y en los que dirigen o mandan, y en los que aspiran a monopolizar la enseñanza de la formación del Magisterio e inyectarla sus ideas, no siempre aceptables, buenas ni santas: este es uno de los fines de este libro» (*El maestro mirando hacia fuera o de dentro a fuera*).

Ciertamente, «las miras del educador» (24 agosto 1895) están siempre presentes en el *Diario* que está esperando que tú lector rastrees otras dimensiones que sigan arrojando luz sobre nosotros, pero sin cegarnos, llevando a la práctica lo que defendió del diario como procedimiento: «en suma, el *Diario* será para él (para el que lo escribe, maestro o discípulo) un breve compendiado mundo; pues lo que del mundo exterior e interior él conoce y sabe, todo lo consigna en él, y así

viene a ser la historia de su vida y de las cosas y personas que con ella se relacionan» (*El pensamiento del Ave-María. Tercera parte. Modos de enseñar*). Así las cosas, Manjón queda con su *Diario* como un MAESTRO en «obras y palabras», PADRE que pasó por esta vida haciendo el BIEN.

¡Qué curioso que la última frase de su *Diario* «lo imprescindible es tener maestros» no sea suya! cuando muchos le seguimos considerando como uno de los mejores maestros y un auténtico tribuno de la plebe del siglo xx.

JOSÉ MEDINA OCAÑA

Experiencia estética y experiencia religiosa.

Aurelio Carbajosa Fradeja.

Ed. Monografías Coordinadas, Santiago de Compostela 1997. 332 pp.

En mis primeros pasos académicos por la Filosofía, un profesor nos decía que la actitud del filósofo debía ser como la del niño que se asombra ante el mundo, descubriendo nuevos aspectos y admirándose ante ellos.

Y, si además somos cristianos, la cosa tiene doble importancia pues somos testigos de la Buena Nueva, lo cual supone una lógica de la renovación renovadora.

El autor sabe y experimenta bien lo anterior y lo profundiza en este libro que es su Tesis Doctoral del año 1991. Monje cisterciense en el monasterio de Oseira (Ourense), trata en este trabajo riguroso y con cierto gusto tradicional los entresijos y relaciones de dos experiencias que a veces se tocan: la experiencia religiosa (mística) y la artística (estética).

Por mucha crítica que le hagan a la vida contemplativa,

bien es verdad que su labor es irreemplazable y que su espíritu está más limpio y descargado de cosas que el hombre de a pie, sobre todo en nuestra sociedad actual tan utilitarista y que parece ver sólo lo que se compra y rentúa, siendo tan poco atenta a las cosas inútiles (en apariencia), como la naturaleza libre, el cielo azul, los animales del bosque, la escultura que sale de las manos del artista,... El P. Godofredo (Aurelio, en el «siglo») sale al encuentro de este peligro y llama la atención para hacernos ver (categoría fundamental en este campo) que el arte surge de una experiencia de gratuidad y creatividad, de un trascenderse del artista que refleja en su obra. También el místico se trasciende. He aquí el punto de unión entre ambas experiencias: la tendencia a salir de la propia persona hacia un Absoluto Fin, hacia la Belleza eterna; pero también la distinción fundamental: el artista se proyecta en su obra y ahí radicará su perfección, deseo y buen hacer, mientras que el místico es llevado hacia otra realidad más allá de ésta y su experiencia es inefable. En el primero se busca la manifestación y el segundo no puede darse a entender a quien no experimenta lo mismo.

Religión y Arte serán los pilares sobre los que descansará el estudio, analizando sus múltiples relaciones: desde la mutua confluencia de ambos al Absoluto, hasta el intento de convertir al Arte en Religión. El autor, en consonancia con la tradición y su propia experiencia, nos dirá que a Dios se puede llegar a partir de lo visible y bello de la creación, que el Arte muestra la dimensión trascendente del ser

humano, finito por naturaleza pero, por ella misma, tendente a un más allá que le supera; demostrará sus tesis acudiendo a la vida y obra de variados autores, todos ellos artistas (desde filósofos a músicos, pasando por poetas, escultores y pintores) y la propia experiencia.

La obra se estructura de la siguiente manera: Primera parte: centrada en el mundo sensible, la actuación de los sentidos, la belleza percibida que lleva al mundo trascendente, con la exposición positiva de la atracción que sobre nosotros ejerce la creación y cómo no nos quedamos en ella sino que nos transporta a descubrir lo que está más allá de ella: de la belleza a la Belleza.

Segunda parte: donde hace su aparición el Misterio, el más allá descubierto en la creación. Y ante tal descubrimiento, dos actitudes: la idolatría de la belleza y la entronización del Arte como religión, o la santificación del propio artista, que valora el arte en su justa medida pero se eleva a Dios Belleza y Creador, fundamento de la belleza creada.

Tercera parte: El Misterio hace referencia a lo eterno y lo Otro respecto de lo humano. El Arte muestra una dimensión que le sobrepasa y que nos lleva a desear lo que no tenemos: asir lo eterno, contemplar la Belleza. Sabemos que en nuestra actual condición viante no nos es posible, de ahí que se trate aquí la Escatología. De hecho, el Padre Godofredo se muestra en consonancia con los autores que piensan que la contemplación de las obras artísticas no lleva a una gran alegría sino a una gran nostalgia por llegar a lo que no

tenemos, que el arte conlleva una tensión y atracción insatisfecha hacia lo Bello eterno. Tras repasar la obra de místicos y artistas (o ambos conjuntos) se detiene en el Arte de los artes: el de vivir. Termina esta parte con una exposición de la propia vivencia, pero creo que es un objetivo no conseguido pues expone mucha doctrina espiritual, que supongo vida en él, pero se agradecerían unas páginas no tan académicas y sí más vitales.

Conclusión: con un canto a la experiencia estética y mística, confluyentes al más allá del más acá, y a la belleza creada, que nos lleva al que es Bello.

FÉLIX ÁLVAREZ RODRÍGUEZ

Trabajo y espíritu

VV. AA.

Ed. EUNSA, 2004, 436 pp.

La colaboración de algunos miembros del Opus Dei en el gobierno de Franco, la polémica continuada de otros con teologías que se han ocupado de dialogar con el marxismo en su empeño de denunciar el desorden establecido, así como el celo por su fundador, entre otros factores, ha conducido a muchos a crearse una imagen bastante negativa de este grupo cristiano. Pero tales ideas debieran contrastarse con el espíritu de una institución cuya espiritualidad ha sido acogida por muchos y en la que reconocemos bastantes puntos comunes.

La propuesta fundamental de José M^a. Escrivá de Balaguer, que recalcó la dimensión filial de los cristianos, es su anuncio de la llamada para todos a la santidad. Y a ésta va unida esencialmente su propuesta de santificación del trabajo y en el trabajo. De ello

trata este libro (*Trabajo y Espíritu*) que recoge algunas conferencias y comunicaciones del IV Simposio Internacional «Fe cristiana y cultura contemporánea» celebrado en 2002 en Navarra.

Si tenemos en cuenta que para Escrivá todos los cristianos debemos ser «otros Cristos», la vida diaria del cristiano se nos presenta como «continuación de la misión del Cristo entre las criaturas». De este modo, ya que el trabajo es uno de los momentos más importantes de la vida humana, vocación profesional y vocación divina se ven intrínsecamente unidas. El trabajo se desvela como parte integrante de la llamada de Dios al hombre, cooperación con su obra —no castigo por la caída— y, por lo tanto, ha de hacerse según su naturaleza, es decir, bien hecho. Tal mensaje es plenamente actual porque hoy son muchos los insatisfechos con su trabajo que optan como reacción por un mal desempeño del mismo. (Permítaseme el inciso: en tiempos del movimiento obrero clásico todavía existía esa mística del trabajo bien hecho y, luego, si había que ir a la huelga se iba. Hoy no se va a la huelga, pero por contrapartida se intenta resarcirse de la empresa mediante un juego de resentimiento.)

Pero en el fundador de la Obra, más allá de esta defensa de la dignidad del trabajo, podemos rastrear «un materialismo cristiano, que se opone audazmente a los materialismos cerrados de espíritu». Y por ello, como dice María P. Chirinos, «Escrivá de Balaguer no niega un valor intrínseco a las realidades terrenas ni a las ciencias. Es más, parte esencial de la santificación del

trabajo —afirma Escrivá— ‘es la buena realización del trabajo mismo, la perfección también humana’» (pág. 62). El trabajo es, pues, expresión de la dignidad humana y debe estar a su altura.

Es significativo que en el artículo «Trabajo, mundo y paz social» se contraponga el pensamiento de José M^a Escrivá con el de A. Smith. El teórico del capitalismo parte en su concepción del trabajo de una teología deísta, en la que el hombre y Dios poco tienen que ver, y, además, de un pesimismo antropológico que le impide pensar el trabajo como diálogo con Dios y servicio a la comunidad. Nada más lejano de una visión católica de Dios y del hombre como la que sostiene Escrivá. Con ello nos introducimos al tema de la «cuestión social».

El fundador del Opus Dei no fue un ético social, pero en numerosas ocasiones manifestó, en consonancia con la Doctrina Social de la Iglesia, que la caridad no consistía sólo en atender las necesidades de los pobres, sino también en defender la dignidad de todos los hombres. También recalca que por encima de la justicia está la civilización del amor.

El problema es si basta con estas afirmaciones a la hora de tratar una cuestión sociológica con hondas repercusiones espirituales, como es el de la explotación y pobreza de la mayoría de los habitantes del planeta. Hacer hincapié en la dignidad del trabajo como instrumento de construcción del Reino de Dios debe ir ligado a la denuncia de las prostituciones de ese ideal tan alto y admirable. Ambas cosas deben estar intrínsecamente unidas —más aún en un momento histórico en el que 3/4 partes

de la humanidad vive en la pobreza—, porque si caminan separadas corren el riesgo de perder el sentido. Este es, a mi modo de ver, el reto que han de afrontar los que viven en la estela dejada por San José M.^a, si no quieren convertir su teología en una ideología encubierta.

JOSÉ LUIS LORIENTE PARDILLO

¿Libres para morir? En torno a la Tanato-ética,

Enrique Bonete

Col. Ética aplicada, Desclee de Brower, Bilbao, 2004.

En estos tiempos que corren, en los que ha sido propuesta para representar al cine español la película «Mar adentro» y en el que los diferentes gobiernos de Europa están reflexionando sobre la conveniencia de determinadas leyes reguladoras de la eutanasia, se hacía urgente un libro como el de Enrique Bonete.

Para todos aquellos que quieran entrar en serio en el debate, tengan o no tengan una visión personalista cristiana como el autor, el libro es imprescindible. Con rigor y precisión, en este ensayo se recogen las más importantes perspectivas desarrolladas hasta el día hoy en torno a la muerte asistida, al suicidio, a las diferentes formas de morir que conocen los seres humanos. Enrique Bonete recorre la historia del pensamiento occidental a través de una selección de textos, exquisitamente escogidos, de Platón, Séneca, San Agustín y Montaigne,

sobre el «saber morir». Alumbra las diferentes perspectivas a la hora de enfrentarse a ese acontecimiento trascendental para el ser humano, con comentarios agudos y críticos que sirven para que el lector se vaya formando su propia opinión sobre el tema debatiendo con los grandes pensadores. Los diferentes capítulos, expresando gráficamente la gran pregunta sobre la muerte, se desglosan en forma interrogativa: ¿Qué es la muerte? ¿Cómo liberarse del miedo a la muerte? ¿Qué nos enseña la vida sobre la muerte? ¿Cómo hemos de morir? ¿Por qué duele la muerte? ¿Por qué somos mortales? ¿Cómo vivir la enfermedad, la vejez y la decrepitud?, porque quiere ser una reflexión ética aplicada a la vida cotidiana del hombre de hoy. Las mismas preguntas de siempre, acometidas por diferentes filósofos, planteadas de una forma original, aunque siguiendo un hilo conductor que se desvelará de manera sistemática al final del libro: el personalismo cristiano.

La creación del término tanato-ética y la ordenación de las distintas posiciones girando en torno a los términos descendente y ascendente, son dos de las aportaciones analíticas que marcan el desarrollo del ensayo a partir del segundo capítulo. Ética descendente será aquella en la que la realidad personal de Dios (Legislador, juez y garante) se convierte en la instancia superior desde la que adquiere sentido y plenitud la dimensión

moral del hombre. Ascendente, cuando es el hombre la medida moral de Dios, y es ese hombre su propio legislador, juez y garante.

Este segundo capítulo que desglosa el «dilema moral del suicidio» empieza enmarcando la tensión entre hombre y Dios, para describir un esquema que clasifique las distintas y complejas posiciones entre los que están a favor del suicidio, como salida digna al dolor y al absurdo e incluso como respuesta al amor a la vida, y los que están en contra. Ya sea por razones de tipo ético, teológico o estético, el nudo moral del suicidio se ve iluminado alrededor de posiciones descendentes y ascendentes pro y anti-suicidio. De nuevo nos asaltan con sus inquietudes Platón, Aristóteles, Séneca, San Agustín, y se introducen nuevos interlocutores en el debate: Santo Tomás, Montaigne, Hume, Kant, Schopenhauer, Nietzsche.

El desglose de la Tanato-ética desde sus aspectos intra, inter y suprapersonal le permite hacer su declaración de intenciones respecto al suicidio y le sirve de introducción al tercer capítulo: en torno a la «muerte digna». El marco ético que va a servir para definir lo que sea una «muerte digna» descansa sobre la dignidad de la persona. La dignidad de la persona viene explicitada a partir de diferentes modelos: intelectualista-griego, ontologista-cristiano, eticista-moderno, y emotivista-postmoderno. Inmediatamente se aborda el tema

candente de la eutanasia y se analizan las múltiples acepciones que giran en torno a este tema central: homicidio, suicidio, suicidio asistido, eutanasia voluntaria-activa-directa, muerte por compasión, analgesia, obstinación terapéutica o «distanasia», cuidados paliativos, ...con una claridad meridiana. La conclusión viene por sí sola de la mano de una visión cristiana de la muerte que convierte al libro en una didáctica del buen morir, derivada del aprendizaje del bien vivir, que brota del mensaje cristiano. Las preguntas que presiden el núcleo del libro: ¿Cabe hablar de libertad en el hombre si la muerte es una fatalidad inaplazable? ¿Cómo es posible la autonomía del ser humano frente a su inexorable condena a morir? ¿Cómo entender la eutanasia desde una perspectiva personalista cristiana? ¿Cómo, incluso, afrontar de manera personal ese acontecimiento vital en los tiempos actuales?

Por la situación que atraviesa nuestra historia y por los distintos enfoques y discusiones que se están llevando a cabo y que se llevarán, este es un libro de lectura obligada para todo cristiano y para todos aquellos que quieran, de una manera sencilla y ágil, conocer bien el limitado elenco de posiciones frente al problema de la muerte y aprender a pensar en ella desde una perspectiva personalista renovada.

ÁNGEL BARAHONA

Salud y sentido de la vida

- ☐ Presentación
- ☐ Sentido de la vida y salud mental
- ☐ Mis queridas plaquetas
- ☐ Estética y medicina
- ☐ La medicina, una profesión de riesgo
- ☐ La muerte y la esperanza en Pedro Laín Entralgo
- ☐ Multinacionales farmacéuticas y negocio

SALUD Y SENTIDO DE LA VIDA

*Presentación***Esperanza Díaz**

Médico

En una conferencia dada por el dr. Paul Farmer¹ hace unas semanas, tuvimos el privilegio de oír de uno de los más afamados internistas de Boston que la mayor enfermedad del mundo es la pobreza. A muchos de mis compañeros les pareció la charla poco científica.

En los países del tercer mundo, entre los millones de infectados por el VIH en Sudáfrica o entre los niños desnutridos en Guatemala, la salud es una quimera.

Millones de norteamericanos viven hoy en día sin la menor cobertura sanitaria. Por otro lado, se estima que la misma población americana usa tanto o más dinero hoy en día en terapia no convencional, es decir, en medicina alternativa², que en medicina tradicional. En nuestra vieja Europa los antidepresivos son uno de los grupos de medicamentos de mayor venta y el Sistema Sanitario de los países más ricos del mundo intenta sin mucho éxito disminuir los elevados costes debidos a las cada vez más frecuentes y prolongadas bajas laborales.

La crisis del modelo de salud y enfermedad al que hemos llegado es tan evidente que no parece necesario explicárselo más que a los pocos privilegiados que aún no se ven afectados.

A través de estos artículos que ahora se te ofrecen, lector, leerás acerca de la confianza interpersonal, la muerte, la esperanza, la sospecha, la aceptación, la pertenencia, el deseo de significado, la judicialización, el capitalismo o la responsabilidad... Todos ellos temas que hay que reelaborar dentro de las disciplinas sanitarias. Y es que, al final, lo que está en juego es nuestra fragilidad de humanos enfermables.

**Notas**

1. Ver por ejemplo sobre este médico el libro de Tracy Kidder, *Mountains beyond mountains, The quest of dr Paul Farmer, a man who would cure the world*.
2. Ver por ejemplo Alfred I. Tauber, *Confessions of a Medicine Man. An Essay in Popular Philosophy*.

Sentido de la vida y salud mental

.....
Maribel Rodríguez Fernández

Médico Psiquiatra, Miembro de la
Asociación Española de Logoterapia
.....

El sentido de la vida es lo que le da significado y ayuda a encontrar un soporte interno a la existencia. Sin dicho soporte interno es más probable que la psique se vuelva más frágil y, por consiguiente, tenga más probabilidades de enfermar. Esto no quiere decir que la enfermedad psíquica se origine exclusivamente en la ausencia de sentido vital, sino que tal vez éste sea un factor importante para explicar, entender y prevenir la enfermedad mental, e incluso podría darnos pautas de cara al tratamiento psicoterapéutico.

Dicho significado puede referirse a la vida en general pero siempre en cada situación concreta que a uno le toca vivir con su personalidad y sus propios recursos. Este deseo de significado es una necesidad específica no reducible a otras necesidades y está presente en mayor o menor grado en todos los seres humanos (Frankl, 1999). Además dicho significado también puede servir de apoyo a la hora de afrontar situaciones adversas.

El sentido no es el mismo para todos los seres humanos, pues cada uno ha de hallarlo en función de sus propias circunstancias y en función de sus propios objetivos en la vida y sus posibilidades. Cada ser humano ha de hallar aquello que para él confiere un significado a su vida.

El significado debe hallarse a través de una búsqueda personal, no puede darse a otro. No hay respuestas estándar para hallar un sentido a la vida. Aunque haya elementos comunes (escalas valores) entre las personas que han encontrado sus respuestas, cada uno ha de llegar a su propia solución por sí mismo, tiene que descubrirlo en la vida misma.

Dicha búsqueda puede ser una fuente de motivación para seguir viviendo y para asumir las propias obligaciones. «La lucha por encontrar un significado en la propia vida constituye la primera fuerza de motivación del hombre» (Frankl, 1988).

El sentido es, a la vez, subjetivo y objetivo. La conciencia personal es la encargada de armonizar el significado subjetivo con el sentido objetivo

Para algunas personas, el «sentido» tiene un carácter espiritual o trascendente, pues buscar sentido puede im-



SALUD Y SENTIDO DE LA VIDA

plicar la búsqueda de un orden superior. Frankl (1999) define la religión como: «la búsqueda del hombre del significado último» o «la realización del deseo de llegar al significado último», y afirma que existe un sentido religioso fuertemente enraizado en las profundidades inconscientes de todos y cada uno de los hombres.

Para Yalom (1984) el sentido de la vida debe contemplarse desde una perspectiva que permita apreciar su desarrollo en el tiempo, pues los tipos de significado cambian a lo largo de la vida, se produce un cambio de prioridades y de valores a lo largo de la vida pues no aspira a conseguir lo mismo un niño, un adolescente, un adulto o un anciano. En cada época de la vida, se desarrollan predominantemente un tipo de valores. Algunos autores consideran que los experienciales alcanzan su máxima expresión entre los 13 y 15 años, los de creación alrededor de los 40-45 años y los de actitud sobre todo a partir de los 65 años.

El desarrollo del sentido se ve influido por el contexto cultural, las experiencias pasadas, el nivel de conocimientos y los sistemas de creencias.

Relación entre sentido en la vida y salud mental

Es relativamente fácil definir lo que es la enfermedad mental, pero para definir la salud mental encontramos bastantes limitaciones y menores posibilidades de acuerdo entre diferentes autores.

La salud mental es algo más que la ausencia de síntomas. La salud mental puede conceptualizarse como lo que está por encima de lo normal, como un estado mental que es deseable objetivamente, como la capacidad de amar y trabajar, como una psicología positiva que busca desarrollar las potencialidades, y desde la perspectiva del desarrollo saludable del adulto (que tiene que ver con una madurez en la que hay un «desarrollo del ser en su esencia y sentido» y una capacidad de mantener dicho sentido). También puede relacionarse con la inteligencia emocional o social, con el bienestar subjetivo (un estado mental que se percibe subjetivamente como felicidad y que se desea). Y por último puede relacionarse con la resiliencia, con una capacidad de mantenerse integrado y saber responder ante las dificultades (Acevedo, 2002; Vaillant, 2003).

La existencia del deseo de significado es un criterio fiable de salud mental (Frankl, 1999). Dicho deseo suele perderse en muchas situaciones de depresión en las que ya no se ve salida ni sentido a nada y ni siquiera hay ya deseo de encontrarlo.

También se ha hallado una relación importante entre sentido de la vida y bienestar psicológico, lo cual indica la importancia de esta dimensión a la hora de evaluar el estado de salud mental de cualquier persona.

El sentido además, es necesario para la satisfacción humana. ¿Y no hay una relación clara entre satisfacción y salud mental?

La percepción precisa del self del mundo y el futuro son esenciales para la Salud Mental. Si uno tiene claro cuál es su papel en el mundo, muy relacionado con el sentido que da a su vida, y percibe el futuro de forma positiva (lo que también tiene relación con el sentido) es más probable que alcance y conserve su estabilidad mental.

Para algunas personas el sentido de la vida tiene que ver con lo espiritual o lo trascendente. Existen numerosos trabajos que muestran la relación entre espiritualidad y salud. Así, se ha asociado con un menor uso de los servicios hospitalarios, menor tendencia a consumir drogas o a fumar. También se ha asociado la espiritualidad con menor depresión, mayor bienestar subjetivo y menor impacto de eventos vitales traumáticos o estresantes.

Para Frankl (1999) la carencia de significado es un indicador de desajuste emocional. La necesidad de sentido hoy en día no se satisface plenamente, pues son muchas las personas que sufren lo que Frankl llamó «vacío existencial», que consiste en vivir sin encontrar un sentido a la propia vida. Este «vacío existencial» es la principal característica de lo que Frankl denominó «neurosis noógena» (que serían un 20% de las neurosis).

El deseo de significado se está frustrando a nivel mundial, pues va en aumento el número de personas que experimentan un sentimiento de falta de sentido que puede adoptar cualquier forma clínica neurótica con diferentes cuadros sintomáticos (alcoholismo, depresión, obsesión, etc.). Los síntomas, en estas neurosis, serían una manifestación de desviaciones en la voluntad de significado (Frankl, 1998).

Existen diferentes manifestaciones de la carencia de sentido o vacío existencial: el «espíritu de cruzada o aventurismo» (abrazar de forma compulsiva una causa o actividad, independiente de su valor o contenido, como respuesta a la falta de propósito, lo que puede llevar al fanatismo); *nihilismo* (desacreditación de las actividades que los demás lleven a cabo, desesperación); «forma vegetativa» (que consiste en un estado de aburrimiento, con indiferencia y apatía que puede llevar a una depresión), etc. (Yalom, 1984).

SALUD Y SENTIDO DE LA VIDA

Yalom (1984) encontró que el 30% de los pacientes que le hicieron una demanda de psicoterapia en el hospital de día psiquiátrico, presentaban problemas graves que tenían que ver con el significado de sus vidas. Y observó que el número de pacientes que acuden a un psiquiatra por pérdida del significado de sus vidas estaba en aumento, lo que este autor atribuye a que hay menos fuentes de significado que antiguamente (que por ejemplo venía dado por la religión y había menos tiempo para cuestionarse el sentido por tener que dedicarse más tiempo a resolver necesidades básicas de supervivencia). Para Yalom, la falta de significados va estrechamente ligada al ocio (que nos enfrenta a nuestra libertad) y a la falta de obligaciones. Explica que el hombre del mundo moderno tiene que enfrentarse a la vida sin un sistema de significado cósmico basado en la religión y, además, separado de la naturaleza y de la cadena elemental de la vida.

La pérdida de sentido también puede ser consecuencia de una situación de depresión que desenfoca la explicación del sentido de la vida y de las metas que la orientan.

Existe gran variedad de estudios en los que se han hallado correlaciones entre las puntuaciones del PIL (Purpose In Life Test, test de Sentido en la Vida) y diferentes variables. Se ha hallado que una baja puntuación en el PIL (poco sentido de la vida) se asocia a diferentes alteraciones psicopatológicas o a un mal ajuste social. Por otra parte, se han hallado puntuaciones altas en el PIL (mayor sentido de la vida) en pacientes físicamente muy enfermos. Los autores dedujeron de estos resultados que la cercanía de la muerte sirve de catalizador a los enfermos graves para pactar la paz con sus vidas. También tienen una puntuación más elevada las personas con creencias religiosas muy arraigadas. Lo mismo sucede con las monjas que alcanzan éxito en sus tareas y en las personas con menor miedo a la muerte. Igualmente hay correlación con el hecho de estar comprometido en grupos organizados, dedicación a deportes o pasatiempos, una visión más positiva del mundo, orientación hacia determinadas metas destinadas a trascender el yo y estudiantes que eligieron sus profesiones por vocación.

Afrontamiento de la enfermedad mental, medidas preventivas y de promoción de la salud en general

Respecto a cómo afrontar la enfermedad mental, desde lo expuesto previamente se puede deducir que ante esta dificultad, como ante otras que plantea la vida, el buscar

un sentido a la situación o a la propia vida puede ayudar y en esta dirección se trabaja desde la logoterapia. Ayudando a buscar un sentido a la vida se soporta mejor la dificultad o el sufrimiento o incluso a través de esto uno puede realizar su sentido mediante el desarrollo de valores de actitud.

Existen también estudios que muestran que el hallar sentido fomenta un afrontamiento positivo de las dificultades y aumenta la esperanza. El sentido que encuentran las personas a lo que les sucede, influye en las estrategias de afrontamiento, haciendo que estas sean más exitosas ante cualquier dificultad. Según Frankl (1988), el sufrimiento deja de ser en cierto modo sufrimiento en el momento en el que encuentra un sentido y, por el contrario, la desesperación se produce por un sufrimiento sin sentido.

Yalom (1980) mostró que los individuos necesitaban encontrar sentido a la vida en las situaciones adversas que experimentan, particularmente ante la enfermedad, la muerte y el sufrimiento.

De todo lo dicho podríamos deducir que, si estimulamos a nuestros pacientes a buscar un sentido en la vida, les ayudaremos a afrontar mejor sus dificultades, a tener mayores satisfacciones, a luchar contra su enfermedad y en definitiva a tener una mejor salud mental.

En esta línea, como medida preventiva y de promoción general de la salud en la población, situamos como medida de especial relevancia el potenciar el desarrollo de las personas en lo que están llamadas a ser, ayudando a su integración personal, a la participación y a su aportación a la comunidad, contribuyendo así a su logro interior de sentido.

Notas bibliográficas

- Acevedo, G. (2002). Logoterapia y resiliencia. *NOUS. Boletín de Logoterapia y Análisis Existencial*, (6), 23-40.
- Frankl, V. E. (1988). *El hombre en busca de sentido*. Barcelona: Herder.
- Frankl, V. E. (1998). *La voluntad de sentido*. Barcelona: Herder.
- Frankl, V. E. (1999). *El hombre en busca de sentido último*. Barcelona: Paidós.
- Vaillant, G. E., *Mental health*, The American Journal of Psychiatry, Aug 2003, Vol. 160, Iss. 8, p. 1373
- Yalom, I. D. (1984). *Psicoterapia Existencial*. Barcelona: Herder.

SALUD Y SENTIDO DE LA VIDA

Mis queridas plaquetas

.....
José Alonso Morales

Del I.E.M.
.....



No he podido resistir la tentación de tener unos momentos de diálogo y reflexión con vosotras mis queridas plaquetas, desde que decidísteis abandonarme casi en su totalidad. Habíamos estado conviviendo juntos, a lo largo de muchos años, y ya veis, nunca habíamos tenido problema alguno entre vosotras y yo. Vosotras cumplíais con vuestro cometido y vuestra función con regularidad y fidelidad, y yo me beneficiaba de tanto aporte vital en mi organismo, que vosotras me regalábais. Ni siquiera un momento me había parado a pensar lo mucho que nos necesitábamos para que la vida de ambos transcurriera por los cauces que consideramos normales.

Vosotras en vuestro mundo y yo en el mío, necesitándonos mutuamente para seguir existiendo ¡y que poco nos conocíamos! ¿Qué poco hemos tratado de conocernos! ¿Será por eso por lo que me abandonásteis en tropel? ¿O ya no os encontrábais a gusto conmigo y decidísteis serme infiel? ¿No os había ofrecido el medio adecuado para vuestro confort? Yo, la verdad, no he hecho mucho por conoceros mejor y trataros... seguramente con más delicadeza. Pero no he tenido ningún motivo ni justificación para haceros daño, sobre todo para que dejárais de verme, de quererme y estar junto a mí.

Los especialistas dicen que ha podido ser un agente extraño que os ha atacado, y que habéis sido incapaces de hacerle frente para evitar la invasión que con todo mérito os habíais ganado en mi organismo funcionando tan bien.

Solamente unas pocas, las más resistentes, las más audaces, las más decididas, habéis aguantado la ofensiva, soportando lo que podría haber desencadenado una crisis de grandes proporciones, para que se quedara en un susto fácil de solucionar, una vez que encendísteis las alarmas por la situación de emergencia en que os encontrabais. Esto me lleva a pensar una vez más, y de la misma manera, los muchos momentos de nuestra vida, que nos vemos atacados de múltiples formas por agentes extraños que invaden nuestro cuerpo y nuestra alma, que muchas veces no conocemos o no queremos conocer, y que nos producen auténticas crisis en el vivir de cada día.

SALUD Y SENTIDO DE LA VIDA

El egoísmo, la envidia, la avaricia, la apariencia, la... Al principio los podemos aceptar porque nos pueden producir cierto consuelo, si no los conocemos en profundidad, pero su erosión y su daño nos lo harán de tal forma que nuestra vida se convertirá en un calvario como lo fue para mí, como cuando vosotras me abandonasteis, mis queridas plaquetas. Tenía pocas fuerzas, el cansancio hacía acto de presencia en mí, y era como si la vida comenzara a apagarse.

Aunque también pienso en esas pocas que se quedaron hasta el final, resistiendo los envites del enemigo, y defendiéndome hasta perder el último resquicio plaquetario. Para mí representáis el «resto fiel» que —como tantos «restos fieles» del planeta— han hecho que el mundo siga caminando y funcionando en virtud de la coherencia, el tesón y la fidelidad como respuesta al Ser Supremo. Y con vuestra incansable persistencia y confianza, dáis culto conforme a sus designios.

Ahora ya nos conocemos mejor, hemos entablado una amistad difícil de romper y estoy seguro de que nos conducirá a ver nuestro futuro con ojos nuevos, y nuestros caminos serán nuevos caminos. No serán caminos de infidelidad ni de abandono, sino de comprensión y cariño, ya que así seremos, capaces de construir un mundo en el que todos tengamos nuestro espacio y nuestro lugar, cumpliendo el cometido que cada cual tiene, siempre en mutua comprensión y conocimiento. Para mí seréis las preferidas, las mimadas, a las que primero prestaré atención cuando tenga necesidad de ver los baremos de todos los componentes hemofílicos. Y desde luego, cuando compruebe vuestra fidelidad hacia mí, no solo sentiré vuestra grata y confortante invasión en mi cuerpo, sino que mi alma rebosará de alegría por habernos comprendido mucho y mejor que antes. No como hasta ahora hemos hecho, mis queridas plaquetas, muchas veces desde la mas ingrata indiferencia y desconocimiento. Y ya véis a lo que nos ha conducido, como en tantas ocasiones de la vida, a despreciar lo que tienes cerca de ti: a no cono-

cer al que tienes al lado y que camina junto a nosotros; a ser indiferente ante el dolor humano, o abandonarnos en una modorra casi constante.

¡Qué mundo éste! ¡Cuántas soledades personales y colectivas provocamos consciente o inconscientemente, como vosotras en mí, por esa falta de interés hacia los que tenemos cerca! Una expresión muy común es: *¡no te aguanto mas!*; y se separan las personas; se producen infidelidades; los hijos abandonan a sus padres y viceversa, se producen malos tratos cuando no asesinatos, odios, rencores, crisis tan profundas, que la vida se convierte en un sin-vivir. Y así un año y otro, un siglo y otro siglo, y no somos capaces de decir ¡basta!, ya que con ello estamos poniendo en juego nuestra propia felicidad.

Yo ahora no puedo por menos de decir, desde mi gratitud, y con mucha sinceridad, por el mucho bien que me habéis hecho —a pesar del abandono—, que me quedo con el «resto fiel» de mis plaquetas, porque me habéis dado esperanzas de vivir, por vuestra lección de tenacidad, y por vuestra lucha constante. Me quedo con el, «resto fiel» de mis plaquetas, porque me habéis enseñado a ver realidades que no veía, o no quería ver, por tantas cadenas que llevamos dentro, que nos oprimen y hacen de lo placentero de la vida una cruz tan pesada, que nos hace caer continuamente. Me quedo con el «resto fiel» de mis plaquetas, porque he visto en ellas el verdadero sentido del reencuentro, después de vivir una crisis más o menos profunda. Ha sido como renacer a la vida, una nueva creación, un nuevo horizonte, una nueva esperanza, donde al final, quiero ver al Buen Dios, que me quiere y que me espera con Amor de Padre. Porque un día cualquiera, de un año cualquiera, así quiso que ocurrieran las cosas, que fueran como tenían que ser, pero sobre todo, porque hubo un «resto fiel» que luchó con entereza, con fe, y con esperanza. Y desde esa importante ayuda, cómo no, de vosotras mis queridas plaquetas, desde ahora y para siempre, seréis mis preferidas, en lo profundo de mi ser.

SALUD Y SENTIDO DE LA VIDA

Estética y medicina

.....
Esperanza Díaz

Médico
.....



Las razones por las que las personas acuden a una consulta médica no son siempre obvias ni siempre se exponen con la misma claridad. Uno de los motivos de consulta que con cierta frecuencia no es comprendido o que es bagatelizado o moralizado con demasiada rapidez es el del descontento con la propia imagen. Orejas demasiado destacadas, vientre prominente o colgante, calvicie, arrugas que no son bellas,... son en muchas ocasiones motivos de sufrimiento o, como poco, dificultades para vivir la propia vida como nos gustaría.

Ya en el Paleolítico, nuestros antepasados descubrieron la arcilla roja para pintarse el rostro en lo que fueran los primeros rituales mágico-religiosos. Desde entonces y hasta el día de hoy en el que el tatuaje corporal ha adquirido magnitudes epidémicas en Europa, no ha existido en nuestra especie generación que no haya utilizado los recursos a su alcance para engalanarse según la moda del momento.

Todos hemos oído o visto imágenes de las tribus africanas que alargan su cuello a base de vueltas de collar o de las mujeres asiáticas que consiguen pies de tamaño diminuto por medio del vendaje desde la más tierna infancia. En nuestra misma Europa, se asistió durante décadas a la deformación del torso de las mujeres gracias a corsés que llegaban a provocar la falta de oxigenación corporal (no se desmayaban por endebles las damas antiguas, sino por falta de oxígeno debido a la moda...).

Nada de esto es nuevo y no debería llamarnos la atención que, al igual que ha aumentado en nuestra sociedad capitalista el mercado de todo género vendible, haya aumentado la demanda de productos o procedimientos que nos ayuden a conseguir una imagen de nosotros mismos más conforme con nuestra imagen ideal.

Lo que sí ha cambiado radicalmente es la sofisticación o la complejidad de estos métodos. Siempre y cuando lo pueda comprar, podrá usted no sólo tener un tatuaje aquí o allá o tener más o menos arillos en el área corporal, sino disminuir la voluminosidad de sus caderas, resaltarse los pómulos, quitarse las arrugas de donde sea oportuno, «expandirse» los lóbulos de las orejas, cambiarse el color de los ojos, injertarse el pelo donde la haga falta o hacerlo des-

SALUD Y SENTIDO DE LA VIDA

aparecer de donde le incomode,... en fin, que parece que lo que ha desaparecido son las barreras para lo posible. Lo que nos parecía ciencia ficción, en este campo como en otros, es ahora realidad. Al menos para unos pocos.

¿Por qué tanto empeño en este cambio de apariencia? Entre otras explicaciones, queríamos en este artículo resaltar una que nos puede abrir los ojos y los oídos ante el número creciente de personas que recurren a estos procedimientos.

Y es que lo común a todos ellos es la necesidad de pertenecer a un determinado grupo y de comunicar esta pertenencia por medio de signos.

Hace no tantos años, por ejemplo, los tatuajes eran símbolo de un grupo profesional. Eran habitualmente marineros o quizá militares de la legión los que mostraban los bíceps dibujados a lo Popeye. Hoy en día ese mismo signo, realizado con técnicas más sofisticadas, nos habla de la pertenencia a otro grupo ya no marginal, el de la juventud, que de alguna manera intenta conseguir su identidad frente al grupo de los adultos. En otras ocasiones, como en las operaciones estéticas más complejas, o incluso con las dietas que nos prometen lo imposible, lo que buscamos en no pocos casos es la inclusión en ese mundo de medidas y marcas que nos han vendido como el ideal de nuestra época. Adoptando las medidas o los colores adecuados, comunicamos a qué grupo pertenecemos o queremos pertenecer, nos definimos mediante nuestro cuerpo. Y para ello arriesgamos lo que sea, incluso nuestra propia salud¹.

Los datos de Cirugía Plástica en Noruega muestran que las técnicas más populares son las operaciones de mama (tanto reducción como implantación de silicona), cirugía de los párpados, liposucción y extirpación de lunares. Este tipo de operaciones aumenta al ritmo de un 5% anual. En un país de 4 millones y medio de habitantes, en el 2003 se realizaron, entre centros públicos y privados, entre 8000 y 9000 operaciones de cirugía plástica, es decir, aproximadamente 1 de cada 500 habitantes sufrió una de estas cirugías sólo en el pasado año.

Me gustaría resaltar otros dos datos en estas últimas estadísticas. El primero es el de que, a pesar de que el 90% de las operadas fueron mujeres, no faltan las liposucciones o las intervenciones de párpados en varones. En el mismo sentido, el aumento vertiginoso de la gama de productos cosméticos para el hombre nos revela una preocupación cada vez mayor de éste por su apariencia o, quizá, una nueva manera, más libre de tabúes entre lo masculino y lo femenino, de expresar esta preocupación.

En uno u otro caso, el varón no está libre de la necesidad de mostrar su pertenencia al colectivo deseado, también desde su imagen física. Este artículo no habla, por tanto, de mujeres que no tienen otra cosa que hacer que mirarse al espejo, como algunos pensaban.

El segundo es el de la edad. La gran mayoría de estas operaciones se realizaron en personas entre 30 y 50 años. Y es que, abundando en el tema de la juventud, parece que no es común en nuestras sociedades el vivir con alegría el paso de los años. Nos aferramos cada vez más a esa juventud que pasa rápidamente y deseamos que, al menos desde fuera, se nos vea como éramos en nuestros supuestos años dorados. Y es que, en palabras del médico Paul Tournier, «saber envejecer, aceptar el envejecimiento, es quizá un problema tanto a los veinte años como a los cincuenta o los ochenta». Lo curioso es que esto lo escribió en 1948.

También en referencia a la edad, creo oportuno comentar que el 0,5% de las operaciones se realizaron entre menores de edad, sobre todo de 14 a 18 años. En estos casos, sin embargo, las cirugías realizadas son por razones médicas o psicológicas, como la operación de orejas «de soplillo» para evitar que los demás alumnos se rían del niño en la escuela. Y es que una sociedad como la escandinava, en que a la tierna edad de 10 años es ya habitual que los niños lleven el pelo verde o de cualquier otro color y el *piercing* (que así se llama la moda de perforarse diversas partes del cuerpo) en el sitio que esté de moda en la clase, además de la ropa de una u otra marca que ya llevamos viendo unas décadas, parece difícil sobrevivir si no se pertenece al grupo mayoritario, si no se es como los demás. Cirugía plástica entonces frente a aceptación del otro cualquiera que sea su color o su forma.

En fin, una necesidad común a hombres, niños y mujeres, la de pertenecer a un determinado grupo, se extiende ahora al cuerpo, se hace un todo con él. Ya no es sólo el perfume que usemos o los Levis que nos pongamos, es cambiarse a sí mismo para pertenecer al clan o para declararse en contra de la mayoría. En un mundo en que una imagen vale más que mil palabras no es de extrañar que la imagen cada día se haga más carne. Que la imagen física sea nuestra vía de comunicación con el exterior. Y si para decir que quiero ser como tú me tengo que piercear la lengua, adelante.

Entendamos pues de otra manera a aquellos que acuden a las consultas de los cirujanos plásticos o de los encargados de las diversas técnicas de estética. Oigamos su grito igual al nuestro de petición de acogida. Y aprendamos juntos a aceptarnos y a tener un diálogo que acoja nuestros cuerpos, sin necesidad de pasar por bisturís.

1. En el peor de los casos, hasta nuestra vida, como muestran las soldadas americanas en Irak, quienes se alistan al ejército gracias a la promesa de cirugía plástica gratis.

SALUD Y SENTIDO DE LA VIDA

La medicina, una profesión de riesgo y con riesgo, o el médico «sostenible»

.....
Miguel A. Marigil

Médico Forense
Huesca
.....



En el libro «Como arqueros al Blanco», Diego Gracia escribe: «Tenemos que aceptar el principio de que el usuario es quien define hoy, y sobre todo quien va definir en el futuro, lo que es una necesidad de salud, y por lo tanto, lo que es salud y enfermedad. Esto, como ya he dicho, puede llevar a todo tipo de arbitrariedades; es más, muy probablemente está llevando ya a ellas. Los usuarios piden cosas poco racionales cuando no imposibles, lo cual produce en ellos gran frustración y hace cundir en los profesionales el desánimo (...) la irracionalidad se ha producido porque ha llegado antes la emancipación de los usuarios que el proceso de reflexión pública». Ni siquiera Pedro Laín Entralgo hubiera podido sospechar tal cambio —cuando este ilustre profesor analizaba la historia de la relación médico paciente a lo largo de los 25 siglos de existencia de la medicina occidental en el libro «La relación médico-enfermo» publicado en el año 1964— para que Diego Gracia hiciera esta cruda y ¿desesperanzada? descripción de la situación de la medicina actual. Nadie podía pensar que en los últimos 30 años la medicina, en general, y la relación médico-enfermo en particular, iban a sufrir un cambio tan radical, más que en los 25 siglos anteriores.

No se puede entender la razón de estos cambios tan importantes, si antes no analizamos brevemente las transformaciones que han sufrido las figuras del paciente, del médico, y del concepto y finalidad de la salud.

Los médicos antiguos defendían la tesis de que el desvalimiento del enfermo no afecta sólo al cuerpo sino también al alma, a la voluntad y al sentido moral, por lo que el enfermo no sólo está incapacitado desde el punto de vista biológico sino también desde el punto de vista psicológico, emocional y moral, pues la enfermedad le pone en una situación de invalidez y dependencia y, en definitiva, como dice Laín, de «infantilización». El famoso médico y profesor en Alejandria, Herófilo, en el siglo IV a. C. explicaba a Alejandro Magno: «Cuando la salud falta, la fuerza no puede actuar, la sabiduría no puede revelarse, el arte no se manifiesta y no es posible aplicar la inteligencia». El médico decide de forma paternalista en lugar del

SALUD Y SENTIDO DE LA VIDA

paciente por el bien del paciente pero sin el paciente, quien debe mostrarse sumiso, confiado, respetuoso y obediente como el hijo respecto del padre. A partir del siglo xx se empieza a reconocer a la persona concreta que el paciente es y que quiere ser considerada en su condición de sujeto personal: «Quiere ser escuchado en su condición de sujeto lingüístico y quiere ser comprendido en su condición de sujeto autobiográfico», como apunta Laín Entralgo. El nuevo paciente exige, pues, una escucha atenta, una comprensión profunda de sus recuerdos, frustraciones, deseos, una reconstrucción, en suma, de su biografía subjetiva. Laín Entralgo elige el 1.973, año de la publicación en EE.UU. de la Carta de Derechos del Paciente, como punto de partida de este proceso que implica el reconocimiento oficial del derecho del enfermo a recibir una completa información sobre su situación clínica y decidir entre las opciones posibles como adulto autónomo y libre que es. La influencia de esta primera carta ha sido grande y recoge una mentalidad que está siendo hegemónica en las sociedades occidentales: la mentalidad autonomista. La beneficencia paternalista tradicional ya no puede aplicarse sin conocer la voluntad del enfermo porque antes de hacerle bien al paciente hay que preguntarle si tiene la misma idea de bien que nosotros. Al comienzo de siglo xx el paciente pidió la palabra para ser tenido en cuenta y en el último tercio de siglo ha pedido algo más: el poder de decidir.

Respecto a la figura del médico, en las culturas primitivas y arcaicas aquélla se confundió con la de chamán o sacerdote y muchas veces con la del gobernante y juez. Este es el origen remoto de la profesión médica: un personaje privilegiado, respetado, poderoso e impune ante la ley común, ya que en el fondo él era la ley. Es lo que se ha venido en llamar la figura del «médico sacerdote». El término «profesión» viene de profesar, es decir, de declarar públicamente un compromiso; sólo es profesional el que es socialmente reconocido como tal. Para profesar, es decir, para acceder a una profesión, es necesario realizar un rito. Mediante un rito se accede al sacerdocio y mediante la ceremonia solemne del juramento hipocrático se accedía a la profesión médica con las características de pertenencia a un grupo de monopolio de actividades, de liturgia propia, de cohesión interna, de privilegio social y económico con un código deontológico propio.

El siglo xx va a suponer un profundo cambio para la consideración social del médico: la aparición de los seguros de carácter público y de ámbito nacional como el de la Alemania de Bismarck, el National Health Service inglés o la Rusia zarista hacen que los médicos se integren en estos sistemas sanitarios perdiendo en gran medida el

estatuto tradicional de profesión liberal para acercarse al de funcionario o asalariado distinguido. Este proceso de colectivización ha acabado casi por completo con el concepto tradicional de la medicina como profesión liberal y con el rol sacerdotal del médico que ha pasado a estar en manos de las grandes compañías de seguros o de los sistemas nacionales de salud. Ha dejado también de gozar de impunidad jurídica y de estar socialmente privilegiado para ser la de un profesional cualificado más. Ha pasado de ser padre sacerdotal a una especie de asesor democrático. Así pues, el modelo clásico ha sido sustituido por otro modelo que no reconoce las diferencias tradicionales entre profesiones y oficios y considera necesario acabar con los privilegios de que venían gozando los profesionales médicos, el mayor de ellos el de la impunidad jurídica. De ahí que se haya impuesto una actitud de escrutinio público, como dice Diego Gracia, de modo y manera que «la sociedad ya no cree que el profesional deba ser intocable ni que haya que regirse por una moralidad distinta de la del resto de los agentes sociales».

Salud y enfermedad han funcionado secularmente como términos antitéticos, pues la salud se definía como ausencia de enfermedad y viceversa. Ahora se afirma, por el contrario, que la salud no sólo es ausencia de enfermedad, sino, como reza la definición la OMS de 1.947, el logro de «un estado completo de bienestar físico, mental y social». La sanidad amplía así su área de influencia hasta acaparar para sí todo tipo de sufrimiento ya sea moral, de angustia, de violencia, de pobreza, de ansiedad o de pérdida de la autoestima, etc. Y puesto que los infortunios y desgracias son problemas de salud, que tienen y deben ser curables. La medicina dictamina lo que está bien o mal, diferencia entre comportamientos de riesgo o no, entre lo permitido o lo prohibido y se ha travestido, como dice Thomas Szasz, en la nueva teología: se ha «medicalizado» la moral: «Sobre el paciente y el médico se levanta la Iglesia de la Medicina, cuya teología define los papeles y las reglas de juego así como las leyes canónicas llamadas hoy salud pública y leyes de salud mental». La proliferación de enfermedades viene acompañada de una proliferación de remedios consumibles y objetivables. La vida entera se medicaliza y la responsabilidad personal desaparece. El mercado juega aquí un papel fundamental ofreciendo sin cesar procedimientos de ayuda para dejar de fumar o adelgazar, o de eliminar la ansiedad, etc. Una editorial reciente de una prestigiosa revista de medicina interna británica denuncia la venta de seudoenfermedades convirtiéndose los fármacos en puros objetos de consumo ofreciendo al público ávido de estas cosas, por poner un

SALUD Y SENTIDO DE LA VIDA



ejemplo, píldoras contra la timidez, antidepresivos contra la fobia social o cremas para la «salud capilar». Se vende malestar, se crean necesidades y se comercia con la enfermedad haciendo que procesos comunes parezcan serios o exagerando la prevalencia de un determinado malestar, que no enfermedad. Hay mucho dinero a ganar diciendo a la gente que está enferma. Y, mientras, la responsabilidad es del otro: el fumador busca consejos del profesional, parches, píldoras y si no lo consigue él no será responsable, lo será el médico, el sistema o en última instancia los intereses económicos de las tabacaleras. Identificar la salud con el del «bienestar completo» es un abuso y una majadería propia de una sociedad desnortada, egocéntrica y autosatisfecha.

Victoria Camps sostiene que la definición de la OMS de salud es utópica, abusiva y platónica, considerando que ha causado un problema moral de incalculables proporciones la «moralización de la salud», es decir, la culpabilización del individuo por llevar una vida insana y en último término insolidaria por contribuir a la mala salud global y a la crisis del sistema. El autor de dicha definición, el primer director de la OMS, Brock Chisholm, lo justificaba de la siguiente manera en el año 1947: «El mundo está enfermo y sus males se deben a la perversión de los hombres. Los microbios no son nuestros enemigos, sino las barreras de la superstición, la miseria y la pobreza». Diego Gracia dice: «Dime qué entiendes por salud y te diré qué idea de la vida tienes», y su opinión coincide casi totalmente con Victoria Camps sobre una idea de salud irracional, irresponsable, emocional y utópica. El completo bienestar físico, mental y social se han convertido en fines tan emotivistas como utópicos y han sido elevados a la categoría de creencias básicas. Moralizamos la salud y hacemos lo que no haríamos impulsados por un sentido de autodomínio o de sacrificio personal: No fumamos, no bebemos, caminamos, hacemos «yogging» o nos privamos de comer no por frugalidad ni austeridad sino por el afán de estar sanos. Thomas Szacz denunció ese reduccionismo moralizante de la vida sana que acaba por limitar la libertad. Diego Gracia añade a propósito de esta concepción de la salud: «Ni qué decir tiene que esto no puede acabar bien. Un fin irreal e irrealizable no puede llevar más que a la frustración y al fracaso individual y colectivo. Sólo así se explica la inmensa frustración que hoy existe en el mundo de la medicina». Los valores de la virtud y el pecado han sido sustituidos por los valores de la salud y de la nocividad: es el médico el nuevo sacerdote que vela por la sociedad del bienestar. En la medida en que la sociedad ha ido sustituyendo el valor de la virtud por el de la salud y el de

la búsqueda de la perfección por el de la perfecta salud, el médico ha pasado a ser el gran regulador de la vida de las personas. Las necesidades sanitarias han pasado a ser definidas por los usuarios. Son ellos los que determinan qué es o no una necesidad de salud. Y acuden, como dice Diego Gracia, al sistema de salud para solucionarlo, sin conseguirlo, por lo que ocasiona una gran frustración en los pacientes y un gran descontento en los profesionales.

El nuestro es «el tiempo de los derechos» según definió Bobbio. Si a ello añadimos, como apunta Szacz, que una de las cosas características de nuestro tiempo «es el incesante esfuerzo humano por incrementar al máximo las cotas de libertad y reducir al mínimo la responsabilidad personal», es fácil deducir el caos tan inmenso que puede instalarse en una sociedad en la que sus miembros exijan ansiosa y compulsivamente sus derechos sin asumir responsabilidad alguna. Como dice Daniel Callahan: el mundo está enfermo y nadie es responsable ya de nada. «Las gentes —añade Szacz— siguen intentando convencerse de que no son responsables o en una medida muy limitada de las consecuencias de su conducta. Hoy el disolvente universal para la culpa es la ciencia. Por eso la medicina es una institución social tan importante».

Existe una campaña política tenaz y compulsiva, llamémosla científico-técnica, que promete un alivio total del sufrimiento mediante la victoria sobre la causa última de toda miseria humana: la enfermedad. Como apunta Hans Magnus Enzenberger, de la muerte y de la inmortalidad ya no habla el sacerdote sino el médico o en su defecto el científico. Nuestra cultura no tolera el dolor y la moderna civilización medicalizada niega la necesidad de que el hombre acepte la enfermedad y, menos aún, la muerte. El dolor y la enfermedad han dejado de ser, en nuestra cultura, experiencias esenciales con las que cada uno de nosotros ha de enfrentarse, y se han transformado en meros accidentes indeseables y «no correctos» que el médico y los fármacos deben resolver con eficacia y prontitud.

Una vez más se busca la utopía, pero en esta ocasión viene revestida de una pátina desideologizada en clave biológica, como explica Hans Magnus Enzenberger apelando al triunfo sobre la muerte, el dolor o la angustia. La ley 41/2002 de 14 de Noviembre Básica Reguladora de la Autonomía del Paciente, que entró en vigor en 2003 y que sustituye a la Ley General de Sanidad de 1986, al legislador le traiciona el subconsciente con un optimismo tan voluntarista como grotesco cuando escribe en la Exposición de Motivos: «...la organización sanitaria debe permitir garantizar la salud como derecho inalienable de la población» ¡Es increíble que el legislador llevado por

SALUD Y SENTIDO DE LA VIDA

un furor angelical confunda el derecho a la asistencia sanitaria con un inexistente pero no obstante exigido derecho a la salud! Se confunde la salud, como bien privado con la asistencia sanitaria como compromiso colectivo de solidaridad, el malestar con la enfermedad, y la necesidad objetiva de atención médica con la medicalización de la vida. Una pérdida de los privilegios profesionales del médico, una actitud «enfermiza» en la búsqueda compulsiva de la felicidad en clave de salud física, mental y social, un encendido y ansioso estado de exigencia del «derecho a la salud» con la subsiguiente relación de desconfianza mutua como fondo acechante y poco amistoso, llevan también a un proceso de judicialización de la medicina explicitado en aumento muy significativo del número de reclamaciones y demandas judiciales contra la profesión médica. Según José Carlos Fuentes en un estudio realizado sobre 940 médicos de toda la geografía española, el 70% se siente condicionado en su trabajo diario ante una eventual demanda judicial, el 17,7% asegura haber experimentado una demanda judicial y un 60% dice conocer compañeros cercanos que han tenido alguna demanda. El 95,4% de dichos profesionales se considera en el punto de mira de la sociedad actual. Si bien sólo uno de cada diez millones de actos médicos generan una demanda judicial o que el 93-94% de las demandas son sobreesididas, la carga emocional, el miedo y la frustración no se pueden olvidar jamás, acrecentados exponencialmente si además ha existido un juicio público paralelo en los medios de comunicación. Esta desproporción tan significativa entre las demandas presentadas y los fallos condenatorios pone de manifiesto que la mayor parte de estas demandas son infundadas, lo que implica que se establezca una desconfianza aún mayor en el médico ante los intereses espurios del paciente. En la tesis doctoral sobre responsabilidad sanitaria de Angel Hernández se expone que hasta casi un 50% de las veces las demandas se realizan para la obtención de indemnizaciones vía seguros de responsabilidad civil.

La judicialización de la medicina, la pérdida de la confianza exigible para una relación honesta, leal y veraz médico-paciente han originado un tipo de práctica que se ha venido en llamar Medicina Defensiva. Según el estudio de J. C. Fuentes lo ejercen ¡el 69% de los médicos españoles! La medicina defensiva tiene unos costes morales y económicos de proporciones incalculables. Un estudio realizado entre más de mil médicos en Noruega vino a demostrar que los pacientes insatisfechos que amenazan a un médico con propagar una mala publicidad o con una demanda judicial modifican el curso de

sus procedimientos diagnósticos o terapéuticos contradiciendo la *lex artis*. Así por ejemplo casi un 60% de estos médicos noruegos optaron por un enfoque defensivo ante el caso de un paciente con cefalea aguda que amenazaba con una demanda formal si no se le enviaba al neurólogo. En el año 1999 un estudio británico observó que casi el 78% de los médicos que habían sido demandados, independientemente de si sus casos eran sobreesididos o no, decidieron practicar la medicina defensiva. Una realidad propiciada por gabinetes jurídicos generalmente poco escrupulosos y también por enfermos aprovechados. Rogelio Altisent advierte, que si aceptamos que las leyes señalen el estilo de hacer medicina nos iremos deslizando por la pendiente peligrosa de la medicina, defensiva que no es otra cosa que una patología moral de la profesión. La medicina ejercida a ritmo de ley puede proporcionar tranquilidad y certidumbre al profesional frente a los tribunales de justicia, pero a cambio de adoptar una mentalidad que nos lleve al desinterés por el paciente, el aburrimiento ante la profesión y como consecuencia a la pérdida del sentido y del atractivo de la actividad sanitaria para nosotros y para las generaciones futuras. El derecho este ha suplantando a la ética produciendo en sentido literal una desmoralización de la medicina a cambio de la judicialización.

En la relación médico paciente se convierte en un puro acto técnico guiado por un cálculo de riesgos para evitar complicaciones o para hacer una dejación en la toma de decisiones. En esa consulta flota en el ambiente un sentimiento que atenaza y prostituye esa relación: el miedo del médico al paciente y el miedo del paciente a su enfermedad. Miedo contra miedo ¡Terrible!

La confianza en el clínico, en el maestro, en el jurista o en el religioso están en franco declive. Son profesiones, como dice Victoria Camps, desprestigiadas que han perdido su aura secular. Las malas prácticas, la despersonalización, el mercantilismo llevan en el caso de la ciencia médica a contemplar al médico más como un enemigo inevitable que como un amigo en quien confiar. La medicina defensiva, la legalización de la ética, la judicialización de la medicina son síntomas claros de esa falta de confianza en la relación clínica. Se busca al abogado como tercero en discordia. Una prudencia recelosa ocupa el lugar de la voluntad de deliberar. Confiar en que el otro no me engaña es la condición necesaria para que haya una comunicación, para que se pueda hablar y escuchar. Según Annette Baier confiar «es dar poderes discrecionales a aquél en quien se confía, dejar que, a propósito de algo determinado, alguien decida sobre el propio bienestar».

SALUD Y SENTIDO DE LA VIDA

En la web de un diario médico en un año hay casi tres mil documentos que hablan sobre medicina defensiva. La preocupación entre los profesionales es muy importante: mientras la sociedad no recoga estas preocupaciones (administración, jueces, sindicatos, organizaciones profesionales, asociaciones de enfermos) la solución es cada día más difícil. No hay datos fidedignos sobre el número de demandas en España, pero por ejemplo en el Reino Unido en los últimos diez años se ha multiplicado por trece. A esta preocupación se añade otra, como apunta una importante correduría de seguros médicos, y es la de tener la sensación de estar arriesgando el patrimonio personal o familiar en cada acto médico mientras que las compañías aseguradoras han disminuido sus ofertas o imponen unas primas no asumibles por los profesionales. Díaz Pintos escribía en una revista jurídica un artículo cuyo título lo dice todo: ¿El consentimiento informado: una garantía de la autonomía moral del paciente, o un expediente para eximir de responsabilidad?

Una demanda sobre el médico produce unos efectos devastadores, como dice Fernando Guzmán Mora, sobre el estado anímico y profesional con sentimientos como la depresión, el aislamiento, el resentimiento, la alteración del ejercicio médico, la desconfianza, la aparición del sentimiento de culpa, la pérdida de la autoestima, etc. Otro aspecto negativo que se viene a sumar a esta situación es la llamada Enfermedad de Tomás, síndrome de desgaste profesional o síndrome «burnout». La situación es tan preocupante que en distintos países europeos, o como bien ha estudiado J. J. Gervás en Cataluña, se han creado unidades dedicadas exclusivamente al manejo de esta patología que se caracteriza según Maslach y Jackson por tres síntomas: agotamiento emocional, despersonalización y baja realización personal. Se calcula que la incidencia en España está entre un 30% y un 57% de los profesionales sanitarios. En una encuesta reciente en EEUU la cifra entre los médicos residentes es alarmante: ¡un 76%!

El médico deberá, pues a pesar de todo, navegar por las procelosas aguas y para evitar el fundamentalismo informativo («antipaternalismo suicida») tener el cuidado de no caer en un paternalismo trasnochado. Deberá, como Ulises al navegar por el estrecho de Escila y Caribdis, evitar al monstruo de las seis voraces cabezas de Escila y no caer en la fuerza de succión del remolino que provoca, en el otro lado del estrecho, Caribdis. Ulises solucionó el dilema sacrificando a seis de sus hombres al pasar por el monstruo Escila y así evitar exponer a toda

la nave a zozobrar en el remolino de Caribdis. Para no sacrificar a nadie es claro que debemos garantizar la autonomía del paciente respetando sin perder el timón de la exquisita profesionalidad con lealtad y honestidad en cada uno de nuestros actos. Pero la tarea no es nada fácil.

El futuro es más incierto si hacemos extrapolación de una encuesta realizada a médicos recién licenciados: sólo un 15% identificaron otros modelos de relación médico-paciente distintos del modelo paternalista y sólo un 38% había oído hablar de la medicina defensiva.

Es urgente reflexionar sobre los fines de la medicina que ya no son el diagnóstico y tratamiento de las enfermedades como nos previno el Hastings Center hace algunos años, sino la prevención de la enfermedad, el alivio del dolor y el sufrimiento, la curación y cuidado de los enfermos, el cuidado de los que no tiene curación, la prevención de la muerte prematura, etc. La enseñanza de la medicina debe también salir del cautiverio de la definición clásica centrada en el diagnóstico y el tratamiento, debe sacudirse los defectos de ese modelo como son la distorsión de la relación médico paciente, el fracaso en la provisión de una adecuada formación para las complejidades médicas, sociales de la enfermedad y de las discapacidades crónicas, la negligencia total con respecto a la promoción de la salud, una dedicación hacia las humanidades médicas y a las relaciones humanas.

David Callahan considera que es urgente tender hacia una «medicina sostenible», es decir, en sentido contrario a lo que tiende la medicina actual que ha convertido la salud en un tirano que distorsiona las prioridades médicas y las necesidades *ad libitum* del usuario. La idea de medicina sostenible de Callahan se basa en tres pilares: una medicina que provea un nivel de salud que dé la oportunidad a las gentes de vivir adecuadamente con un nivel razonable físico y mental, que sea equitativa y tenga una garantía y soporte públicos. Este autor no tiene claro que el llamado progreso médico o la llamada sociedad de bienestar no vayan a desembocar en una concepción de la enfermedad y de la muerte como algo carente de sentido. Una sociedad que dice que la muerte y la enfermedad carecen de sentido y simplemente deben ser eliminadas es una sociedad que no ofrece justificación ninguna para la sostenibilidad. Tampoco para «sostener» al médico. Acabo con la siguiente frase de la *Ética a Nicómaco*: «Debemos haber sido educados ya desde jóvenes para podernos alegrar y dolernos como es debido, pues en esto consiste la buena educación».

La muerte y la esperanza en Pedro Laín Entralgo

.....
Antonio Piñas Mesa

Pfr. la Universidad San Pablo-CEU
Miembro del I.E.M.
.....



Pedro Laín Entralgo (Urrea de Gaén, Teruel 1908-Madrid 2001) fue un autor polifacético al que, como buen humanista, nada de lo humano le pareció ajeno. Muestra de ello son los diversos campos en los que se movió con maestría. Además de médico, su primera y central vocación, mostró sus dotes como crítico literario y teatral, historiador, químico, psiquiatra, filólogo y filósofo. Sus estudios antropológicos nos han enseñado que la existencia humana es a la vez y de manera radical pística (creyente), filica (amante) y elpídica (esperante). Sin ánimo de ser exhaustivos vamos a tratar de conocer cómo pensó la esperanza Pedro Laín. Casi de forma inevitable al hablar de la esperanza hace acto de presencia el hecho que empaña todas nuestras esperas: la muerte. ¿Cuál es el sentido de mi vida y de mis esperanzas si su destino es la nada? Hombre inquieto donde los haya, en su recorrido intelectual siempre tuvo presente la preocupación en torno al tema de la esperanza. Él mismo solía interrogarse: «¿Qué ha dado a este tema intelectual su bien probada permanencia en mi espíritu? ¿Su actualidad histórica, incipiente cuando yo lo descubrí, y cada vez más notoria a lo largo de este quindenio? ¿La índole más personal de mi alma?» Fruto de este interés fue el denso tratado sobre la esperanza que vio la luz en octubre de 1956: *La espera y la esperanza. Historia y teoría del esperar humano*. El estudio elpidológico de Laín fue y ha sido un punto de referencia obligado para aquellos teólogos y filósofos que han reflexionado en torno a la esperanza.

Como filósofo Laín quiere aportar unos *praeambula theologiae spei*, presentando la base natural de la virtud de la esperanza como virtud propiamente cristiana. No obstante ésta, en su obra, no queda sino apuntada. Una visión integral de la esperanza humana como la que nos ofrece Laín tenía que incluir de forma necesaria la esperanza trascendente: ¿qué esperamos más allá de la vida? El hecho de la muerte humana es la otra cara de una moneda cuyo reverso es la esperanza. Católico e intelectual, Laín siempre estuvo dispuesto a dar razón de su fe y de su esperanza (Cfr. 1Pedro, 3, 15)

SALUD Y SENTIDO DE LA VIDA

¿Cómo pensó y vivió la esperanza y la muerte Pedro Laín?

La esperanza

La realidad personal del hombre, ser temporal y finito, postula consciente o inconscientemente la eternidad y la infinitud. Ésta es la tesis fundamental recogida en *La espera y la esperanza*. El objeto, aquello a lo que aspira la esperanza genuina es la pretensión de «ser todo» (plenitud o estado felicitario) y «ser siempre» (eternidad). *Individual y genéricamente, el hombre es un ente emplazado en el tiempo y limitado en el espacio, pero constitutivamente abierto a un «más allá» de ese emplazamiento y esa limitación.*¹

En la esperanza podemos distinguir dos elementos básicos que son *la espera y la confianza*. El esperanzado es un hombre que a lo largo de su vida se ha habituado a confiar razonablemente en el éxito de sus conquistas futuras². La confianza eleva la espera a esperanza. Confiar es, por una parte, entrega o descanso en aquello que se confía, en una *virtus aliena*, pero, por otra parte, la confianza exige a la persona esperanzada la actividad (la osadía del acto creador), la *magnanimidad* que se concreta en la ejecución de proyectos. Sin esta actividad por parte del que espera, en lugar de verdadera esperanza, hablaríamos de *presunción*, la creencia ingenua de aquel que espera que todo irá bien por la fuerza misma de las cosas. Sin embargo la esperanza es don y tarea.

La confianza debe contar siempre con la *virtus propria* del esperante (o confianza en las propias capacidades naturales) y con la *virtus aliena* (o ajena) de la realidad que le circunda y fundamenta³. El esperanzado confía en *algo* (futuro concreto) y en *todo* (confianza en otros futuros conexos). Confiar en el éxito de un proyecto determinado implica confiar en el cosmos, en la vida biológica y en los hombres, pues *confiando en algo tengo que confiar en el todo al que pertenece*.⁴ Así, cuando espero la llegada de un amigo lo hago confiando en que llegará a su hora, en que el lugar donde hemos quedado no se hundirá hasta entonces, en que mi amigo y yo seguiremos viviendo y continuaremos sanos. Por tanto, mi confianza se basa en unas creencias.

La genuina esperanza, se aleja de la *espera inane*, una espera rutinaria y sin proyecto, y de la *espera circunspectiva*, la excluyente preocupación por el buen éxito de un proyecto concreto (un «esperar que» y «esperar de») Frente a estos modos de la espera resta el propio de la esperanza genuina un «esperar en». *El bien que el hombre*

*espera es siempre el «sumo bien»; de otro modo, ese hombre no seguiría esperando después de haber logrado el bien particular de una de sus «esperanzas determinadas»*⁵

El último fondo de la realidad es para el hombre *fontanal y religante* (Zubiri). Por eso, dice Laín, *en su raíz esperar es saltar con los ojos abiertos desde el presente concreto hasta el último fondo de la realidad. Con los ojos abiertos, porque ese salto nunca puede ser seguro; y hasta el fondo mismo de la realidad, porque a pesar de todas nuestras inseguridades y cautelas confiamos en su fundamenta- lidad y obsecuencia.*⁶

Gracias a esto la espera vital puede tener la pretensión de un ser futuro. La espera se transforma en esperanza genuina (*hábito de segunda naturaleza*) siempre que la constitución psicosomática, la situación histórico-social, el tipo de vida personal y la libre voluntad no actúen contra tal tendencia. Es decir, siempre que la fianza de la espera no se convierta en habitual angustia o desesperanza. No obstante, aun cuando nuestra voluntad pueda optar por ser *voluntad de desesperanza* ya sea motivada por nuestras creencias históricas o por nuestro devenir personal, en el fondo de nuestra existencia humana seguiremos observando la «fianza» de la espera que pide ser «confianza» aunque inevitablemente «defiante». Así la «espera vital» tiende a ser «esperanza» confiando en alcanzar la plena posesión de sí mismo que el tiempo y la materia impiden. *Es la tendencia a ser siempre que late sin descanso en la realidad misma de nuestra espera.*⁷

La muerte

¿Cómo conjugar esta aspiración con la realidad de nuestra muerte que nos acecha durante el *status viatoris*? Es la piedra de tropiezo de toda esperanza y del mismo sentido de la vida. Si todo se acaba con la muerte nada tiene sentido. El hombre vive radicalmente inquieto ¿*Qué será de mí?* ¿*Es que voy a perdurar?* La muerte como afirmaba Aristóteles del ser, se dice de muchas maneras. La posible *muerte biográfica* amenaza con frustrar nuestra vocación personal, ya sea por enfermedad física o por un proceso de despersonalización. Pero la que nos acaecerá a todos aunque no sepamos cuándo es la *muerte biológica*. Más radical aun es la *muerte metafísica*, aquella que predicen los que consideran que el horizonte del hombre es la nada, la reducción de su ser a un no-ser.

Y Laín, ¿cómo se posiciona ante la realidad de la muerte humana? Para él nada hay en la estructura física del hombre que por sí misma haga patente la perduración del hombre. A su juicio resultaba más razonable la

SALUD Y SENTIDO DE LA VIDA

doctrina de la «muerte total» (*Ganztod*) que la del «alma separada».⁸ Este planteamiento, comprensible desde su abandono del dualismo alma-cuerpo, le lleva a la negación de la existencia de una realidad espiritual en el hombre que perviva a la muerte. De ahí el aserto que traduce su esperanza: «Moriré entero y entero resucitaré».

Pero, si nada permanece ¿cómo pensar la continuidad y la misma resurrección? A pesar de las evidentes incompatibilidades con la antropología cristiana, Laín siempre conciliador e incluso reconociendo lo opuesto de las afirmaciones científicas y las creencias religiosas, cree que su postura puede explicar bien las creencias que él mismo profesa. Con la muerte, manifestada como la inactividad del cerebro, acaba el hombre del todo, pero sin llegar a la aniquilación total. Así lo expresa en su obra *Cuerpo y alma*: «tras la muerte física un misterioso designio de la sabiduría, el poder y la misericordia infinitas de Dios hace que el hombre entero que murió, resucite a una vida esencial y misteriosamente distinta de la que en este mundo se mostraba como materia, espacio y tiempo. El hombre vivirá según lo que su vida en el mundo hubiera sido.»⁹ En definitiva, *omnis moriar* (moriré todo yo) y *omnis resurgam* (todo yo resucitaré).

Como bien mostró el teólogo Ruiz de la Peña, la tesis de la «muerte total» envuelve una contradicción. La resurrección sin inmortalidad implica que Dios resucita, es decir, crea *ex nihilo*, a otro ser humano numéricamente distinto del que murió (ya que éste murió totalmente), que sin embargo es el mismo que se daba por totalmente muerto.¹⁰

Este cambio de paradigma antropológico marca la evolución de un primer Laín a un segundo Laín. Cree encontrar apoyo en la filosofía de su amigo Xavier Zubiri, según ciertas hipótesis que éste le transmitió de forma oral. Sin embargo, en opinión de Olegario González de Cardedal, en las obras escritas y publicadas de Zubiri no aparece tal postura. Por el contrario, éste sí expresó de forma clara en el artículo necrológico dedicado a Juan Lladó que «la vida del hombre no es anulada sino transformada», frase tomada de la liturgia de difuntos.¹¹

Pedro Laín en los últimos meses de su vida, con una enfermedad que debilitaba progresivamente sus fuerzas, no dejó de interrogarse en torno al misterio del morir humano. Hablaba de su propósito de dar tres conferencias en el ámbito del Colegio Libre de Eméritos que versarían sobre el sentido de la muerte, al tiempo que preparaba un nuevo libro titulado *El morir de la persona*. Al final de su libro *Cuerpo y alma* ya nos expresaba como deseaba arrostrar su último momento: *si mi muerte,*



*como hondamente deseo, me permite hacer de ella un acto personal, si no es la súbita consecuencia de un accidente fortuito, al sentirla llegar diré en mi intimidad: «Señor, ésta es mi vida. Mírala según tu misericordia»*¹².

Y así, a sus 93 años de edad, afrontó el trance de la muerte Pedro Laín. En una ocasión escribió: *el hombre que no vive embriagadamente entregado a la cotidianidad diaria, el hombre que quiere vivir como persona, consciente, libre, responsablemente frente a su propia vida, por fuerza tiene que mirar la muerte como un acto personal.*

Notas

1. Pedro Laín Entralgo, *Creer, esperar, amar*, Galaxia Gutenberg /Círculo de Lectores, Madrid, 1993 p. 172
2. Pedro Laín Entralgo, *La espera y la esperanza*, Revista de Occidente, Madrid, 1962. p.573
3. *Ibid.*, p.577
4. *Ibid.*, p.579
5. *Ibid.*, p.583
6. *Ibid.*, p.580
7. *Ibid.*, p.570
8. Pedro Laín Entralgo, *Alma, cuerpo, persona*, Circulo de lectores, Barcelona, 1998. p. 315
9. Pedro Laín Entralgo, *Cuerpo y alma*, Espasa-Calpe, Madrid, 1992, p.373
10. Juan L. Ruiz de la Peña, *La pascua de la creación. Escatología*, BAC, Madrid, 1996. p. 278
11. Cfr. Pedro Laín Entralgo, *La empresa de vivir, Estudios sobre la vida y obra de Pedro Laín Entralgo*, Galaxia Gutenberg /Círculo de Lectores, Madrid, 2002 p. 212
12. Pedro Laín Entralgo, *Cuerpo y alma*, p. 375

Multinacionales farmacéuticas y negocio

.....
Luis Capilla

Sacerdote,
Licenciado en Ciencias Políticas
.....

...las fronteras nacionales estallan y vemos aparecer nuevos poderes económicos, las empresas multinacionales... independientes en gran parte de los poderes políticos nacionales y, por tanto, sin control desde el punto de vista del bien común.

Pablo VI

Hace tiempo que las multinacionales fueron bautizadas como «voraces pulpos planetarios» que lanzan sus tentáculos sobre el conjunto del globo, desafiando las fronteras políticas y geográficas. En todos los grandes procesos judiciales que pueden abrirse a nuestra sociedad —crisis mundial con sus secuelas de paro e inflación, derroche de riquezas, destrucción del medio ambiente, la miseria del subdesarrollo, incluso, la guerra— a las firmas multinacionales hay que sentarlas en el banquillo de los acusados. De un modo especial a las multinacionales farmacéuticas norteamericanas, que destinan 75 millones de dólares al año para asegurarse de que, independientemente de qué partido tenga el poder, sus intereses se defiendan en el mundo. Cada industria farmacéutica cuenta con dos congresistas que defienden sus intereses. Por ello, nadie se puede extrañar de que Mitterrand afirmase de las multinacionales en su momento que «crecen ahogando la vida en su entorno: la de sus trabajadores, que quedan reducidos a simples robots, la de los consumidores, a los que moldean a su gusto, las de las empresas competidoras, a las que reducen a meras subordinadas, y, por último, la de los Estados, en los que descansa su poder».

Estructura de la industria farmacéutica

Hasta la década de los 80 la industria farmacéutica era como una hiedra adherida al sector químico, el realmente importante. Constituía un sub-sector muy fragmentado en pequeñas y medianas empresas, pero al obtener enormes beneficios se ha visto barrido por una oleada de adquisiciones y fusiones, creando empresas con un valor enorme superior al del PIB de muchos países del Tercer



SALUD Y SENTIDO DE LA VIDA

Mundo. El ejemplo más reciente es el de la fusión entre SmithklineBeecham y GlaxoWellcome (ellas mismas resultado de fusiones anteriores).

Tal es así, que el valor combinado de las «Cinco Grandes» es igual al del PIB de toda el África sub-sahariana. Llegaron a tener más del 7% del mercado mundial. Últimamente, después de la adquisición de la división farmacéutica de Pharmacia, PFIZER las ha desplazado del primer puesto, ya que copa el 11% de las ventas mundiales.

Por ser un sector intensivo en tecnología está concentrado en los países del Norte. Éstos suponen más del 90% de la producción mundial y el 97% de las actividades de investigación. Solamente muy pocos países del Sur han logrado tener una industria farmacéutica propia: India, Tailandia, Indonesia, Sudáfrica y Brasil.

La estructura del sector es claramente oligopolística y las empresas que fabrican nuevos compuestos farmacéuticos y que se dedican a la investigación son unas 100 a nivel mundial. Y estas multinacionales acaparan entre el 40% y 60% del mercado en los países avanzados.

Para entender mejor la estructura de la industria farmacéutica conviene distinguir los siguientes conceptos: medicamentos patentados, los genéricos (libres de patente) y los dispensados sin receta médica.

Una patente es el derecho legal acordado por un Estado o grupo de Estados a través de una Regional de Patentes para sus territorios, que asegura un monopolio — 20 años como mínimo — para la producción, venta e importación de un medicamento.

El genérico es la copia de un medicamento original que ha sido posible por el vencimiento de una patente inicial.

Conviene tener en cuenta, además, los TRIPS (Acuerdos de los Derechos de Propiedad Intelectual relacionados con el Comercio) que, invocados por los laboratorios, protegen las innovaciones industriales contra cualquier intento de imitación. Aunque permiten a un país miembro, «en situaciones de emergencia nacional u otras circunstancias de extrema urgencia», derogar la protección de las patentes.

Por otra parte, también el consumo de medicamentos está muy concentrado en los países ricos: América del Norte tiene una cuota de 47,2%, Europa de 23,7%, Japón de 12%... África sólo de 1%.

Para que se vea gráficamente la «bondad» del sistema neoliberal téngase en cuenta este dato: *la India con mil millones de habitantes consume en medicinas lo mismo que consumen 7 millones de suizos.*

Negocio de la industria farmacéutica

Hay que tener en cuenta que esta industria no está para luchar contra las enfermedades, sino para hacer negocio. Prueba de ello es que el mercado ha duplicado su valor entre los años 1985-1990 y ha vuelto a duplicarlo otra vez en 1999.

No existe industria alguna cuya rentabilidad sea mayor que la obtenida por la farmacéutica. El año 2001 el beneficio sobre ventas fue del 16,2% frente al promedio de las otras, que solo llegaron al 2,1%.

PFIZER, compañía estadounidense, es el nuevo gigante farmacéutico. Por su fusión en el año 2000 con Warner-Lambert vendió en el año 2003 alrededor de 30 mil millones de dólares y su valor en el mercado supera los 266 mil millones de dólares. Supera así a las dieciocho economías más grandes de África subsahariana. Tiene empresas especializadas en enfermedades infecciosas, que prácticamente eliminadas en los países ricos se extienden como los jinetes del Apocalipsis sobre los países pobres que no pueden adquirir sus productos farmacéuticos por el precio prohibitivo que impone esta multinacional. Además de poseer la patente de tres importantes medicamentos para enfermedades infecciosas (el antimocítico Diflucan, el antibiótico Zithtomax y el anti-retroviral Viracept) ha mostrado una dureza exagerada en su política de precios basada en sus patentes y en no conceder licencias a los productores de medicamentos genéricos.

Al ser la compañía que lidera el mundo de la industria farmacéutica, ha llegado a decir que «puede modificar la vida humana muchos más que de lo que ha hecho jamás ninguna otra compañía». Puede ser verdad, pero también hay que cargar sobre ella la máxima responsabilidad ante la muerte diaria de 40.000 personas afectadas por enfermedades infecciosas que son tratables médicamente pero intratables económicamente.

La investigación como excusa

Y, así, el nuevo botellín de leche que se produzca irá al perro del millonario y no al hijo del proletario.

Samuelson

El argumento fuerte de las multinacionales para seguir manteniendo la actual estructura de precios es el alto coste de la investigación para desarrollar nuevos medicamentos. Pero ¿hacia dónde se dirige la investigación?

Entre 1975 y 1997 sacaron 1233 nuevos medicamentos. De ellos sólo el 1% (exactamente 13) estaba diseñados

SALUD Y SENTIDO DE LA VIDA

para tratar enfermedades que se concentran en el Tercer Mundo y que matan a millones de personas al año.

PFIZER obtuvo 1000 millones de dólares de beneficio durante el primer año que colocó en el mercado la popular VIAGRA. Con los dos medicamentos más importantes contra la alopecia vendieron más de 180 millones de dólares y obtuvieron 80 millones de beneficio de un tratamiento anti-arrugas. Eso sí, barato: mil dólares era el precio de tres inyecciones.

Es decir, la inversión discurre por la «calidad de vida» como la obesidad, la calvicie, las arrugas faciales y la impotencia. Con el cinismo a que nos tienen acostumbrados los directivos de estas empresas, Roy Vagelos decía: «Una empresa con accionistas no puede equipar un laboratorio que se concentre en enfermedades del Tercer Mundo porque iría a la quiebra».

Lo que sí pueden hacer es lo que ya están haciendo: investigar en el mercado farmacéutico para animales de compañía. En esta área y ya en el año 1998 las ventas se aproximaron a los mil millones de dólares. Ya existen medicinas para tratar a perros que sufren «ansiedad por separación», artritis, demencia, alergias, cáncer, etc.

También 40 multinacionales farmacéuticas pudieron llevar a juicio al Gobierno Sudafricano con el objeto de defender sus desmesurados beneficios. El Gobierno pretendió —y lo hizo— producir versiones genéricas y, por tanto, más baratas de los medicamentos contra el SIDA. Téngase en cuenta que hay 40 millones de personas infectados por este virus en todo el mundo, de ellos 4 millones (el 20% de la población activa) son sudafricanos. Finalmente las multinacionales han tenido que retirar la querrela, aceptando que se aplique la ley que permite producir e importar medicamentos genéricos para el tratamiento del SIDA.

Para Manuel Patarroyo, descubridor de la vacuna sintética contra la malaria, esta batalla ganada es sólo el co-



mienzo. Patarroyo también ha sido víctima de la voracidad de estas empresas ya que le embargaron su equipo de investigación. Cuando le intentaron comprar su patente, el contestó: «El conocimiento debe servir al bienestar colectivo, no a los intereses privados. Siempre debe primar el interés social y público sobre el individual. No creo que, siendo el conocimiento universal, alguien tenga que apropiarse de él para su beneficio particular, como las multinacionales farmacéuticas». Y señala a continuación, que casi todo está inventado o descubierto en el proceso de investigación: «Lo que nosotros aportamos es relativamente poco. Por eso no debemos quedarnos con el conocimiento de forma individualista, egoísta y absurda».

Este investigador, que tiene un equipo de 120 personas, a pesar de haber sido embargado por las farmacéuticas, parece que en el futuro va a ser financiado por el Estado Colombiano. Para desgracia de los pobres del mundo hay muchos Patarroyo que sí se venden al mejor postor.

El panorama es desolador. Nosotros sabemos que un día tendremos que contestar a la pregunta bíblica «¿qué has hecho con tu hermano?». Junto con otros debemos buscar una Viagra del Espíritu para salir de nuestra impotencia.